DOCTOR ALBERTO EIRALE

MEMORIAS
DE UN MÉDICO

2da. Edición

BIOGRAFIA

AERONAUTICA

EJERCITO DEL SUR
DURANTE
TODA LA GUERRA CIVIL
DE
1904

SANIDAD MILITAR MOVIL

Montevideo

1952

El Doctor Alberto Eirale, cuándo se recibió el 18 de julio de 1898, en la Regia Universidad de Turín, fundada por Ludovico de Saboya, en el año 1404 ---justo 500 años antes de nuestra guerra civil de 1904

A mi querido nietito, Luis Alberto Eirale, que cumple, hoy, dos años de edad. Cuando lo lea, ya hecho hombre, podrá apreciar la vida de su abuelo.

Montevideo, 8 de junio, de 1952

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION

La buena acogida dispensada a mi libro, y las numerosas cartas recibidas, en que las afectuosas alabanzas, si bien excesivamente benévolas, resultan, siempre, halagadoras, me alientan a publicar otra edición, corregida, aumentada con otros episodios y fotografías, y completada con el relato de las acciones de combate, que no he podido presenciar y que se encuentran en los respectivos partes militares que transcribo.

Procuraré, así, redactar en la primera parte, una síntesis, lo más completa que me sea posible, ¡de la actuación de! Ejército del Sur, en la campaña guerrera de 1904, desde el primer día hasta el último de su duración.

La segunda parte, salvo algunas referencias, la dejo casi como está, porqué, además de ser histórica, tiene para mí sumo interés; pues, deseo permanecer firme en la esperanza de que pueda organizarse, cuanto antes y debidamente, la Sanidad Militar Móvil que necesita y merece nuestro Ejército.

El recuerdo imborrable de las horripilantes escenas presenciadas me obliga, en conciencia, a insistir sobre ese tema, tan importante y humano.

Comenzaré el PROLOGO transcribiendo los artículos escritos en dos de los principales diarios del país, "El Día" y "La Mañana"; publicando algunas de las cartas recibidas, a que hago referencia; presentando mi BIOGRAFIA —obsequio de mis amigos al cumplir yo los 80 años-— por ser la que inspiró la idea de la publicación de mis "Memorias", y terminaré el Prólogo exponiendo mis teorías sobre aeronavegación, que sustento desde el año 1906, y que fueron puestas en práctica, estos últimos tiempos, por naciones más poderosas e interesadas que la nuestra, adjuntando, a este respecto, algunas fotografías, como documentación histórica.

Consideraré compensados mis esfuerzos si mis "Memorias", en su nueva forma, continuarán gozando el favor de los estudiosos de nuestra Historia.

PRÓLOGO
LOS DIARIOS
"EL DIA*, de! 12 de setiembre de 1951, escribe:
"MEMORIAS DE UN MEDICO", por el Doctor Alberto Eiraíe. —

Bajo el título "Memorias de un médico que actuó en el Ejército del Sur durante la guerra civil de 1904", el doctor Alberto Eirale acaba de publicar un pequeño volumen que contiene la relación de los sucesos, donde su destacada actuación de facultativo prodigada con abnegación, a cuantos necesitaron de ella, se puso de manifiesto en las duras jornadas de aquella campaña. En forma sencilla relata el autor los hechos de los que fue testigo, reflejando en breves exposiciones el dramatismo de las acciones bélicas, que alterna con el de la denodada labor de los médicos y enfermeros, empeñados en salvar vidas y amenguar sufrimientos. Ilustrativas referencias al espíritu con que aquellos hombres afrontaban las vicisitudes de la guerra, concretadas en episodios y anécdotas, que abundan en las páginas de este interesante trabajo histórico. La obra contiene una segunda parte, donde el doctor Eirale nos habla de sus estudios sobre la sanidad militar y del viaje que hizo a Europa, enviado por el Gobierno, para tomar contacto con los perfeccionamientos allí alcanzados en la materia",

* * *

"LA MAÑANA", 3 de setiembre de 1951, escribe:

"MEMORIAS DE UN MEDICO" — Un folleto del Dr. Eirale".

Nuestro apreciado compatriota el doctor Alberto Eirale, que recientemente fue objeto de expresivas demostraciones de simpatía, con motivo de haber cumplido sus 80 años de edad, acaba de publicar un interesante folleto que denomina

"Memorias de un Médico" y en el cual relata, con pluma fácil y honda expresividad, su actuación como médico del Ejército del Sur, durante toda la guerra civil de 1904.
Como es notorio, su labor fue entonces singularmente importante y, a través de esta descripción, se tiene una impresión nítida de lo que fueron nuestras luchas intestinas, en pasadas épocas, la abnegación y el sacrificio con que se hicieron esas jornadas, y, particularmente, en lo que atañe al ejército, que mandaron sucesivamente los generales Muniz y Galarza, la ruda campaña que desarrolló, día a día, durante 10 meses.
Como segunda parte de este trabajo aparece la labor posterior del doctor Eirale, para brindar a la Sanidad Militar una organización adecuada, que todavía no logró, de acuerdo con la experiencia recogida en aquella memorable oportunidad. El libro del doctor Eirale se lee con gran utilidad ilustrativa y viva complacencia.

"LA MAÑANA", 4 de setiembre de 1951:

"CLUB RIVERA" — Celebró su habitual reunión semanal la asamblea del Club Rivera. Presidió don Guzmán Papini y se hallaban presentes los señores doctor Carlos Travieso, Juan Bautista Silva, Luis Amaral, agrimensor Pedro Risso, B. Firpo y Firpo, mayor Pedro L. Amén, Alberto Dutrenit, Franklin Pintos Travieso, Domingo Paysé y Alejandro Ugoccioni.
La Mesa exteriorizó la complacencia que determina el interesante libro que, intitulado "Memorias de un médico" acaba de publicar el ilustrado compañero doctor Alberto Eirale, relacionado con su actuación durante la campaña militar de 1904, páginas en que se refleja con honda elocuencia la abnegada jornada cumplida por el Ejército del Sur en aquella cruenta lucha, desde luego relevante aporte documental de nuestro pasado. Se tributa un voto de aplauso al distinguido facultativo.

ALGUNAS DE LAS CARTAS RECIBIDAS

Del GENERAL DE DIVISIÓN Arquitecto Alfredo R. Campos

Montevideo, agosto 19 - 1951

Muy querido amigo:

Recibí su interesante libro nominado "Memorias de un Médico", que leí de un tirón, atraído por su prosa fluida y sencilla y por su contenido anecdótico rebosante de sugestiones y recuerdos, ya históricos, expuestos con escrupulosa veracidad y muchas veces con una gracia ática, que hace renovar sonrisas de juventud que estaban diluidas en casi medio siglo de debatirnos entre las vicisitudes de la vida.

Son esas páginas como un soplo vivificante, para los que hemos visto desarrollarse una admirable actividad como la suya; que si no fue apreciada con dadivosos entorchados de elevadas graduaciones — como algunos de los que hoy se usan — las expone a sus conciudadanos en su noble y viril ancianidad — sin énfasis ni vanidades y constituyen un documento fehaciente de lo que puede la honrada voluntad de un hombre de ciencia, que no fue impelido a una acción riesgosa por ninguna apetencia mezquina, sino por un firme sentimiento del deber, que en las horas difíciles muchos, en su caso, rehuyeron.

Poca, o ninguna, fue la cosecha del usufructo personal después del sacrificio; Ud. mismo rechazó posiciones que no se avenían con su espíritu, ni con su vocación de médico soldado, puesta bien a prueba, Pero, en cambio, deja en su libro una lección de modestia y de cumplimiento del deber, que tendrá que ser siempre un ejemplo para las nuevas generaciones de médicos militares. Ojalá en él se inspiren y su bella enseñanza habrá sido provechosa.

Por eso ha hecho Ud. bien en dar publicidad a esas Memorias, que, sin querer ser un reproche, nos dejan a todos con un poco de amargura, por haber sentido demasiado tarde, la valoración de aquel gesto varonil de no apartarse un solo día del arduo camino señalado por el deber.

Agradeciéndole cordialmente el envío y muy reconocido a sus amistosas líneas dedicatorias, lo abraza su amigo y camarada;

Alfredo R. Campos

Del señor CAPITAN Ángel Camblor.

Montevideo, agosto 20 de 1951

Doctor Don Alberto Eirale

Ciudad

De mi consideración:

Agradezco expresivamente el volumen "Memorias de un Médico", que ha tenido el acierto dé publicar acerca de su actuación en el Ejército del Sur, Campaña de 1904.

Ha prestado Ud., Dr. Eirale, una colaboración de gran interés a nuestra recapitulación histórica, pues, aparte de lo referido a su apostolado de médico, las fechas, parajes, e incidencias citadas con tanta precisión, son fundamentales a los estudiosos.

Además, está escrito amenamente, al narrar los azares y los padecimientos sobrellevados triunfalmente por espíritus jóvenes, fuertes y patriotas. Yo me lo figuro a Ud. el día que pasó un río remando en un cajón. como así mismo guardando el caballo en su propia carpa....

Fluyen de sus páginas el humanismo de su alma y el dolor de haber carecido de tantos medios.

Y finalmente al recordar nombres y apellidos de jefes y camaradas que el tiempo va olvidando, y su propia acción tan meritoria y abnegada, nos deja un documento claro y generoso.

Lo saludo con toda consideración, reiterándole mi agradecimiento por dicho envío.

Ángel Camblor.

Del GENERAL DE DIVISION Francisco Borques.

Montevideo, 27 de agosto de 1951

Señor Doctor Alberto Eirale

Ciudad

Muy estimado compañero y amigo:

Recibí con atenta dedicatoria el folleto "Memorias de un "Médico", que usted ha tenido la gentileza de enviarme. Muchas gracias.

Lo felicito calurosamente por lo interesante de su libro, que me trae a la memoria infinidad de recuerdos de la campaña de 1904, en donde actuamos juntos, yo, como 2º Jefe del 2º de Cazadores y usted, como Jefe del Servicio Sanitario del Ejército del Sur, en el cual actuó abnegadamente con todo valor y sacrificio, desde el 1º de enero, en que marchamos, hasta la terminación de la guerra, desempeñándose eficazmente en tocios los combates y batallas, sobre todo en Tupambaé, casi sin elementos, para poder cumplir con su noble misión, salvando infinidad de vidas, tanto de compañeros como de adversarios, que luchaban heroicamente por sus ideales.

Créame, estimado amigo, que usted describe tan bien esas anécdotas, que le da vida y actualidad a aquellos episodios, que tanto agradan recordar, retrocediendo 47 años en el tiempo.

Reciba un fuerte abrazo de quien lo recuerda con todo afecto y simpatía.

Francisco Borques

Esta carta fue escrita dos meses antes de su fallecimiento.

Del DIRECTOR de la Escuela Militar.

Montevideo, 31 de agosto, de 1951

Señor Doctor don Alberto Eirale.

De mi distinguida consideración:

Por la presente tengo el agrado de hacer llegar a usted las expresiones de agradecimiento de esta Dirección, por la donación de un ejemplar de la obra "Memorias de un Médico", de la cual es autor.

Bajo la impresión de una rápida lectura, he podido conceptuar su libro como un interesantísimo relato de épocas

pasadas, en el cual nuestro Ejército y sus componentes figuran preponderante papel.
Así mismo, surge a primer plano, el valor de la función que le compete al médico militar, lleno de abnegado y, generalmente, anónimo sacrificio.
Sin otro particular, reitero a usted las expresiones de mi distinguida consideración.
El director de la Escuela Militar:

José A. Córtese

Del GENERAL Edgardo Ubaldo Genta.

Montevideo 11 de setiembre de 1951

Doctor Don Alberto Eirale.

Mi eminente amigo:

Leí con profunda emoción su invalorable obra "Memorias de un Médico", que evoca su meritísima intervención en todo el curso de la Guerra Civil de 1904. tan rica en episodios de valor y enseñanzas de toda índole.
En un estilo ejemplar, por la sencillez, claridad y belleza de sus conceptos y móviles, logra usted llevarnos de la mano del más vivo y creciente interés, hasta agotar la última página de los episodios en que fue usted actor humanitario y eficientísimo, para reiniciar sus disquisiciones en un plano técnico de observaciones e iniciativas, que procuran siempre mejorar los servicios de Sanidad Militar, para bien de una profesión que usted ama y cuyo uniforme espiritual todos sus camaradas le reconocemos, galoneado por merecimientos que, más allá de los escalafones, sólo otorgan el consenso general a los realmente dignos y virtuosos.
Es en verdad sorprendente, que, a sus bellos años, cuando los hombres suelen vivir apenas del calor de los fogones, que encendieron en la plenitud de sus energías, usted mantenga una posición de lucha, creación y militancia, dando frutos como éste, que habla de la lozanía y generosidad de su autor.
Crea que sus camaradas no lo olvidamos ni olvidaremos. Y en un abrazo muy afectuoso, le devuelvo las palpitaciones que supo acelerar con sus magníficas y cálidas Memorias.

Edgardo Ubaldo Genta

Del señor Guzmán Papini.

Montevideo, setiembre 17 de 1951

Doctor Alberto Eirale.

Es Ud. un admirable cronista de sí mismo- Cada capítulo de sus "Memorias" es un cofre colmado con un tesoro de bellos recuerdos. El recuerdo es la fortuna íntima del alma. Al leer su libro, al que podría aplicarse las palabras de Gabriel D'Anunzio, "pequeño como una joya y grande como un destino", he visto en él algo así como un espejo veraz, en el que es reproducida su recia y científica figura de médico y de varón fuerte, sobre un fondo que es un retazo épico de la Patria.

Por sus memorias de médico de un Ejército, pasan escenas de dolor, de heroísmo, de voluntad estoica, como semblantes de. una tragedia inolvidable, y pasa su fe en los derechos a la vida, cuando Vd. en algunas de ellas aparece disputándole a la muerte hasta el último suspiro de un agonizante.

¡Qué tremendo contraste nos ofrecen las guerras! Los soldados batallando por la muerte y los médicos luchando por la vida, todo en un terrible claroscuro de los sucesos gloriosos. Ese contraste logra la conservación de la intensidad en las páginas de su libro, el que más que la historia de un hombre es la historia de una época violenta.
Su amigo, que en Ud. admira el coraje de muchos de sus actos y la espléndida virtud de su pasado.

Guzmán Papini

Del señor Carlos González Carvallo.

Montevideo diciembre 19 de 1951

Sr. Dr. Don Alberto Eirale

Estimado amigo:

Una atención del buen camarada, general Marfetán, me ha permitido leer su libro de recuerdos personales de la campaña de 1904.
A través de sus páginas he vuelto a vivir aquel trayecto inolvidable en el que, exponiendo diariamente la salud y la vida, recorrimos, andrajosos y hambrientos, todos los ámbitos de la República, durante meses y meses.
Si es cierto que no ha recogido usted más que ingratitudes en el ejercicio abnegado de su cargo de médico en* aquella ruda campaña, le quedará sin embargo la satisfacción de haber cumplido, inteligente y sacrificadamente, su misión. Y no solo eso: de haber ganado el aprecio de todos los que, a su lado, supimos aquilatar el valor de ese sacrificio.
De mí sé decir que siempre, al evocar su simpática personalidad, pienso que conocí a un hombre bueno, noble, caballeresco, —a una de esas personas cuyo trato parece que lo reconcilia a uno con la vida.
Reciba estas manifestaciones amistosas, provocadas por la publicación de sus interesantes memorias, de este su amigo de entonces, de ahora y de siempre.

Carlos González Carvallo

DE la REGION MILITAR Nº2 — Jefe Interino.

San José. Enero 10 de 1952

Señor Doctor Alberto Eirale

Montevideo

Mi dilecto amigo;

Leí con sumo placer, sus recuerdos como Médico del Ejército en 1904. Le agradezco el envío de su interesante libro y la amable dedicatoria con que me honra.
Le felicito de verdad, Doctor Eirale, porqué es un aporte valioso, que Ud. hace para la histeria del Ejército y su Servicio Sanitario.
Sin Ud. quererlo, dada su innata modestia, queda

evidenciado por la fuerza de los hechos, la abnegación, el espíritu de sacrificio y la iniciativa de un médico, que será siempre un alto ejemplo dentro de la ética profesional.
Me confirma la lectura de su libro la tan favorable opinión, que sobre Ud. tenía nuestro común amigo, el Teniente General D. Pablo Galarza, cuya alta memoria guardo con particular veneración.
Nuevamente gracias y con un fuerte apretón de manos me repito su affmo. amigo,

Coronel Aníbal Pérez.

(Ascendido a General, últimamente).

Biografía

Del

Doctor **ALBERTO EIRALE**

■

O b s e q u i o

de sus amigos
al cumplir los 80 años

Dr. Alberto Eirale

Acaba de cumplir los 80 años el Doctor Juan Alberto Eirale.

Nació en Montevideo el 4 de noviembre de 1870, Cursó sus primeros estudios en él Colegio Pío de Villa Colón. A la edad de 12 años fue enviado a Italia donde siguió los estudios, recibiendo el título de Doctor en Medicina y Cirugía el 18 de Julio de 1898 en la Regia Universidad de Turín. Tuvo por guía a médicos eminentes, algunos de fama mundial, como ser ios célebres profesores Bizzósero, Giacomini, Ángel Mosso, Foá, Forlanini, Carie, Lombroso. . . Fue, durante el bienio 1894-95* ayudante voluntario en la clínica del célebre cirujano Antonio Carie, en el hospital Mauriziano Umberto I de Turín, puesto muy ambicionado, en aquel entonces cuyo número se limitaba a dos.

El 20 de Setiembre de 1900, encontrándose en Milésimo (Génova), el pueblo de sus padres, durante una grande inundación promovida por la enorme creciente •del río Bórmida, que arrastraba en su furiosa corriente árboles, casas y animales, se distinguió en un acto de heroísmo que honró a su Patria. Aventurándose, con riesgo de ia vida, en las furiosas aguas del río, consiguió, después de varias tentativas y por la rotura oportuna de un puente, salvar a dos mujeres y tres niños, que se encontraban en una casa amenazada por las a- guas. Por esa filantrópica y valiente acción fue condecorado por el Rey Umberto I con la medalla al valor ■civil. Esta clase de condecoración, de muy alto mérito, se otorga en solemnidad pública, en presencia de las autoridades civiles y militares de la localidad, y, tal vez, en este caso, sea la única, que, conquistada lejos de su patria, pueda ostentar sobre su pecho un ciudadano americano.

Vuelto a Montevideo, previa la reválida de su título de bachiller y de otras materias se inscribió, en nuestra Facultad, como estudiante del 6º año de Medicina.

Et 16 de Setiembre de 1902 recibió su segundo título de Doctor en Medicina y Cirugía en nuestra Facultad.

En octubre del mismo año fue nombrado médico consultante del Hospital Italiano Umberto 1 de Montevideo.

En Setiembre de 1903 se le nombró médico del Batallón 29

de Cazadores. Al poco tiempo, el 19 de enero de 1904, salió con su unidad a campaña, donde permaneció hasta los primeros días de noviembre. Actuó, pues, durante toda la guerra civil de 1904, en todos los numerosos combates del Ejército del Sur, distinguiéndose por su actividad y espíritu de sacrificio en la cura de numerosos heridos y enfermos, algunos de los cuales le deben la vida. Después de la batalla de Tupambaé, habiéndose alejado con los heridos los dos médicos que lo acompañaban, quedó solo, a cargo de más de 70 heridos, que no habían querido hospitalizarse. Al reorganizarse las tropas, después de esa gran batalla, pasó de Jefe Sanitario de ia vanguardia a Jefe de Sanidad de todo el Ejército. Es el único sobreviviente de los médicos que actuaron, con las fuerzas legales, en esa gran contienda.

En 1906, cuando la aviación estaba aún en sus comienzos, tuvo la idea de construir un aeroplano diferente a los demás, tomando como base la flecha de papel, el juguete de los muchachos que tan bien planea por el aire. Sus modelitos dieron resultado. Con el asesoramiento y ayuda del Ingeniero Antonio Marroche construyó, en Piedras Blancas, un aparato, que resultó demasiado grande para su transporte. Cuatro años después, en el Polígono de tiro de Punta Carreta, construyó otro similar, colocándole un motor Gnome de 50 HP, que no pudo hacerse funcionar. Quedó así paralizada la labor investigadora del Dr. Eirale. Pero la idea se hizo camino y fue puesta en práctica, en estos últimos tiempos, por los norteamericanos, con el ala voladora. y otros tipos de avienes semejantes a esa flecha de papel LA PRIMICIA DE LA IDEA no deja, por eso, de pertenecer al Uruguay, donde fue concebida con muchos años de anticipación. Lo comprueban las fotografías de aquel tiempo en poder del aviador Coronel José San Martín y algunos modelos que existen, uno de los cuales es muy parecido al avión de retropropulsión a chorro construido últimamente.
Con fecha Julio 23 de 1908 fue comisionado a Europa para estudiar el servicio sanitario de los principales ejércitos, presentado, a su regreso, un informe - proyecto, que sirvió de base a /a organización actual de nuestra Sanidad Militar. Estando en Turín recibió, ¡con fecha 19 de agosto de! mismo

año, por invitación del Instituto Colonial de Roma, el nombramiento de delegado al Congreso de los Italianos al Exterior, enviándosele, desde Montevideo, la credencial que lo acreditaba en ese honorífico cargo. Asistió a las numerosas sesiones y festejos oficiales, que se realizaron en el palacio real y en las principales ciudades italianas, en honor de los Congresales.

En 1910, durante los dos movimientos revolucionarios de ese año, fue nombrado Jefe de Sanidad de ios ejércitos al mando del General Pablo Galarza, siendo ascendido, en una orden del día, al grado de Teniente Coronel asimilado.

En febrero 19 de 1912 fue nombrado Profesor interino de higiene en la Escuela Militar y Naval.

En mayo 24 del mismo año fue nombrado para desempeñar el cargo de Medico de Sanidad Marítima.

Con fecha 10 de Setiembre de ese mismo año fue nombrado Médico de Sanidad Militar, con carácter de honorario, para no alejarlo del Ejército, al que había prestado importantes servicios.

Formó parte de la primera Comisión Directiva del •Centro Nacional de Aviación (hoy Aero Club del Uruguay) que se constituyó el 22 de enero de 1913.

Con fecha 21 de Setiembre de 1917 obtuvo el Privilegio de Invención Nº 876, denominado: "Aprovechamiento de los movimientos y fuerzas de! mar - sistema Eirale". Construyó un pequeño modelo para demostrar su funcionamiento. Los técnicos del Ministerio de Obras Públicas lo encontraron interesante y en el informe del Ingeniero Rodríguez de la Dirección de Hidrografía se dice: "Todo el sistema es perfectamente factible y su funcionamiento no puede dejar lugar a dudas". Se le prometió material y personal para poder instalar, en la Isla de Flores, una pequeña usina, que diera luz a toda la isla sin gasto de combustible. Debido a la guerra mundial no se creyó conveniente realizar tal experimento, Abandonó ese sistema con la idea de presentar otro más eficaz, aprovechando la enorme fuerza de la rompiente de las olas. Lo tiene archivado.

A fines de 1918, durante la pandemia de gripe fue enviado por el Consejo Nacional de Higiene, a Santa Rosa del Cuareim (hoy Bella Unión), para organizar la defensa

sanitaria del país en las fronteras del Brasil y la Argentina. También la Asistencia Pública Nacional, a su pedido, lo encargó de la asistencia de los menesterosos de la localidad. Trabajó intensamente: instaló un pequeño hospital, con una sección para hombres y otra para mujeres, para atojar a los enfermos más graves y necesitados. En dos meses, trató a más de 400 enfermos e hizo algunas operaciones con éxito feliz. En sus observaciones clínicas le llamó ¡a atención el decurso anómalo de las enfermedades, ¡as de! aparato respiratorio, especialmente, que se desarrollaban en pleno verano, en una temperatura, a veces, ¿de 37? o 38 a la sombra. Tuvo, entonces, la intuición de que eran producidas por un agente patógeno TODAVIA DESCONOCIDO, y no por el bacilo indicado en los libros. No hace mucho se descubrió el virus de la gripe. El Uruguay, pues, fue una de las primeras naciones, en que se
tuvo la INTUICIÓN de una verdad muchos años antes de que fuera descubierta. ¿Esa afirmación está documentada en un interesante informe publicado, con fecha de Enero Í919, en el Boletín del Consejo Nacional de Higiene N? 147 a página 17. En ese informe se llama la atención per primera vez, creo, sobre la vida horrible de los pobres en los ranchos de campaña, tanto del lado higiénico como de miseria: "es indescriptible", se dice. Al finalizar su ímproba labor fue muy agasajado, recibiendo muchos agradecimientos por escrito de la Sociedad de San Vicente de Paul, que firma su Vicepresidenta, Sta. Delfina Amoedo; de la Comisión Pro - Recursos, que firma su Presidente, el Sr. C. Saldaba y una carta de la Asistencia Pública Nacional de fecha Marzo 17 de 1919, firmada por su Presidente, el Doctor Martirené, que dice así: "Señor Doctor Alberto Eirale; El Consejo Directivo por unanimidad de votos ha resuelto agradecer a Ud. los importantes servicios prestados a nombre de la Asistencia Pública, a los menesterosos atacados de gripe, durante la epidemia desarrollada en los meses de Noviembre y Diciembre. Np es preciso ahondar mucho el estudio de su actuación para poder apreciar el justo valor del sacrificio que ha importado para Ud. la asistencia en la mencionada epidemia. Sacrificios de todo orden, dificultades en la asistencia de los innumerables griposos, fatigas ocasionadas

por actividades físicas desproporcionadas con relación a lo que fisiológicamente puede producir el organismo de un "citadin", eran razones más que suficientes para quebrantar su altruista resolución de auxiliar a la Asistencia Pública, en la asistencia de los menesterosos atacados de gripe. Pero Ud. no ha desmayado en la tarea desempeñada, demostrando así tener el temple y el espíritu de sacrificio de los profesionales, que hacen del ejercicio de la profesión un apostolado".

En junio 24 de 1924 la Dirección del Hospital Militar Central le manifestó, por carta, que se vería honrada con una fotografía suya, solicitándola para que ella ocupe un lugar de honor dentro del Establecimiento.

En Setiembre de 1929 el Consejo N. de Higiene, haciendo justicia a sus méritos, ¡o propuso, por unanimidad, al Consejo Nacional de Administración para ocupar el cargo de Inspector de Sanidad Marítima, que había desempeñado interinamente, durante dos años. Desempeñó, durante cinco años más, ese importante cargo demostrando su capacidad y experiencia, especialmente, en los momentos de mayor peligro, cuando la liebre amarilla nos amenazaba de cerca. Fue quién destacó, en un informe, los verdaderos síntomas de esa terrible enfermedad, ¡en el caso de! capitán del vapor griego "Polyktor", tomando, rápidamente, las medidas de defensa necesarias, que fueron aprobadas todas por el presidente del Consejo. A los cinco años, se jubiló, siendo el último médico que ocupó ese cargo.

¡En agosto de 1933 la Convención Nacional Constituyente lo eligió Miembro Suplente Constituyente, por la lista Nº 5 de! departamento de Montevideo.

Finalmente, en mayo 27 de 1941, por decreto del Poder Ejecutivo, fue designado para integrar la Comisión Nacional Honoraria del Monumento al General Fructuoso Rivera.

Hoy está casi alejado de sus actividades profesionales y sociales. Abandonó los deportes, a que estaba aficionado; solo practica el de las bochas, ganando, hace poco, un premio de su categoría en un campeonato del Club Municipal. Su placer es pasarse unos días del mes en "La Floresta", donde tiene instalada, cerca de la Estación, una casita rodante, ideada y construida por él, con todas las

comodidades y en la que, llevándola a remolque, pasaba sus veraneos en las playas del Este y en Colonia Suiza.

Relacionado con el suceso del vapor griego "Poliktor", mencionado en mi "Biografía", en virtud de ciertas manifestaciones de carácter público, alarmantes e injustificadas, a las que se había unido la voz de un Senador mencionando "el auxilio de la Divina Providencia", tuve que publicar en "LA MAÑANA", de fecha 22 de mayo de 1929, para tranquilidad del público, una extensa exposición sobre las medidas de vigilancia, rigurosas y continuadas, que habían sido tomadas por nuestra
Sanidad Marítima.
La prensa del país vecino las publicó, no escatimando los elogios e instando a su gobierno, para que siguiera el ejemplo.
A raíz de esto, el señor Juan Carlos Mendoza hizo, por la prensa, la publicación siguiente: •
CASOS Y COSAS DE LA CIUDAD: Salud y turismo. —Pocitos, mayo de 1929. El Dr. Alberto Eirale, Inspector de Sanidad Marítima, ha puesto las cosas en su lugar, con lo que respecta a las medidas de defesa del país contra una muy remota probabilidad de que fuera invadido por la fiebre amarilla, y ha demostrado que nuestro país, muy respetuoso de las Convenciones Sanitarias Internacionales y especialmente del Código Sanitario Pan Americano, se ha limitado, sin mayores aspavientos, a poner en práctica las medidas pertinentes a la defensa, que el referido Código establece. Esto es lo justo y honesto, y sigue, en esa interesante publicación, sus ilustrativos comentarios.

MIS TEORIAS SOBRE AERONAVEGACION EN EL AÑO 1906

Desde niño tuve inclinación por la mecánica; construía muñecos articulados y otros aparatos con ruedas de relojes viejos, que ponía en movimiento por medio de un eje giratorio, al que enroscaba un hilo, en cuya extremidad inferior colgaba un peso.

También me dio por la aviación; construí modelos de aeroplanos de aspecto diferente a los comunes, sin alas y sin cola, parecidos a la flecha de papel, que nos sirve de juguete, cuyas buenas evoluciones y estabilidad en el aire, fáciles de comprobar, llamaron mi atención.

En aquel entonces, cuando apenas se volaba a poca altura y a distancias cortas, era fácil construir un aeroplano; era como hacer una cometa en grande escala; con sólo listones apropiados de madera flexible y resistente, como el fresno, sujetos por finos alambres de acero, estirados por tensores especiales, se formaba el armazón, que se forraba con una liviana y resistente tela, fabricada especialmente para eso.

Para dejar constancia de mi nueva idea sobre la construcción de aviones redacté, en 1914, la "Memoria" siguiente:

"Por el año 1906, cuando empezaban a realizarse pruebas de aviación con resultados satisfactorios, se me ocurrió construir un aeroplano con una forma diferente a los que, en aquella época,

se construían y que, aún hoy siguen construyéndose.

"El primer hombre que intentó volar quiso imitar al pájaro. Para conseguirlo se ingenió en fabricar un par de enormes alas, pretendiendo moverlas con la fuerza de sus brazos. Fue un fracaso, como es natural; pero la idea de imitar al pájaro permitió. Los que siguieron en el intento de volar empezaron por construir aparatos con grandes alas, a los que hubo que agregar una cola, más o menos larga, terminada en un timón de profundidad, con el fin de conseguir, a fuerza de hábiles maniobras de equilibrio, la estabilidad antero - posterior, tan precaria en esa clase de aparatos. Siempre consideré un error el querer imitar al pájaro y, aún hoy, no obstante, los progresos conseguidos en estos últimos tiempos, creo que se parte de un principio falso en la construcción de los aviones. Si las aves voladoras tienen la forma que las caracterizan, es porqué están obligadas a utilizar las extremidades anteriores, no sólo como plano de sustentación, sino, también, como motor. Si hubieran podido disponer de una fuerza motriz independiente de sus alas tendrían, probablemente, otra conformación.

"La estabilidad de los aeroplanos, tal como se han construido y se construyen, es, repito, muy deficiente, necesitándose mucha habilidad para conseguirla. Abandonados a sí mismos en el aire, con el motor apagado y sin control en los timones, caen como piedra, justamente, como cae el pájaro al ser herido de muerte en pleno vuelo. Tal vez, ese principio erróneo, según creo, en la construcción de los aviones, sea la causa principal de que los accidentes de aviación^ con sus relativas víctimas, se sucedan casi a diario.

"El hombre moderno, que dispone de un motor

potente, relativamente liviano y absolutamente independiente, no tiene porqué construir aparatos en forma de pájaros. Puede resolver el problema con un plano sustentador, cualquiera sea su forma, con tal que reúna las mejores condiciones posibles de estabilidad, solidez, ligereza y aerodinamismo, colocando, en el lugar más apropiado, el poderoso motor de que dispone. La cuestión de la dirigibilidad se resuelve fácilmente.

"Por estas y otras consideraciones pensé construir, hace unos años, un modelo de aeroplano, sin alas y sin cola, que respondiera a los requisitos enunciados. Al efecto, hice unos modelos en pequeña escala, teniendo como base el principio de la flecha de papel, que los niños construyen en sus juegos y tan buenas trayectorias describen en el aire. Para mí esta flecha, con sus planos de sustentación en forma de triángulos (alas triangulares), es el primer aeroplano, real y efectivo, inventado por el hombre. Mis primeros modelos, cuya forma hace recordar a la de un yate con la quilla muy prolongada, remontaron en el aire con gran facilidad y dieron resultados muy alentadores en otras pruebas.

"Necesitando un técnico que me asesorara en la construcción de un aparato grande, recurrí a mi buen amigo el Ingeniero Antonio Marroche, a quien expuse mis ideas, haciéndole algunas demostraciones. Encontró factible mi proyecto y, con gran entusiasmo, pusimos manos a la obra. Nuestras ocupaciones diarias solo nos permitían trabajar los domingos y días festivos.

"A mediados de 1907, después de varios meses de trabajo, concluimos el armazón de mi primer modelo de aeroplano, que pensaba bautizar con el nombre de "Buque aéreo Montevideo N9 1". Según

los cálculos del Ing. Marroche su superficie de sustentación sería de setenta (70) metros cuadrados.

Trabajábamos en la chacra de mi amigo, en Piedras Blancas, algo lejos. Para mayor comodidad solicité al Gobierno me lo hiciera transportar al galpón de Punta Carreta, anexo al tiro al blanco del Ejército, donde pensábamos remontarlo sujeto a un grueso cable y con viento favorable, como hacíamos con los modelos chicos. Lo transportaron en un carro forrajero de la batería de artillería Nº 1, que mandaba el Mayor Héctor Marfetán. Era tan grande que tuvo que dejarse a- fuera del galpón.

"En busca de los medios para conseguir nuestro intento y por otras causas, tuvimos que abandonarlo por algún tiempo. Los soldados lo destruyeron, utilizando la madera para encender fuego.

"Las fotos Nº 1 y Nº 2, dan una idea de la forma y magnitud de mi primer buque aéreo. En la Nº 1 se ve el armazón invertido, con la quilla en alto, posición que le dimos para facilitar el trabajo. En la Nº 2, está en posición normal y puede verse el timón de estabilidad antera - posterior, colocado en alto, cerca de la proa. Este timón debía funcionar automáticamente, por un procedimiento que explicaré más adelante. También estoy yo sobre la quilla, a mi derecha el Cnel. Américo Pedragosa y a mi izquierda el Ing., Marroche. De la comparación de nuestras figuras con la del aparato puede deducirse el tamaño de éste.

"En 1908 fui comisionado a Europa por el gobierno, para el estudio de la Sanidad Militar. Tuve la oportunidad de ver de cerca diferentes modelos de aeroplanos, todos con alas y con cola, con tendencia a la imitación del pájaro. Vuelto a la Patria, y siempre con la valiosa ayuda del Ing. Marroche, comencé la

construcción de mi segundo buque aéreo, dándole la misma forma del anterior, más perfeccionado y de menos tamaño, Trabajábamos los dos, solos, en el gran galpón de Punta Carreta, anexo al polígono de tiro, que se me había concedido para ese fin. Mas tarde conseguí un motor "Gnome" de 50 HP., de la Escuela Militar de Aviación, de una sola hélice. El aparato estaba construido para llevar dos hélices, que se colocarían en la parte anterior, debajo de la proa, a ambos lados de la quilla y que accionarían por tracción. Fue necesario, pues, modificar la parte delantera de la quilla, lo que nos exigió bastante tiempo. Al fin pudimos colocar el motor y la hélice en el lugar correspondiente.

"Mas tarde, al quererlo poner en marcha, no pudimos hacerlo funcionar. ¡Que contrariedad! Se nos había mandado un motor que no servía, no el que habíamos elegido. No habiendo en el país mecánicos entendidos para su arreglo, fue enviado a París. No me fue posible conseguir otro motor. Quedó, de esta manera, interrumpido nuestro trabajo, no pudiendo llevar a cabo mi intento.

"El aparato quedó, por mucho tiempo, en el galpón de Punta Carreta. Lo vieron el aviador paraguayo Silvio Pettirossi y el aviador inglés Barrón, manifestando ambos su opinión favorable. Nuestro amigo Ángel Adami, solía visitarnos. (1)

"Al desarmarse el galpón para ser trasladado a otro lugar, mi aparato quedó a la intemperie. Gracias a la gentileza del Sr. Cat pude llevarlo a un galpón en ruinas de la antigua estación tranviaria de Punta Carreta, detrás de la Parva Domus. No habiendo puertas para custodiarlo, fue saqueado por los vagos,

que robaron la tela, especial para aviones, comprada en Buenos Aires, las ruedas del tren de aterrizaje, los alambres de acero, los tensores, todas las herramientas de trabajo y otros útiles, no dejando del aeroplano más que el solo esqueleto de madera, el cual puede verse todavía.

Las fotos Nº 3, 4 y 5 lo presentan casi concluido y pueden dar una idea de la forma y de las características de mi segundo buque aéreo. En una de ellas se me puede ver sentado en la cabina del aviador, puesta posteriormente, lejos del motor.

"A mi juicio, el modelo de aeroplano por mí ideado responde a todos los requisitos que demanda la navegación aérea, por las siguientes razones: ..."

Y sigo, en mis "Memorias", indicando esas razones y concluyo con estas palabras: "Esta idea mía ha sido concebida aquí, en Montevideo, hace unos años, cuándo empezaban a construirse los primeros aviones'. El tiempo dirá si estoy o no en lo cierto".

---

(1) Ángel Adami fue uno de los propulsores de nuestra aviación y su nombre fue dado al campo del aeródromo de Melilla, donde se estableció. por primera vez, el "Aeroclub del Uruguay", para iniciar la Escuela Civil de Aviación. Formó parte conmigo del "Comité Ejecutiva de Aviación".

Esta "Memoria" ha sido enviada hace años, al aviador Cnel. José San Martín con las fotos en ellas indicadas.

El Coronel (R) don Félix Etchepare, en aquel entonces Capitán ayudante de la Escuela Militar, había presentado un proyecto de creación del Museo Militar que fue aprobado. Se le nombró Director Honorario del mismo, ascendiéndosele a Mayor Graduado, en el año 1912. Recuerdo que, al enterarse de que sería desarmado el galpón de Punta Carreta, donde construía mi aeroplano y que este quedaría a la intemperie, me lo pidió para colocarlo en el Museo, donde, tal vez, estuviera todavía. La esperanza de que el Gobierno me ayudara con otro motor que tenía disponible y funcionaba bien, me impidió acceder a su pedido.

En el diario "EL DIA", de fecha 25 de marzo de 1949, se publica el suelto siguiente titulado "AERONAUTICA":

UNA CARTA DEL CORONEL (R.) JOSE SAN MARTIN. —

Hemos recibido una carta del vice - presidente de la Federación Aeronáutica del Uruguay y presidente del Círculo Aerodeportivo Montevideo, Cnel. (R.) José San Martín, relacionada con incursiones en la técnica aeronáutica hechas por uruguayos hace muchos años, ¡y que la evolución ha confirmado como verdaderos aciertos! La interesante carta aludida dice así:

La lectura del aparte "La Ciencia al día",

publicado en el diario EL DIA, de fecha 17 del corriente, trac a la memoria un hecho interesante.

En un notable libro, el único en su género en el país titulado "Medio Siglo de Aeronáutica - Historia de la Aviación en el Uruguay" en su edición, a página 44, puede leerse lo siguiente:

"En 1906 un médico uruguayo, el Dr. Alberto Eirale, construyó un aeroplano en la chacra del ingeniero Marroche, en Piedras Blancas.

"En 1910, un segundo aparato hizo el doctor Eirale, esta vez en el local del Polígono de Tiro de Punta Carreta"

Fue una lástima que se omitió en la narración un detalle, que adquiere importancia, al presente, para la verdad histórica de la Aeronáutica Civil Uruguaya, en sus comienzos.

No se dijo que los aeroplanos del doctor Eirale fueron construidos tomando como base el principio de la Hecha de papel, lo que da a sus aparatos una forma» que hace recordar a la de un yate con la quilla muy prolongada como puede verse en las fotografías.

En una memoria escrita hace 35 años, que conservo, motivada por los fatales accidentes de aviación» que se sucedían casi a diario, el Dr. Eirale dice: "Por éstas y otras consideraciones pensé construir, hace unos años, un modelo de aeroplano, sin alas y sin cola, que respondiera a los requisitos ya enunciados.

"Y, al efecto, hice unos modelos, en pequeña escala. teniendo como base el principio de la flecha de papel, que los chicos construyen en sus juegos y que tan buenas trayectorias describen en el aire".

Y concluye su memoria con estas palabras: "El tiempo dirá si estoy o no en lo cierto".

Y, efectivamente, parece que el tiempo le ha dado la razón según se desprende del precitado aparte, publicado en EL DIA, donde está escrito: "El nuevo avión es más revolucionario que todos los aviones antes mencionados.

"Parece una de esas flechas de papel que cruzan el espacio en los momentos en que el profesor está explicando el teorema de Pitágoras".

Esta coincidencia de la flecha de papel confirma la teoría del doctor Eirale, concebida hace más de 40 años.

Es una primicia que debe pertenecer al Uruguay.

Las fotografías de los aeroplanos del doctor Eirale fueron exhibidas en la exposición Histórico - Aeronáutica, realizada en el subterráneo municipal, el año 1941.

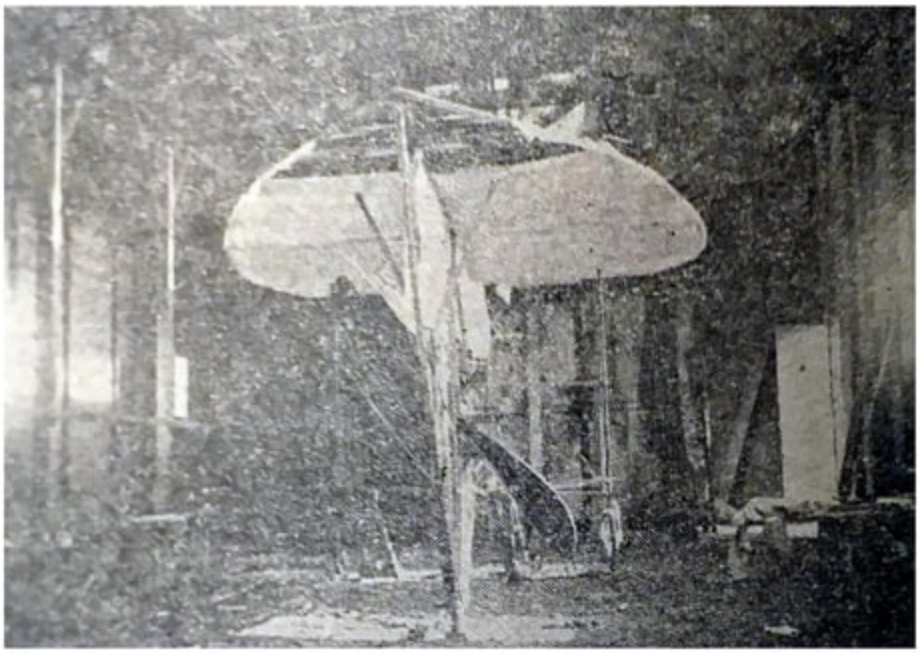
Se conservan, también algunos modelitos interesantes, aunque algo deteriorados por el tiempo, y sobre uno de los cuales el doctor Eirale piensa realizar un aparato en gran escala, si encuentra el asesoramiento y la ayuda necesaria.

El doctor Eirale formó parte del "Comité

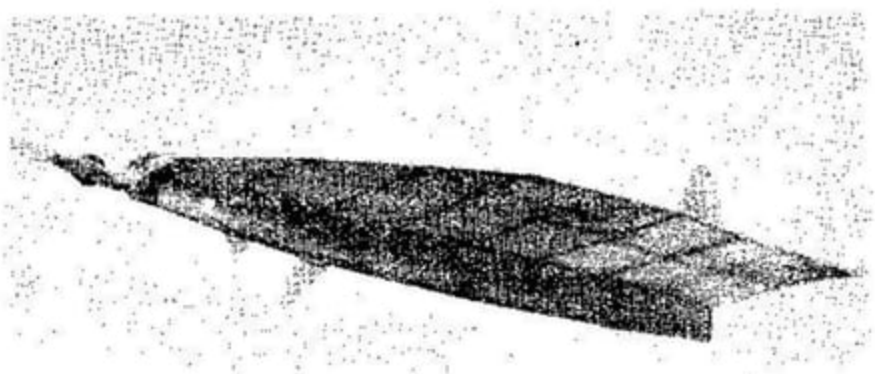
Ejecutivo de Aviación", constituido en el Círculo de la Prensa el 2 de enero de 1913, y presidido por don Joaquín Sánchez.
Tuvo a su cargo, con la colaboración del doctor Adolfo Berro García la redacción de los Estatutos de aquella entidad".

Algunas Fotografías

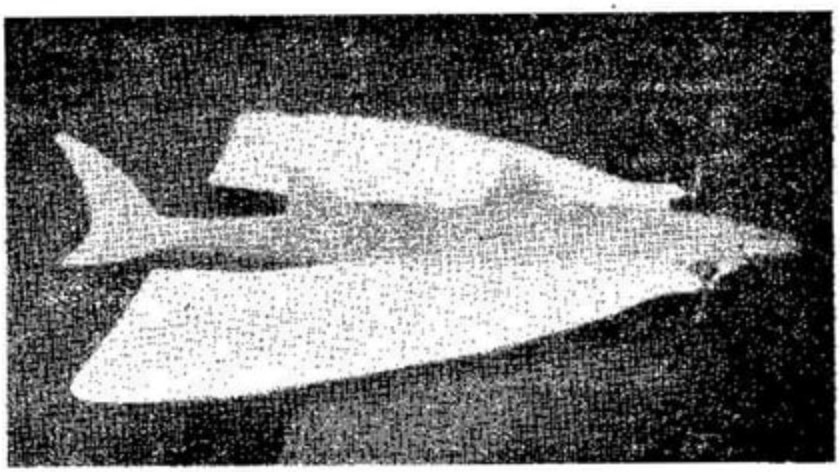
Aeronave del Dr. Eirale — 2º modelo, 1910. Puede verse al Dr. Eirale sentado en la futura cabina del aviador, puesta posteriormente, en alto, lejos del motor, desde donde puede dominarse todo el espacio



El mismo modelo visto de frente.



El Modelito "La flecha" 1940, que aún conservo, a prueba de cualquier viento.



Otro modelo que conservo "La lisa'1' 1944, con alas triangulares proyectadas hacia atrás para lograr velocidad, y alas movibles. A los costados de la proa se ven los "estabilizadores" que se mueven, automáticamente, para dificultar la caída de cabeza.

Fin del PROLOGO

PRIMERA PARTE

Todos /os derechas reservados;
Queda hecho el depósito que
marca la Ley, número 451
Libro 49 a fojas 31

El Dr. Eirale cuando se recibió en Montevideo. Ostenta la medalla al valor civil y otra de honor de tiro internacional, ganada en Turín.

CAPÍTULO I

PRELIMINARES

A raíz de una Biografía personal, con que me obsequiaron mis amigos al cumplir los 80 años, se me ocurre recordar algunos episodios de mi actuación como médico del Ejército del Sur, durante la cruenta guerra civil de 1904, que duró cerca de diez meses.

No soy un escritor, pero, creo, que no se necesita un gran estilo para referir hechos acaecidos y menos a mi edad, en que las arterias del cerebro están algo endurecidas.

En la noche del 31 de diciembre de 1903, estaba jugando al billar en la cervecería Saturno, sita en la rinconada Noroeste de la Plaza Cagancha, cuando recibí la orden de encontrarme en la estación del Ferrocarril a la una de la mañana del día siguiente, eso es, a las pocas horas, para unirme a mi batallón que salía a campaña.

Había estallado la revolución.

Mi nombramiento de médico del Batallón 29 de Cazadores databa de tres meses; no podía faltar a mi deber. Con la premura del caso llegué a casa, donde los familiares me esperaban para festejar el nuevo año; grande fue su sorpresa y pena, al recibir la noticia.

Rápidamente preparé una valija con lo que juzgué más necesario; dejé una carta a mí colega, el doctor Alberto Marroche, rogándole se hiciera cargo de mis enfermos y a la una en punto del 1º de enero .de 1904, llegué a Ja estación, donde las tropas

estaban ya embarcadas, prontas para salir. Me presenté a mi jefe el Tte. Cnel. Pedro Quintana. El practicante del Cuerpo, Mayor Labora, y el enfermero Juan Carneiro me estaban esperando. Habían traído un. gran baúl, donde tenían acondicionado el botiquín del Batallón.

Iba con nosotros el Batallón 4" de Cazadores, cuyo jefe era el Coronel Graduado Genaro Caballero y 2° jefe el Mayor Manuel Dubra; un grupo de cuatro ametralladoras Colt, al mando del Capitán José Chiappara, llevando como oficiales a los Tenientes Alfredo Campos, Héctor Marfetán, Esteban Escabini, y a los Alféreces Celestino Bové y José Fort; una sección de artillería con dos piezas de cañón Canet, mandada por el Teniente 1° Julio Nuñez Brian, con los oficiales Teniente Domingo Mendivil, Alférez Faustino Laguarda y Alférez Juan A. Almiratti.

El coronel Sebastián Buquet era el jefe provisorio de esas fuerzas.

A la hora 3 salió el tren rumbo a Nico Pérez, punto terminal de la vía férrea en aquel entonces; nadie sospechó que la ausencia sería tan larga. — Así empezó el nuevo año.

Nuestro primer campamento fue en Mansa vinagra, a la derecha del puente del ferrocarril; frente a nosotros acampó el 4º de Cazadores. Recuerdo, que. en una conversación, el Cnel Caballero pronunció estas palabras: "a los blancos hay que atropellarlos, llevarlos por delante". Cito esta frase, porque ese valiente modo de pensar, puede haber sido la causa de su inmediata muerte al entrar en combate, a la cabeza de su batallón, la tarde del 22 de junio, víspera de la batalla de Tupambaé.

Me dieron un recado, un poncho patria y un caballo manso, al parecer,., pero, demasiado lerdo.

No me sentía jinete, y receloso de mi cabalgadura, la acariciaba, sin atreverme a castigarla para sacarla del paso. Un oficial me pidió el caballo para montarlo, y al quererlo avivar con el rebenque, un corcovo del animal lo tiró al suelo. La misma suerte le tocó a un soldado; era un redomón. Me lo cambiaron por otro que resultó un "andador"; con su trote, suave y apresurado, se apareaba a los demás que iban al galope.

Mientras tanto, mi practicante ya veterano, pues había actuado en la del 97, construyó una artística enramada, para que me reparara del sol y me sirviera de techo al acostarme.

Sólo me sirvió una noche; al otro día salimos rumbo a Nico Pérez, donde llegamos el día 4.

Allí se incorporaron el General Justino Muniz y su secretario, el Mayor de Guardias Nacionales José Urrutia; el Escuadrón Escolta de GG. NN., Jefe May. Ramón N. Medina; dos compañías del Batallón 3° de Cazadores, cuyo jefe era el Coronel Pedro Villardino, 2º jefe el Mayor Bernardo Urquizó, y cuatro Escuadrones de Guardias Nacionales: el de "Estación Nico Pérez", mandado por el Capitán Loreto Burgos, el de "Manzavillagra, por el Capitán Serapio Pérez, el de "Nico Pérez", por el Capitán Manuel Espinosa, y eí Escuadrón "Godoy", por el Capitón Arturo Gerona, con el cual me ligó. más tarde, una franca amistad.

El Gral. Muniz (F. 1) asumió el mando de las fuerzas y el Cnel. Buquet fue designado jefe del E. Mayor.

De Nico Pérez marchamos rumbo a Santa Clara de Olimar, acampando, el día 5, en la sierra de Chimbre, donde tuve mis primeros enfermos. Eran dos que habían amanecido con la cara y las manos hinchadas, quedando normal el resto del cuerpo. No sabía lo que

pensar sobre tan raro síntoma, cuando un paisano me explicó que existía un árbol llamado "amera", que producía esa hinchazón al dormir bajo sus ramas. En efecto, esos dos habían dormido vestidos bajo tal árbol. A pesar de mis conocimientos médicos, aprendí una dolencia nueva. Encontré un nido de calandrias, pájaros que también desconocía. No es de extrañarse; me había pasado lejos de mi patria unos 18 años.

Se había generalizado, especialmente en los soldados, debido a las largas y repetidas marchas, esa pequeña molestia pasajera, que se presenta al principio, en las partes traseras de los que desde tiempo no cabalgan; la llaman "bifes".

Muy pocos se quejaban, por amor propio; pero, se notaba que sufrían de eso en sus movimientos, al descender del caballo, al caminar, al volverse a sentar sobre el recado. Me libre de esa molestia, no sé si debido al buen andar de mi caballo o si la costumbre de ir en bicicleta me había endurecido la piel de esa región.

F.1. – El General Justino Muniz jefe del Ejército del Sur

CAPÍTULO II

Combate de la Ternera

El 6 de enero, salimos de la sierra de Chimbre hacia el cerro Mulero, donde acampamos; al día siguiente, llegamos al arroyo Las Pavas y oí día 9, cruzando el pueblo de Santa Clara de Olimar, nos dirigimos hacia las punías del arroyo La Ternera. En ese recorrido fue donde escuché los primeros tiros: se había iniciado un combate en que tomó parte mi batallón.

Las avanzadas de nuestras Guardias Nacionales, cuyos escuadrones formaban la vanguardia, notaron la presencia de exploradores adversarios, seguidos por una gruesa columna de fuerzas, que avanzaban hacia ellos, rápidamente, con la intención, evidente de atacar. Cundió la alarma y nuestras tropas se aprontaron, enseguida, para hacerlos frente y combatir.

No tardaron los contrarios en aproximarse, iniciando, desde a caballo, un nutrido fuego de fusilería. que fue contestado por los nuestros eficazmente.

El combate habría durado un par de huras, cuando los insurrectos, no pudiendo soportar la presión del fuego de nuestros infantes, que los apuntaban rodilla a tierra, se retiraron, dejando una partida, que mantuvo el tiroteo un tiempo más.

Tomaron parte en la pelea la División Florida, el 2£* de Cazadores y dos secciones del 4y de Cazadores.

Al cesar el tiroteo, me dirigí; al sitio, donde se había combatido y en lugar de heridos, que no hubo, encontré un poncho casi nuevo, que recogí contento, pues me sería útil. Fue mi primer trofeo.

Esa tarde no seguimos adelante, sino que nos dirigimos hacia el arroyo La Ternera, donde nos estacionamos, manteniendo los caballos de la rienda. Se habían incorporado el regimiento 6" de Caballería, cuyo Jefe era el Teniente

Coronel Braulio Ortiz. 1er jefe el Mayor Atanasildo Suárez, y la división Treinta y Tres, con su jefe el Coronel de Guardias Nacionales Basilisio Saravia, hermano de Aparicio, y su 2º jefe, el Mayor Manuel Bica.
Respecto a ese combate, el parte elevado por el jefe de mi Batallón Tie. Cnel. Pedro Quintana dice:

"El citado día 9, hacia las 2 y 30 p. m. recibí la orden de desplegar mi batallón, lo que efectué haciendo situar a la 1ra. compañía (Cap. Castro) con mí ayudante Cap. Mattos. a la derecha del camino. que constituía el eje do marcha, y la 2da. compañía (Cap. Moreira) a la izquierda y algo distanciada del mismo, por indicación que trasmití con el subayudante Tte. 1º Patiño. La acción entablada tuvo desde el principio carácter violento, por el nutrido fuego y la gran superioridad numérica del enemigo, a quien logramos contener, después de dos horas de combate, entrando, también, una sección de la 3a y 4a compañías. Mi batallón tuvo, en esta oportunidad, a su derecha, dos escuadrones de GG. NN. de Florida, que, según informaciones posteriores, eran comandados por los Caps., de GG. NN. Espinosa y Serapio Pérez y a su izquierda dos fracciones del 4º de Cazadores.

'"Cumple señalar la serena conducta observada en el fuego por los oficiales de mi batallón, antes nombrados, y de los que integraron las compañías actuales: 'Tte.1º Bustamante, Tte. 2º Chaves y Sub - Ttes. Guimaraes, Castro, Cruz y Badel, así como la de los que permanecieron en actitud de vigilancia en la reserva, mandada por el 2º jefe May. Borques".

Estos partes del comandante Quintana, como algunos otros del mismo, elevados al jefe del Estado Mayor, Cnel. Buquet, han sido copiados del archivo del General Enrique Patiño,

CAPÍTULO III

La Retirada

Recuerdo que mientras estábamos descansando de las fatigas pasadas, sobre una altura, con el caballo ensillado y

de la rienda, a la espera de nuevas órdenes, vi llegar a dos paisanos, uno de los cuales tenía un ojo, el derecho creo, cubierto por una cicatriz blanca.

Supe, posteriormente, que el tuerto, el que llamó mayormente mi atención, era Cesáreo Saravia y el otro, el que conversó con el General Muniz, era su hermano José, dueño de una estancia cercana a ese lugar. Habían venido para comunicarle que Aparicio Saravia, — hermano de ambos— jefe supremo de las fuerzas insurrectas, estaba cerca con numerosa hueste y se aproximaba, rápido, con la intención de atacamos y derrotarnos, consciente de nuestra inferioridad numérica.

El tiempo transcurría lentamente; anochecía; se corrió la voz de una retirada.

Observé a mi derecha, en el bajo, una infinidad de fogones llameantes; nunca había visto, tantos. Era una treta para engañar al adversario, a fin de que creyera que ahí acampaba nuestro Ejército.

Al cerrar la noche, se inició la marcha al paso y en silencio; se había prohibido fumar y hablar fuerte; solo se oía el sordo y prolongado ruido de cascos de caballos al golpear sobre el terreno.

El cielo estaba nublado; yo sondeaba la oscuridad, inútilmente; no podía discernir el terreno accidentado del camino, cuyas quebradas recordaba, por haberlo recorrido pocas horas antes. Temeroso de que mí caballo tropezara o cayera en algún barranco, ¡me había aferrado con la mano izquierda a la cabezada delantera de! recado, lo que me permitía descansar el cuerpo fatigado y dormitar, vencido* por el sueño.

Así marchamos toda aquella noche interminable del 9 de enero, y todo el día siguiente, hasta las últimas horas de la tarde, situándonos sin desensillar en un retirado valle, cercano al arroyo de Las Pavas, para, descansar, jinetes y caballos, después de CASI 24 HORAS de una marcha continua y fatigosa, llena de peripecias y peligros, ¡sin alimentarnos ni dormir! No concluyó, allí, la triste odisea, al poco tiempo se inició otra marcha, más accidenta y agotadora aún como se. verá más adelante.

Durante esa retirada se oían a retaguardia continuos

tiroteos. Supe que algunos de nuestros furgones do munición habían quedado rezagados, a riesgo de ser copados por los insurrectos y que, gracias a la serenidad y pericia de los conductores y al auxilio enviado, pudieron ser salvados.
Ei parte del Tte. Cnel. Quintana, refiriéndose a esa retirada, dice;

"En la noche del citado día 9, fue emprendida la marcha y cerrada la noche. V. S. me noticiara que habían quedado a retaguardia varios furgones de munición, carros, y alguna caballada, envié en su busca al Tte. 1° Enrique Patiño, con los sargentos 1° F. Aldamondo y F. Píriz y 30 hombres. El oficial nombrado dio el debido cumplimiento, logrando traer al ejército toda la impedimenta que había quedado atrás, sosteniendo, ayudado por los oficiales de GG. NN. Nicolás Acosta y Serapio Pérez, algunos tiroteos de retaguardia con partidas enemigas, siendo todas ellas perseguidas, activamente, durante 30 kilómetros".

SOLO UN PAR DE HORAS pudimos descansar, tiempo apenas suficiente para tomar algo y mitigar un tanto el hambre y la sed que nos atormentaban. Después, oyó se un intenso tiroteo; la vanguardia de los perseguidores se había empeñado en un furioso combate con las fuerzas que defendían nuestra retirada. Eran éstas el 6º de Caballería y la División Treinta y Tres. En ese encuentro, que podría denominarse de Las Pavas, el 6º tuvo 2 muertos y 5 heridos y la División un oficial herido.

Se inició, en consecuencia, otra retirada nocturna, mucho más penosa y accidentada, que la anterior.
Fue en esta noche que nos perdimos; con nosotros, como lo supo más tarde, se habían perdido parte de mi batallón con su 2° jefe, la sección de artillería y la de ametralladoras.
Hubo, al principio, gran confusión; se oían voces de alarma y de reconocimiento; luego, sólo se escucharon los cuchicheos de los hombres y el relincho de los caballos. La oscuridad ero tan profunda que ni se veían las manos: la lluvia caía fina y persistente. Saqué el cojinillo del recado, para que no se empapara, y, poniéndolo sobre una piedra, me senté, cubierto con mi trofeo el poncho, a la espera de los acontecimientos. Más que el cansancio me vencía el sueño; la fatiga y el hambre pueden soportarse algunos días,

el sueño no. En una situación tan peligrosa me esforzaba en quedar despierto, pronto para cualquier evento. Fueron inútiles todos mis esfuerzos, no podía más; los bostezos se hacían más frecuentes y prolongados. . . los párpados se me cerraban... cabeceaba... Al fin quedé vencido: doblé la cabeza y me dormí...

El ruido de un tiro, escapado del fusil de un compañero, me despertó sobresaltado. . .

De pronto me di cuenta que las riendas de mi caballo se me habían deslizado de la mano. Me levanté inquieto y, agachándome, pude entrever, contra el fondo del cielo nublado, la silueta del dorso de un caballo: era el mío.

Ei manso animal no se había movido, estaba a. un metro de distancia y no lo veía.

Es fácil imaginar cual, hubiera sido mi destino, si la fatalidad me dejaba a pie, perdido, rezagado, con el enemigo a cuestas. Capturado por los más fanáticos, los que siempre se adelantan en busca de una presa, me hubieran degollado y despojado de mis ropas, abandonando a la intemperie mi cuerpo desnudo, pasto de los caranchos y otros, bichos; mi nombre hubiera figurado en la lista de los desaparecidos.

Transcurrido el tiempo, alguien encontraría el blanco esqueleto de un desconocido, lo miraría con indiferencia y seguiría andando. Se me ocurre citar aquí, las desdeñosas palabras que Virgilio dijo a Dante en el infierno: "Non ragioniam di lor; ma guarda e passa".

Finalmente, hacia el amanecer, nos encontraron y pudimos reunimos a la cabeza de nuestra columna que nos esperaba cerca. Seguimos hacia el Sur, rumbo a las sierras de Sosa.

Refiriéndose a ese segundo episodio do nuestra retirada, el parte del jefe de mi Batallón dice así:

"Encuentro de Las Pavas. — El día 10, al anochecer, se recomenzó la retirada hacia el Sur. Habiéndose presentado el enemigo al Norte de Las Pavas, el 6º de Caballería y la División Treinta y Tres fueron encargados de contenerlo. A mi vez recibí la orden de sostener esas fuerzas, lo que cumplí con la 3a y 4a Compañías, no llegando el caso de abrir el fuego, aunque se estuviera expuesto al del adversario a causa de la configuración del terreno. Me acompañaban, en

esos momentos, los ayudantes Capitanes Mattos y Rivas, el Teniente 1º Patiño y el médico del cuerpo Dr. Eirale".'
Se comentó un hecho, en que el Mayor Atanasildo Suárez, 2º jefe del 6º de caballería, en un acto de arrojo, casi pierde la vida. En esa retirada defendía nuestra retaguardia; en un momento oportuno, encabezando un grupo de soldados, después de un reñido entrevero, consiguió apoderarse de dos carros de municiones, que se habían adelantado de la línea de los insurrectos, y mientras, personalmente, fustigaba los caballos de esos carros, para llevarlos rápido, a su campo, le fue herido de varios tiros el que montaba. A pie, rezagado, tuvo que repeler a tiros de revólver el contraataque de los adversarios, hasta que acudieron en su auxilio algunos de sus hombres, uno de los cuales, el soldado Celestino La Paz, según informes, le cedió el caballo. Pudo, así, salvarse el Mayor Suárez; los carros de munición apresados pasaron a su Regimiento. Mientras los adversarios se ocupaban en "garrear" al caballo herido, Celestino La Paz, sin ser visto, se alejó por una zanja, llegando, a pie, hasta Nico Pérez, para reincorporarse.

Al día siguiente, muy de madrugada, se oyeron nuevos tiroteos a nuestra retaguardia; las avanzadas de los insurrectos nos volvían a atacar, siendo contenidas por algunas secciones del 2º de Cazadores, al mando del 2º jefe, Mayor Francisco Borques.
Esa misma tarde acampamos cerca de la población de Nico Pérez. Las ametralladoras permanecieron, esa noche, emplazadas en la sierra de Chimbre, próxima a esa población..

Respecto al combate anterior, el parte del Tte. Cnel. Pedro Quintana dice:

"Encuentro de sierra de Sosa, — El día 11, por la mañana, fuimos alcanzados nuevamente, por el enemigo a la entrada de las sierras de Sosa, unos 15 kms. al N. de Nico Pérez (Lavalleja). Sobre la orden directa del Gral. Muniz, hice desplegar las secciones de los Ttes. Albrieux, Magallanes y Martínez, y Sub - Ttes. Viñas, Colman y Cortés, bajo la dirección de los Caps. Loriente y De la Fuente y el todo bajo el mando del 2º jefe May. Borques, en acción retardataria, lográndose el objeto de contener al enemigo con un breve

tiroteo. A nuestra derecha estuvo durante el despliegue el 6º de caballería y a la izquierda el 4º de cazadores.

"El día 11, mí batallón pernoctó en las proximidades de Nico Pérez, el 12 en las cercanías de las estaciones Illescas. Y el 13 en las costas del Manzavillagra, donde se incorporó el Tte. 1º Jerónimo Barreño y 30 hombres del batallón, que, antes de nuestra partida de la capital, habían salido en comisión hacia el interior de la República, quedando así completa la unidad".

Según decían, nuestra retirada se había efectuado por determinación del General Muniz, sin consulta previa con los demás jefes.

Recibí en Nico Pérez una encomienda con la ropa que había pedido; entre otras cosas contenía un sombrero, un pantalón de montar, polainas charoladas, espuelas, una escarapela de metal blanco con una crucecita roja en el centro, para colocar en el sombrero como distintivo médico, paquetes de cigarrillos "Guerrillero", etc. Con esa nueva vestidura aproveché de un fotógrafo ambulante, para hacerme fotografiar delante de una carpa. (F. 1)'

F. 1 — El Dr. Eirale al principio de la guerra.

El 12, acampamos en las cercanías de la estación Illescas y el 13, en las costas del arroyo Manzavillagra.

Durante esas últimas marchas se incorporaron varias unidades, llamando la atención el 2º de Caballería , encabezado por su jefe, e! Coronel Pablo Galarza, 2º jefe Tte. Coronel Pedro Tavera.

Se incorporó el doctor Manuel Ferraz, médico del 2° de Artillería, que se estableció en las carretas del parque, designado director del Servicio Sanitario por el Cnel. Buquet. Las otras unidades que se incorporaron fueron: de mañana, el General Pedro Callorda con dos secretarios y su escolta, cuyo jefe era el Mayor Daniel Castro; la División de GG. NN, Florida, jefe coronel Bernabé Herrera y Obes, 2º jefe coronel Pedro Bentancourt; la División de GG. NN. Soriano, ¡jefe Corone! Gervasio Galarza, 2º jefe Mayor José Nicolao; la División de GG. NN. Durazno, jefe coronel Martin Souberán, 2º jefe coronel Ciríaco Sosa: el 5º de Infantería, jefe coronel Antonio González, 2º jefe Tte. coronel Bartolo Sanguinetti y como secretario el señor Julio María Sosa. De tarde, la División de GG. NN. Minas, jefe Coronel Hildebrando Vergara; el 1º de Caballería, jefe Coronel Andrés Pacheco, 2º jefe Mayor Julio Dufrechou; el 3º de Caballería, jefe Coronel Guillermo Ruprech, 29 jefe Tte Coronel Luis Dentone.

En la mañana del día 14, mientras se descansaba cerca del arroyo Manzavillagra, decidimos con el Mayor Rorques, 2º jefe de mi Batallón, tomar un baño de limpieza, tan necesario después de varios días de fatigosas marchas. Estábamos tranquilamente refocilándonos en las frescas y cristalinas aguas, cuando oímos un tiroteo que venía de lejos y, cerca, el clarín de nuestro Batallón que llamaba a filas. Cual sería nuestro apresuramiento, especialmente el del Mayor Borques, que como militar y jefe debía ocupar su puesto, que, al ponerse los pantalones, se olvidó de los calzoncillos. Más tarde, y aún hoy, que es General de División, cuando nos encontramos, recordamos esa incidencia alegremente. Corriendo, a medio vestir, llegamos a tiempo; el Batallón no se había formado.

Se producía un combate contra la vanguardia de los insurrectos. en que formaban parte fuerzas del 6º de

Caballería, de la División Treinta y Tres y del 5º de Cazadores. La Cruz Roja organizada en la población de Manzavillagra, inmediata a la estación, se hizo cargo de los heridos. Mi Batallón no tomó parte en la pelea, pero avanzó hacia la estación en momentos en que se descargaba un aguacero, permaneciendo toda la noche con el caballo de la rienda.

Esa tarde, desde una altura, estando al lado del General Muniz, pude presenciar un espectáculo interesante. Al rato de haber cesado el fuego, vimos en el bajo, a lo Tejos, a tres jinetes adversarios' disparando a toda carrera, perseguidos de cerca por otros cuatro, ávidos de alcanzarlos. La persecución no duró mucho; los primeros mejor montados, alargaban la distancia que los separaba de sus perseguidores, y estos, en Ja imposibilidad de apresarlos, optaron por retirarse.

El diario de campaña del General Jaime Bravo, en aquel entonces Capitán del 5º de Cazadores, refiriéndose a ese combate dice:

"Día 14 de enero. Jueves — A las 11 y 15, tiroteo en las avanzadas mientras el batallón se encontraba preparando el almuerzo, asando sus asados, pues pocos momentos antes se había carneado, se avistaron a lo lejos algunas guerrillas enemigas. Avistadas éstas, se ordenó al 6º de Caballería que le saliese al encuentro, conjuntamente con la Div. Treinta y Tres; el tiroteo se hizo general en toda la línea, teniendo momentos bastante fuertes. El 5º de cazadores fue solicitado en protección por el comandante Basilisio Saravia y el jefe del 6º de caballería. Habiéndose ordenado a este batallón dicha comisión, acudió a la línea de fuego desplegando la 1a y 2a compañías, quedando la 3a y la de reserva. La primera mitad de la 1a compañía acudió en refuerzo del comandante Basilisio Saravia y la 2® compañía, a órdenes del suscrito, se desplegó a la derecha, dándosele como objetivo el flanqueo de un pequeño monte, que estaba ocupado por el enemigo. A pesar de haber hecho éste alguna resistencia, fue desalojado de la posición, en que se había atrincherado, como asimismo el resto del enemigo, que se le había dado como objetivo, en el frente de ataque, a nuestro batallón. El enemigo fue perseguido hasta las últimas horas de la tarde,

en que abandonó, definitivamente, el terreno, quedando el ejército legal dueño del campo.

En nuestro avance, en la parte correspondiente al batallón, hemos encontrado cinco muertos revolucionarios: los heridos' eran recogidos por éstos, durante su marcha en retirada. Además de las tropas señaladas anteriormente, participaron en esta acción elementos de la Div. del comandante Basilisio Saravia, un escuadrón de GG. NN. a órdenes de un comandante Ramírez, No puedo precisar las fuerzas que tenía a mi derecha, como asimismo el detalle de la parte desempeñada por la 1a compañía, la 3a y 4a y después de haberme incorporado a la línea de fuego; porqué el despliegue fue muy extendido y desde mi puesto no podía observar más de lo que ocurría a mi frente, y debido, también, a la preocupación en el desempeño do la misión, que se me había confiado, que felizmente pude cumplir con éxito, debido a la corrección y valor con que se condujeron mis subordinados".

Al día siguiente, el 15 por la mañana, se inició otro combate en Illescas. Yo seguía el rastro de mi batallón que combatía en las avanzadas. Me acompañaban el practicante y el enfermero, con el material necesario para prestar los primeros auxilios a los heridos. Mi pían era el siguiente: hacer la primera cura al herido encontrado y dejarlo en el sitio en que había caído, para que fuera recogido a retaguardia, en los carros del Parque. De esta manera, no perdía tiempo y podía seguir adelante, para auxiliar a los que irían cayendo.

El combato duró todo el día, oyéndose el intenso tiroteo, el tronar de los cañones, el repiqueteo de las ametralladoras. En esa acción encontré el primer muerto; era un soldado correctamente vestirlo, con el kepi puesto, en el que se destacaba el N.º 2; pertenecía a mi Batallón. ¡Bajé del caballo para acomodarlo con los brazos cruzados sobre e! pecho, la cabeza en alto, mirando hacia el cielo y me alejé apenado.

Al cruzar la línea férrea, encontré otro cadáver, era el de un insurrecto que tenía a su costado una pistola de dos tiros, con el mango abollado por una bala.

La recogí; fue mi segundo trofeo. Por fortuna los heridos

fueron pocos.

Al día siguiente, el 16, comenzó la sangrienta y pertinaz persecución, que duró 8 días, hasta Legar al río Yaguarón, donde los revolucionarios se internaron al Brasil, vadeándolo por el paso Centurión.

CAPÍTULO IV

La Persecución

Al atardecer del 15 de enero, después de desalojar a los revolucionarios del paso de Molles del Pescado. acampamos en sus inmediaciones.

A las primeras horas de la mañana siguiente, se reinició la marcha, sin desprendernos más de la retaguardia de los insurrectos. Atravesamos el paso del Monzón después de una breve resistencia, dirigiéndonos hacia el río Yí, que se vadeó en el paso de Santa Rita, después de vencer la enérgica resistencia de los adversarios. Acampamos al anochecer en la cuchilla del Comercio, Dpto, de Durazno.

El 17 de enero, muy de madrugada, marchamos hasta llegar al paso de las Palmas, donde se combatió reñidamente, interviniendo la artillería para despejarlo. Desalojados los revolucionarios del paso y de las posiciones inmediatas, se continuó la persecución hasta la noche, acampando a la otra orilla del arroyo. En esa acción se tuvieron 4 muertos y 16 heridos.

Al día siguiente, a marchas forzadas, bajo un sol abrasador,. persiguiendo siempre al veloz adversario, que, mejor montado, se alejaba rápido, llegamos al paso del Gordo del arroyo Cordobés, que vadeamos sin mucha resistencia. Seguirnos hasta Pablo Paez, Dpto. de Cerro Largo, donde hubo un vivo tiroteo en el mismo paso, que pudo ser vadeado, acampando al anochecer del otro lado. Corrió la voz de que, durante el trayecto a Pablo Paez, algunos de nuestros hombres fallecieron por haber comido carne de una res recién carneada, abandonada por los

insurrectos y que había sido envenenada con arsénico. También se dijo que violaron a una mujer, asesinándola, luego, con un hijito suyo de pocos años. No pude constatar esos hechos, aunque podrían haber sucedido, por encontrarse agregados al ejército insurrecto muchos brasileños del confín, llamados "bayanos", capaces de toda fechoría.

El 19 se alcanzó a la retaguardia revolucionaria en el arroyo Tarariras, que pasamos después de un tiroteo sin importancia, acampando en sus proximidades.

Después de un día de relativo descanso, en que se pudo carnear, en la madrugada del 21 de enero, antes de aclarar, marchamos en dirección a Meló, bajo una lluvia torrencial, llegando a las proximidades del paso Real del arroyo Conventos, donde hubo un largo tiroteo del cual resultaron 3 muertos y algunos heridos; mi Batallón no tuvo bajas.

En los días 22 y 23 siguióse la persecución rumbo al paso de Centurión del río Yaguarón, que los revolucionarios, apremiados de cerca, pasaron precipitadamente, dejando numerosos caballos, de los cuales conseguí uno, mi tercer trofeo.

Mi batallón, el 2° de Cazadores, actuó en la extrema vanguardia, cuyo jefe era el Cnel Pablo Galarza;

F. 3 — El Coronel Pablo Galarza, Jefe de le extrema vanguardia.

(F. 3) Jefe de Ja vanguardia era e\ Gral. Pedro Callorda. Estas fechas, me fueron facilitadas. así como el parte del Jefe del 2° de Cazadores, Tte. Cnel. Pedro Quintana que, entre otras cesas, dice:

". . . Es de mi deber recomendar a la consideración de V. S. el buen comportamiento en el fuego, en el servicio y en las marchas del 2º jefe, capitanes, comandantes de secciones y ayudantes que he nombrado en este informe, así como la buena actuación tenida en el desempeño de los sucesos y en su especial cometido, por el médico del cuerpo Dr. Eirale y practicante mayor Labora".

Mientras nuestra extrema vanguardia seguía, el 22, la persecución, rumbo al paso de Centurión del río Yaguarón, ese mismo día, como supe luego, el Capitán Ángel Farías, con un escuadrón, del 1º de Caballería, entró en la ciudad de Meló, y, ocupándola, se posesionó de más de 700 caballos y dos carros de armamentos y municiones, pertenecientes a los insurrectos. Quedó de guarnición en esa ciudad la Div. Colonia, con un destacamento del 5º de Cazadores.

De la síntesis expuesta de esa persecución, puede colegirse lo penoso de las marchas forzadas y el largo camino recorrido en tan poco tiempo, casi sin comer, pues, una sola vez pudo carnearse. Ocho, nueve o más leguas diarias, expuestos durante horas y horas a un sol ardiente, con la consecuente descamación del cutis de la cara y la nariz; otras veces bajo lluvia, durmiendo sobre el recado, casi vestidos y a la intemperie, pues, en la extrema vanguardia' no se disponía de carpas, ni de carros donde cobijarse. Muchos fueron los rezagados y los enfermos. Se acampaba al anochecer y mientras la mayoría se entregaba al descanso, empezaba para mí y mis ayudantes una nueva labor: la de recibir a los enfermos, heridos o lastimados que concurrían después de esas marchas, para que los atendiera, lo que hice muchas veces a la luz de una candela.

Solamente los que actuaron, pueden saber las fatigas. el hambre, la sed, sufridas en esa correría. Debido a mi salud y fortaleza pude resistir sin enfermarme a tantas penalidades.

* * *

Partes Militares de los Principales Encuentros Efectuados Durante la Persecución El día 19 de enero, a las 11: 30 a. m., el Presidente de la República, recibió, traído por una paloma mensajera, el siguiente mensaje:

"A Presidente de la República; — anteayer en Mansavillagra completa derrota del enemigo. — Tomamos tres carretas completas con munición Remington. —Sigo persecución tenaz. — Desde anteayer a hoy se le cuentan más de cien muertos a Saravia y gran cantidad de heridos. — El hijo mayor de Saravia va herido. — Gran deserción en las filas enemigas que marchan en desastroso estado de ánimo. — Abelardo Márquez incorporóse anteanoche, y ayer mandó línea, mientras Aparicio se retiraba. — Continuamos persiguiéndolo rumbo Paso de. . . que vadearé dentro de dos horas. — Allí está Saravia. — Ya siento tiroteo de la vanguardia. — Salúdalo Justino Muniz".

"El combate en el paraje, donde desplegó el 29 de cazadores, se desenvolvió casi exclusivamente con el fuego, ganando terreno. Desplegué primeramente mí unidad en orden normal de combate, entrando en el fuego la 2a y 3a compañías (Caps. Moreira y Lorien- te) pero, casi enseguida, entraron también en acción la ja y 4a compañías (Caps. Castro y De la Fuente) prolongándose la línea, respectivamente, a la derecha e izquierda de las secciones ya desplegadas, haciéndose un violento fuego a discreción, con alza de 400 y 500 metros. Nuestro eje de avance era marcadamente S. O. a N. E. y en esa dirección arrollamos al enemigo que teníamos en frente, que hizo su mayor resistencia en las estribaciones de la cuchilla de Illescas, de donde le desalojamos hacia las 4 p. m. (16 horas). Desaparecido el enemigo de nuestra vista replegué mi batallón, que fue remunicionado por nuestros propios elementos (2 furgones y 2 carros comunes).

"A las 4 y 30 (16 y 30) reanudamos la acción contra el enemigo, que descubrimos parapetado en la vía férrea, en la pronunciada curva que existe al O. de Ja estación Illescas, sosteniéndose por ambas partes un fuego vivísimo, que duró más de una hora.

"La 1a y 2a compañías con sus capitanes ya nombrados

e integradas por las secciones de los Ttes. 1° Bustamante y 29 Chaves y los Sub - Tts. Guimaraes. Castro, Badel, y Cruz fueron enviados al ataque hacia el E. del cerro San Francisco; la 3a con su capitán ya aludido, compuesta por las secciones de los Tts. 1º Barreno, 2º Albrieux, y Sub - Tts. Viña y Calvetti, fue encaminada' al ataque de la posición de dicho cerro al S. del mismo, y la 4º con su respectivo capitán y las secciones de los Tts. 2dos. Magallanes Martínez y Sub- Tts. Cofmán y Cortés obró como escalón desbordante por la izquierda de. la 3a, dirigiéndose al asalto de la posición O. del susodicho cerro de San Francisco. La acción fue dirigida personalmente por el suscrito, encargando al 2º jefe, mayor Borques, de coordinar el esfuerzo de las compañías, que constituían la izquierda. Los ayudantes Cap. Mattos, Tte. 1º Patiño y 2º Machín, así como et Tte. 2º de GG. NN. Quintana, se desempeñaron con la mayor actividad, para unir el comando con la línea de combate. La acción vigorosa y armónica de todo el personal a mis órdenes produjo el resultado que se buscaba. Hacia las 5 y 45 (17 y 45) el enemigo fue desalojado de la vía férrea, e inmediatamente después, del cerro de San Francisco, retirándose desordenadamente, bajo la presión de nuestro avance por el fuego, en dirección N. E. por el camino, que partiendo de las proximidades de la estación Illescas, cruza el arroyo de este nombre y el de Molles del Pescado. Momentáneamente el enemigo desapareció. Nuevamente repleguć mi batallón al N. del cerro San Francisco y mediando la orden del Si. Cnel. Galarza, volvimos, conjuntamente con el 2º de Caballería, a tomar contacto con el adversario, picando fuertemente su retaguardia al pasar el arroyo Illescas, la que resistió en ese paraje durante media hora.

"Combate de Molles del Pescado. Cerca del oscurecer y en el paso de Molles del Pescado, la retaguardia enemiga volvió a resistir con tesón, iniciándose un nuevo combate, en que tomaron parte el regimiento antes nombrarlo, la unidad ríe mi mando, un escuadrón de la Div. Soriano, fuerzas de la División Treinta y Tres, y una compañía del 5a de Cazadores (Cap. Bravo), con los que desalojamos al enemigo del antedicho paso, acampando en las inmediaciones del mismo, hacia la hora 7 y 30 (19 y 30).

"Las bajas sufridas hasta este momento por el cuerpo de mi mando son: muertos, el soldado Bernabé G. Martínez, heridos, cabo 1º Juan Farías, cabo 2º Bartolo Salvi, tambor Máximo Flores y los soldados Juan Risso, Juan Lemo, y Miguel Ramírez.

"El día 16 de enero, en las primeras horas de la mañana, comenzamos la marcha sobre el enemigo, continuando este cuerpo a las órdenes del Sr. Coronel Galarza, jefe de la extrema vanguardia conjuntamente con el 2º de Caballería y las divisiones de GG. NN. Treinta y Tres y Soriano".

"Encuentro del paso de Monzón (Florida)

"En este paso del arroyo del mismo nombre el enemigo ofreció alguna resistencia, que fue brevemente superada. Hacia las 10 de la mañana fue alcanzado otra vez en el río Yi".

"Encuentro de los pasos de Santa Rita y Cara de Potro. — El enemigo volvió a resistir con más energía en estos parajes. Contra el paso Santa Rita fueron el 2º de caballería y la división Treinta y Tres, y contra el paso Cara de Potro la división Soriano. Mi unidad apoyó al 2º de caballería en el ataque al paso Santa Rita, que fue vigorosamente defendido durante una hora y media, adelantando la 2a, 3a y 4a compañías, en tanto que la 1a fue, por orden del Cnel. Galarza, destacada hacia nuestra izquierda, para ayudar a la división Soriano, que atacaba en antedicha dirección. A pesar de estar expuesto al fuego, durante el desarrollo de la acción, el cuerpo de mi mando no experimentó bajas. Hacia las 8 p. m. (20 horas) mi batallón con las demás fuerzas de la extrema vanguardia, acampó en la cuchilla del Comercio (Durazno), destacando puestos avanzados.

Combate del paso de Las Palmas. — El día 17 de Enero, a las 5 y 30 a. m., mi batallón emprendió marcha, con las otras fuerzas de la extrema vanguardia, por el camino del paso Hondo de Las Palmas, rumbo N.. Hacia las 8, el servicio de exploración del 2º de caballería señaló la retaguardia enemiga en el citado paso. El 2º y 6º de caballería entablaron acción, sobre el eje de marcha a las 10, con un fuego violento, que fue contestado de igual modo. La Div. Treinta y Tres a la derecha y la Soriano a la izquierda y otras fuerzas, que el suscrito no pudo individualizar, apoyaron el avance,

que aquellos regimientos hicieron a caballo, después del período preparatorio. El 2° de cazadores lo apoyó también, actuando como reserva general, interviniendo también en la acción la artillería del grueso. Ante el avance decidido de la vanguardia de las fuerzas legales, los insurrectos cedieron el campo retirándose, en verdadera confusión, hacia el N., en cuyo rumbo fueron perseguidos hasta que cerró la noche .El día 18, el 2º de cazadores se restituyó al grueso de la vanguardia, pero, habiendo hecho nueva resistencia las fuerzas insurrectas en el paso del Gordo del Cordobés, fue enviado otra vez en apoyo del 2^ de caballería, con el que mantuvo contacto durante el encuentro, que careció de mayor importancia, retirándose el enemigo, perseguido por el 2º de caballería. En el encuentro de Pablo Páez y Tarariras (18 y 19 de Enero) el 2º de cazadores apoyó, igualmente, la enérgica acción del 2º de caballería, conservando contacto con él".

"Encuentro río Convenios: El 21 de Enero, antes de aclarar, la extrema vanguardia del Cnel. Galarza aumentada con el 1º y el 3" de caballería partió, desde Bañado de Medina hacia la ciudad de Meló, ocupada por el ejército insurrecto. Estos cuerpos fueron enviados contra el paso Real y el de la balsa de Guerrero, medio kilómetro al S. de aquél, en tanto que el 2° de cazadores, en misión de flanqueo de la derecha enemiga, marchó al paso de las Tres Horquetas del Conventos, que el enemigo guarnecía y que abandonó después de un breve combate. No sufrimos bajas y lomamos algunos prisioneros".

"Operaciones sobre el paso Centurión. — El mismo día, 21 de enero, el batallón de mi comando pasó a integrar la extrema vanguardia con carácter definitivo: el Cnel Galarza, jefe de aquella, continuó la marcha en dirección al paso de Centurión del río Yaguarón. en cuyo rumbo iba una numerosa columna insurrecta, en tanto que, según noticias del servicio de exploración. el grueso se dirigía al S., quedando en su observación la vanguardia y el grueso del Ejército del Sur, con los Generales Muniz y Callorda en las puntas del arroyo Chuy departamento de Cerro Largo. En las proximidades del paso de Centurión, la Caballería exploradora del Cnel. Galarza, mandada por oí 2º jefe del 6º de caballería, mayor

Atanasildo Suárez, tomó contacto con la columna mandada por Basilio Muñoz (padre), Formaban en aquella fuerza un escuadrón del 6° de caballería, otro del 2º de la misma arma y 2 secciones del 2º de cazadores. Un corto tiroteo obligó al enemigo a pasar precipitadamente el río Yaguarón, dejando en nuestro poder muchos caballos, equipos de éstos y algún material de guerra. No experimentamos baja alguna.

Con esta operación finalizó la persecución, comenzada el 16 en Molles del Pescado, departamento de Florida, y de una duración de 8 días. Es mi deber recomendar a la consideración de V. S. oí buen comportamiento en el fuego, en el servicio y en las marchas del 2º jefe, capitanes, comandantes de secciones y ayudantes que he nombrado en este informe, así como la buena actuación tenida, en el desarrollo de los sucesos y en su especial cometido, por el médico del cuerpo Dr. Eirale y practicante mayor Labora, Recomiendo, igualmente, el proceder del personal de tropa del batallón, cuyo valor, abnegación y disciplina merecieron los mayores encomios, en más de una oportunidad, del destacado jefe superior, Cnel. Don Pablo Galarza. Dios guarde a V. S. ms. as. — Campamento en marcha en la costa del arroyo Mansavillagra, paso de los Troncos. — febrero 4 de 1904. — Pedro Quintana"

Parte del Gral. Justino Muniz al Presidente de la República:

"Enero 20 de 1904. — Exmo. Sr. Presidente de la República, Don José Batlle y Ordóñez. — Considerando el laconismo a que me han obligado las circunstancias, tendrá ansioso a VE. por conocer noticias de la obstinada persecución, que vengo haciendo al enemigo desde el 14 del corriente, aprovecho la oportunidad primera, para darle cuenta más detallada de las operaciones del ejército a mis órdenes, sin perjuicio de enviar el parte detallado en cuanto me sea posible. El día 14 se presentó el enemigo con fuertes guerrillas en la proximidad de la estación Mansavillagra, donde, como VE. sabe, estaba recibiendo las últimas incorporaciones de fuerzas y caballadas. Inmediatamente de tener noticias de la proximidad del enemigo, ordené a mi vanguardia se adelantara a repeler el avance de las fuerzas insurrectas. A pocos momentos de iniciado el tiroteo, el

enemigo reforzó sus guerrillas, extendiéndose notablemente la línea de fuego, al punto, que parecía que, sintiéndose fuerte en las posiciones tomadas, el enemigo tuviera intención de ofrecer batalla. Iniciado en tales circunstancias el combate, mis fuerzas avanzaron convenientemente reforzadas, desalojando de sus posiciones a los insurrectos, que, después de sostenerse en retirada por espacio de unas horas, abandonaron el terreno en completa derrota, dejando sobre el terreno gran número de muertos y heridos. La persecución, ese día, se prolongó sin descanso hasta Molles del Pescado y en ella se tomaron algunos prisioneros, tres carretas llevando munición Remington y quinientos caballos. Por la noche del mismo día, abandonaron las filas enemigas, con armas y bagajes, gran número de insurrectos.

"El 17 el enemigo pretendió sostenerse en el arroyo Las Palmas, paso de las Conchas, pero de allí también fue desalojado, sufriendo gran número de bajas. Se contaron en el campo más de sesenta muertos. Completamente desmoralizados, por los repetidos fracasos, los insurrectos emprendieron la fuga, viniendo a situarse sobre el arroyo Yí, paso de Santa Rita, donde se parapetaron en los accidentes del terreno y en una gran manguera de piedras, que tuvieron que abandonar, como las posiciones anteriores, al riguroso empuje de las tropas legales, dejando en nuestro poder una carreta con municiones, un carruaje y algunos cajones de munición tirados en el campo.

"Convencidos los insurrectos de su impotencia, se fraccionaron, después del combate de Santa Rita, en varios grupos, que marcharon en distintas direcciones. El mayor, al mando de Saravia, tomó rumbo a Paso de Ramírez, para contramarchar por la noche, y dirigirse al Paso del Gordo del Cordobés, hacia el cual marché, también, en cuanto me di cuenta de la treta ideada por el enemigo.

"Mi vanguardia, que alcanzó a los insurrectos antes de llegar al paso de las Tarariras, que lleva el nombre de Canané, tuvo ocasión de tirotearlos nuevamente, acelerando, así, la desmoralización completa de los insurrectos, que huyeron con rumbo a Meló por el paso de la Arena del Fraile Muerto.

"En todo el trayecto los insurrectos han venido

cometiendo escenas de salvajismo. Se ha llegado a violar a una mujer, para asesinarla después, en compañía de una criatura de pocos años. Se ha envenenado la carne de una res, que dejaron en el camino, se han saqueado casas de comercio y de vecinos. Algunos soldados del ejército a mis órdenes perecieron a consecuencia de haber probado de la carne envenenada por los insurrectos. Entre los jefes insurrectos ha habido algunos muertos y muchos heridos. Abelardo Márquez grave, con tres balazos, Pancho Saravia y el hijo menor de Aparicio de nombre Nepomuceno. Me parece conveniente hacer saber a VE. que aún no he recibido la incorporación de la Cruz Roja, que me anunció en Mansavillagra, enviada para este ejército, por cuya razón vienen sufriendo las peripecias del viaje 18 heridos, que llevo en los carros del ejército.

"En este momento me pongo en viaje en la dirección, que antes he dicho, llevan los insurrectos, de los cuales no se desprende mi vanguardia. Saluda a V. E. atentamente, Justino Muniz

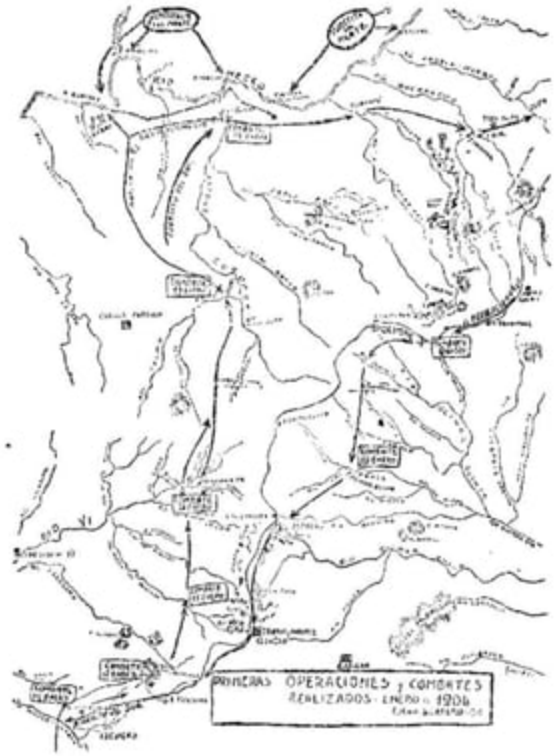
La Cruz Roja nunca se incorporó al Ejército del Sur.

* * *

Léase este capítulo y el anterior, atentamente, y medite el lector sobre LA SUCESION ININTERRUMPIDA Y RAPIDA de los acontecimientos referidos.

No creo que la historia de nuestros ejércitos legales registre hazaña parecida a la del Ejército del Sur, que, a marchas forzadas, con una caballada regular, casi sin comer, sin mate, sin dormir, haya recorrido interminables leguas, por caminos asaz accidentados, bajo lluvias o bajo los rayos de un sol de fuego, por horas y horas, EN CONTINUOS Y VIOLENTOS COMBATES desde el arroyo La Ternera a Mansavillagra y desde ahí hasta el Brasil, Paso Centurión, cubriendo esta distancia EN SOLO DOCE DIAS! —

Ver croquis N1-' 1.



Croquis Nº1i — Primeras operaciones y combate.

CAPÍTULO V

Otras Marchas y Otros Episodios

Las fuerzas perseguidas, obligadas a internarse en el Brasil por el paso Centurión, constituían solo una numerosa columna de los insurrectos, como se supo más tarde.

El grueso de las fuerzas, encabezadas por Aparicio Saravia se habían deslizado hacia la derecha.

Fue una treta del caudillo blanco advertido por el Gral. Muniz a su llegada a Melo. En consecuencia, nuestro ejército reinició sus marchas hacia esa dirección.

El 24 de enero, acampamos con la extrema vanguardia

en el mismo Paso Centurión; el 25, con la vanguardia, en el arroyo Chuy; el 26, en el río Tacuarí.

En Conventos (Cerro largo), se incorporó una División Rocha, Jefe el Cnel. Francisco Solari; en Santa Clara se incorporó otra Div. Rocha, cuyo Jefe era el Comandante Benicio Olivera, muerto en el combate del Paso del Parque.

El 27, acampamos en Guazunambí, el grueso del ejército en el arroyo Arbolito; el 28, en Yerbal, el grueso en el arroyo Parao; el 29, en Membrillar, el grueso en el arroyo Sauce, departamento de Treinta y Tres; el 30, en el río Olimar Grande; el 31, en el arroyo Mojíes, departamento de Minas.

Durante esas últimas marchas, no recuerdo donde, llegó a nuestro campamento el señor Ministro de Guerra y Marina, General de División Eduardo Vázquez, que, desde el día 25 de enero, se hallaba acampado en Hospital, a fin de terminar la organización del Ejército del Norte, que el General Benavente comandaba interinamente.

No puedo precisar el tiempo que estuvo con nosotros; sólo recuerdo que el Gral. Vázquez se desprendió de la vanguardia con su escolta, para explorar los alrededores; lo acompañábamos el Cnel. Bernabé Herrera y Obes, Jefe de la División Florida y yo Al llegar a una altura nos detuvimos; una hondonada nos impedía el paso. A nuestra vista se presentaba una gran llanura y a la izquierda, no muy lejos, un pequeño bosque. Desde esa altura, tranquilos y confiados, al descubierto, presentando un excelente blanco, estábamos escudriñando la llanura, cuando nos sorprendió el silbido de muchas balas. Desde el cercano monte nos habían hecho una descarga. Un sargento que estaba a mi lado cayó muerto; dimos vuelta a los caballos y a pocos pasos, debido a la bajada del terreno, ya no nos veían. No sé si una bala rozó el costado del Cnel. Herrera, sólo recuerdo que comentó mucho esa imprudencia, que casi nos costó la vida.

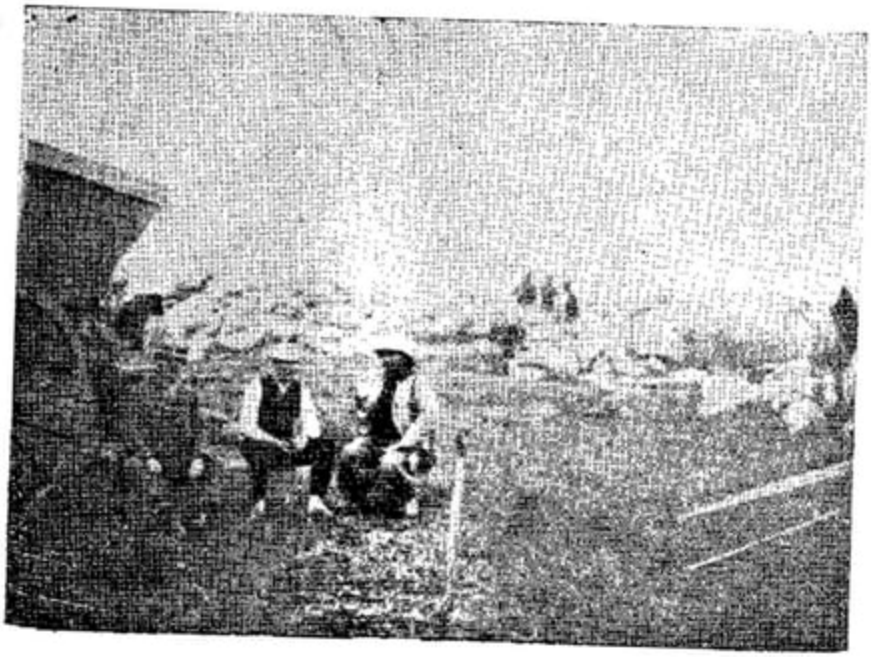
El l9 de febrero, acampamos en el arroyo Sauce, departamento de Minas; el 2, en puntas del Olimar Chico; el 3, en el arroyo Mansavillagra, paso de Salabanda, departamento de Florida; el 4, en el arroyo Mansavillagra (Florida).

Durante varios días se efectuaron nuevas marchas, sin que se produjeran novedades de importancia.

Esas marchas (F. 4) no fueron tan apresuradas, ni tan penosas como las anteriores y con el descanso necesario para que los hombres se repusieran y, especialmente,

F. í — Una parte del Ejército en marcha, atravesando campos.

los caballos cansados y mal "pastados" durante la tenaz persecución. Se ensillaba muy temprano, hacíamos unas leguas con altos, para dar un resuello a los caballos y un descanso, también, a los jinetes, y antes de medio día o a las primeras horas de la tarde, se acampaba cerca de los arroyos. La proximidad del agua nos permitía higienizarnos con más frecuencia y lavar la ropa. Aprendí a tomar mate amargo, cebado por el asistente que me habían destinado, (F. 5). Podía dormir debajo de un pequeño carro, reparados los costados por un poncho; en fin, la vida había mejorado; pero, mi vestido estaba deshecho. En la primera oportunidad conseguí unas bombachas, unas botas, unas espuelas y un sombrero de anchas alas. Estaba tan desconocido con mi nueva indumentaria que un día, yendo sólo con una maleta de lona, donde guardaba el botiquín y que llevaba colgada



F. 5 — El Dr. Eirale con el Tte Cnel. Quintana y el Sr. Saldamando tomando mate.

delante del recado, para tenerla a mano, alguien me preguntó "¿Que vende paisano, galletas?".

Para matar el tiempo, jugábamos a las barajas sobre un cajón vacío* qué nos servía • de mesa, el May. Francisca Borques, el Cap. Serafín Tolvas, el Sr. Juan Saldamando, amigo y ayudante del Jefe y yo. Me enseñaron a jugar al mus. Al principio me hacían trampas; en consecuencia, pagaba casi siempre el litro de vino que se tomaba en las comidas; pero, después, más avisado, las pérdidas se equilibraron.

Me hice de muchos camaradas. Mi larga permanencia en Italia, hízome olvidar algo mi idioma y hablaba medio italianizado. Esto causaba gracia a mis amigos, por algunas frases que yo exageraba, ex profeso, para que se, divirtieran. Nunca nos faltó el buen humor, ni aún en los trances más difíciles. Comíamos discretamente; pues,

teníamos dos buenos cocineros que se alternaban y que, en competencia, se esmeraban en hacer los más apetitosos platos. Eran el Cap. Rivas y el señor Saldamando; el primero especialista en albóndigas, el segundo en arroz guisado (risotto). Recuerdo que, cierto día, el de las albóndigas nos presentó unas bolas de tal tamaño, que una sola era suficiente para satisfacer al más hambriento. Quién comió una, quien solo media, todos se indigestaron menos yo, que había comido dos.

Al acampar cerca de Treinta y Tres, fui a la ciudad con los amigos Rivas y Saldamando y un asistente, a fin de abastecernos; nos acompañó el Tte. Luis González Galarza. Entramos en un hotel y llevamos los caballos a un gran pesebre, donde los dejamos atados, 'con el freno suelto y la cincha floja, para que descansaran y comieran. Observó que en el fondo había un caballo en pelo, atado al comedero. Almorzamos y recorrimos la ciudad y al atardecer fuimos por los caballos, para volver al campamento. Me enderecé al sitio en que había dejado el mío y noté, con sorpresa, que había otro caballo ensillado con mi recado y con el freno puesto. "Este no es mi caballo", grité pensando que alguno de mis compañeros se hubiera equivocado. "Cállese la boca" —me dijo Luis González que estaba a mi lado, — "Yo lo ensillé para Ud.; móntelo que es bueno". Comprendí, y al montarlo noté, palpándole el pescuezo, que era gordo. Cuando esa mañana salimos del campamento, el peor montado era yo; al regresar, tenía el mejor caballo. En efecto, resultó un verdadero "pingo", tan brioso que tenía que sujetarlo, para no adelantarme a los demás; mis compañeros comentaban sonriendo.

Al día siguiente, los amigos para darme una broma, me dijeron que había venido el dueño del caballo a reclamarlo y que debía entregarlo. "No lo entrego", contesté, "que pase el mismo dueño a hablar conmigo". Naturalmente, el dueño no apareció. Fue mi cuarto trofeo. Este, me duró algo más de un mes, haciéndole dar maíz cuando podía. En general, los caballos duraban poco. En las proximidades de la estancia del señor Mascarenhas, unos días después del combate del paso del Parque, fui llamada para atender a un caudillo blanco, que, según me dijeron, era el Comandante Justiniano

Gauna, jefe de la escolta de Aparicio Saravia, herido en ese encuentro. Concurrí, enseguida, encontrándolo gravemente herido, sin posibilidades de salvarse. La bala había penetrado por la nuca en dirección hacia abajo, interesando la columna vertebral; presentaba síntomas de parálisis; lo atendí dejándolo más tranquilo. Hace poco me enteré que fue operadlo, en el Hospital de Caridad, por el Dr. Alfredo Navarro, falleciendo a los dos días.

Cené con el señor Mascarenhas: me dieron un caballo y dejé "el pingo" cansado y flaco, recomendándoselo al señor Juan Salsamendi, administrador del establecimiento.

Tengo en mi poder una carta del Sr. Alfonso Lagomarsino, gerente de la Imprenta Dornaleche y Reyes, fechada el 2 de marzo de 1904. La recibí mucho después, no recuerdo cuando ni en qué oportunidad: transcribiré unos párrafos; "Mi estimado amigo: Desde su salida de ésta, recibí tres cartas de Ud. que me causaron verdadera alegría, primero porque deseaba tener noticias de Ud. y segundo porque en todas ellas manifiesta su entereza y muy buena voluntad en el sacrificio que se ha impuesto Ud. en esta guerra. gran satisfacción me ha producido al oír de boca de sus amigos, el señor Saldamando primero y del Capitán Rivas después los mayores elogios de Ud. esos, sus compañeros de causa, nos contaron muchas de las peripecias de su vida, pero siempre haciendo resaltar su buen humor, .su buena voluntad y su gran disposición para seguir firme en su puesto hasta el final de la lucha.

"Siempre tuve los mejores deseos de escribirle pero donde. . . ? Aquí en Montevideo no se sabe nada seguro y del ejército del General Muniz solo sabemos que ha estado en tal o cual parte, después que ya levantaron campamento. Hoy por fin se me presentó una magnífica ocasión que me ofrece el Sr. Saldamando y le daré una lata más que regular. . ." "Dice Ud. que mis obsequios demuestran en mí el hombre práctico y a mi vez le diré ¿con que otra cosa podría obsequiarlo?, yo sé que en campaña todo lo que se encuentra es malo, y en épocas como ésta, tal vez no encuentre Ud. ni bueno ni malo.

"Sabiendo esto pensé yo que nada mejor que algunos cigarrillos Guerrillero; hoy en cambio pienso que a Ud. no le

vendrá mal después de una mala noche y con estas madrugadas frías tomarse un traguito de algo que entone un poco el estómago y al efecto le envío unos frascos a los que lo he puesto rótulos amenazadores y horripilantes emblemas con el objeto de que algún milico diablo no le dé el vuelto. En mi nombre obsequiará Ud. con un trago (no usa copa?) a los Sres. Saldamando y Rivas...." "...los amigos todos están contestes en que Ud., a esta hora ya estará 'Hecho un gaucho completo; yo afirmo en que Ud. ya sabe enlazar y bolear. No se que daría, decía Vicente hace pocos días, para ver a mi amigo Eirale vistiendo bombachas y calzando espuelas. Festejamos mucho aquí la pregunta del paisano ¿que vende paisano, galletas? y aquello de carcharle a un blanco la pistola, tiene más gracia teniendo en cuenta que detrás de la pistola Medioeval se vino con Ud. el caballo del Hotelero. . .

Cada unidad de combate tenía una caballada de repuesto, para cualquier evento.

Los caballos eran unos de los elementos principales de la guerra. Al 29 de Cazadores nunca le faltó caballos, pues, su jefe no descuidaba esa necesidad importante. Enviaba en comisión a un oficial con los soldados más camperos, que, a los dos o tres días volvían con caballos frescos y algún potro, que luego se domaba.

Se distinguían en esas recorridas el Sub - Teniente Alberto Vinas, hoy General de División y el Teniente Barreiro, que con los caballos solían traer alguna res.

Me había hecho muchos camaradas; las amistades que se adquieren en una campaña de guerra son rápidas y sinceras; hoy estamos juntos, ¿mañana?. .. no se sabe.

De entre los amigos se destacaba el Teniente Alfredo R. Campos, no solo por su serenidad en el peligro, sino por las altas cualidades que adornaban su personalidad. Justo, bondadoso, inteligente, comprensivo, sumamente culto, no salía de sus labios una palabra inconveniente, ni una broma; poseía una voluntad férrea para el trabajo. Había cursado el tercer año de arquitectura; para no desperdiciar el tiempo, pidió a su padre lo inscribiera en el cuarto año y le enviara los correspondientes libros.

No siempre concurría a nuestras tertulias, aprovechaba

el tiempo disponible para dedicarse, con tesón, a sus estudios, abismándose en los libros, hasta de noche, alumbrado por una escasa luz.

Cuando en nuestra^ amenas reuniones notábamos su ausencia, Al preguntar por el amigo Campos nos contestaban: está estudiando.

El Consejo Universitario presidido, en aquel entonces, por el Profesor don Claudio Williman, había resuelto, debido a las circunstancias, que los estudiantes de medicina, que habían salido a campaña con la Cruz Roja o con las Expediciones de Auxilios, pudiesen dar exámenes, aunque no hubieran concurrido a clases. El Teniente Campos, amparándose en esa resolución, pudo rendir exámenes, conquistando el cuarto año de arquitectura, fruto de su perseverancia y desvelos, Digno ejemplo para la juventud futura. Dos años más tarde, obtuvo el título de arquitecto; lo esperaba un porvenir brillante.

Desde el jefe al último soldado me estimaban.

Cuando desde la cabeza de mi Batallón en marcha, retrocedía al paso, hasta llegar a la última fila, notaba que casi todos los milicos me miraban, tal vez pensando que yo era el único médico que los acompañaba, vigilando su salud, pronto a socorrerlos en cualquier momento. Levanta la moral del soldado el saber que, de ser herido, no le faltará el auxilio.

Al acercarme alguna mañana a la caballada, donde se tomaban los caballos antes de marchar, oí decir muchas veces— "éste es para el doctor" — Un día mi asistente trajo un buen caballo, con las crines del pescuezo y de la cola bien cortadas, para desfigurarlo; lo habían robado para mí al Cap. Ángel Farías: yo lo ignoraba.

Escaseaban los caballos: por dos días lo buscaron, hasta que lo reconocieron por la marca; lo reclamaron; no hubo caso, el médico no podía quedarse a pie.

El 8 de febrero llegamos a la altura de Nico Pérez, donde se recibió abundante caballada, y, emprendiendo una marcha rápida hacia el Oeste, llegamos a Mansavillagra; luego al río Yi a las puntas del arroyo Maestre del Campo; arroyo Tomás Cuadra y arroyo Tejera, cerca de Durazno. Aproveché para conocer la ciudad, la casa del Cnel. Galarza

y el Cuartel del 2º de Caballería.

Al enterarse el GraL Muniz de la marcha de los insurrectos, nuestro ejército se dirigió hacia el Sur, en dirección a Florida. Después de siete u ocho días de marcha, se acampó en las puntas del Pintado, muy cerca de la ciudad, estacionándonos tres días. Poco antes de nuestro arribo se había producido una pelea con las fuerzas de la policía, al mando del Mayor Cardozo; hubo muertos, heridos y prisioneros, quedando la ciudad y sus alrededores libres dé insurrectos.

Me enteré de la llegada del Batallón 1º de Guardias Nacionales, al mando del Tte. Cnel. doctor Carlos Travieso, a quién había conocido cuando, enfermo de tifoidea, el doctor A. Enamorado, su médico de cabecera, me llamó para una consulta.

Fui a visitarlo, encontrando en su Batallón muchas personas conocidas; el doctor José Martirené, médico del cuerpo, los doctores Luis I. García y Juan Francisco Luciste, los señores Martínez Quiies, Héctor Gerona, Pedro Risco, Atilio Bataglia, Juan Bautista Silva, •capitán de una compañía y otros que no recuerdo.

Almorcé en un hotel con los oficiales del Batallón; su Jefe comía en el campamento.

El 21 de febrero el ejército se dirigió al Norte, llegando a la estación La Cruz, donde se embarcó en ferrocarril, trasladándose al Durazno.

El capitán José Chiappara, compañero de infancia y pariente político lejano, organizó, debidamente autorizando una nueva unidad de combate, que denominó regimiento "Patria", nombre que puso, luego, a un hijo suyo, nacido ese mismo año, durante la revolución. Formó esa unidad con algunos de sus oficiales, con los soldados que habían custodiado el parque traído, últimamente, desde Montevideo, con las fuerzas de dos escuadrones, "Flores" y "Trinidad" de la División Flores, con otro escuadrón, "Mansavillagra" de la División Florida, y con algunos soldados de guardias nacionales que andaban sueltos; su segundo era el Teniente Aníbal Avala, si bien recuerdo. Yo le ayudaba en el arreglo de algunas armas, asegurando los tornillos flojos de culatas de fusil.

José Chiappara hacía recordar a su tocayo, José Garibaldi; rubio, de mediana estatura, complexión fuerte, frente espaciosa y ojos azules, se había dejado crecer la barba y la melena y las usaba al estilo del gran, héroe italiano; por eso lo apodábamos el "Garibaldi uruguayo".

El bizarro regimiento "Patria" inició su actuación en el combate del Paso del Parque del Daymán, protegiendo a la artillería y ametralladoras; peleó en el Paso de los Carros del Olimar Grande, y, especialmente, en Tupambaé, contribuyendo, eficazmente, a la conquista de esa magnífica victoria.

CAPÍTULO VI
El Combate del Paco del Parque del Río Daymán

Desde Durazno, el 2.3 de febrero, el ejército se dirigió al Norte, pasando, el 25, por las puntas de! arroyo Molles, acampando cerca. La tarde del 26, se realiza el vado del río Negro por el paso de Los Toros, bajo una fuerte lluvia. El día siguiente sigue lloviendo; nuestra vanguardia cruza el arroyo Salsipuedes y acampa en Tres Arboles. El 29 la lluvia había cesado y al día siguiente, en jornadas aceleradas, a pesar de tener las caballadas algo agotadas, se consiguió alcanzar el paso del Parque del río Queguay Chico, donde acampó el ejército; con la vanguardia vadeamos el río, acampando en las puntas del Molles Chico, muy cerca de los insurrectos. Al día siguiente, 2 de marzo, empezó el combate del paso del Parque del río Daymán, que duró toda la mañana y parte de la tarde. Son muchos los detalles olvidados, dado el tiempo transcurrido, más de 48 años. Recuerdo que mi Batallón se adelantó apresuradamente hacia donde había empezado el combate.

Yo quedé solo, llevando como siempre mi maletín •de sanidad, que había podido completar para los primeros auxilios; mi asistente se había incorporado a filas y el practicante y el enfermero cumplían su misión en otro lugar. Cuando seguía el rumbo de las fuerzas oí, en alto, el zumbido

de dos balas de canon dirigidas, tal vez, al grueso del ejército, que venía atrás. Después de mucho andar, vi un herido en el suelo sostenido por dos compañeros. Bajé para atenderlo; era un hombre corpulento, su vientre ni descubierto presentaba del lado izquierdo un orificio de regular tamaño, producido por una bala de plomo que se había alojado en el abdomen; una herida mortal. Era el Cap. Córdoba de la División Soriano, recién herido.

Mientras lo vendaba me habló con entereza, a pesar de; sufrimiento, y nunca olvidaré estas palabras suyas; "Dígame la verdad; no temo a la muerte, nacemos para morir". Le contesté que lo herida era seria, pero que un vendaje evitaría la infección; otros mucho más graves se habían salvado. Le di una inyección de morfina; después supe que falleció al día siguiente.

Seguí apresurado; no quería atrasarme demasiado. Más adelante me alcanzó el Sr. Ruperto Michaelson Pacheco, que venía al galope con el fusil en la mano y que se adelantaba al grueso del ejército para entreverarse en la pelea; me saludó y siguió adelante. Cuando llegué a las proximidades del río, cerca del monte, vi a la izquierda, emplazada la artillería dirigida por el Tte. Nudez Brián; a la derecha de los cañones a caballo, con su poncho negro de verano, al CneL Pablo Galarza dirigiendo el combate. Yo estaba montado y podía ver a lo lejos, detrás del espeso monte de la otra orilla, unas nubéculas de humo, producidas por los disparos que nos hacían los contrarios y que permitían a pesar de los cañonazos, que se dirigían hacia ese punto. Me acerqué a Nuñez Brián, que estando a pió no alcanzaba a verlas
y se lo comuniqué. Hizo corregir la puntería y al primer cañoneo, desapareció la humareda. La artillería había sido eficaz.

Me avisaron que, en un rancho, atrás, ¡a la derecha de! camino, había heridos; me dirigí al sitio indicado. Al subir la loma, en campo abierto, oí el silbar, en distintos tonos, de las balas y el ruido de algunas que caían cerca. Bajé del caballo y tomándolo de las riendas, bien cerquita, para resguardarme con su cuerpo, caminé hasta ponerme a una prudencial distancia.

Encontré en un rancho a tres heridos y al oficial con los

soldados que los habían traído. Al empezar las curaciones y viendo que ninguno de los hombres pensaba retirarse, dije al oficial que con uno solo me arreglaría y que los demás podían retirarse a ocupar sus puestos. Después de curados dejé los heridos al cuidado del que me había ayudado, recomendándole que los entregara al médico que vendría atrás, con las carretas del Parque.

Era más de medio día cuando volví al río; no encontré ni a la artillería, ni a mi batallón: habían pasado a la otra orilla. Me dirigí al paso, donde otras fuerzas entraban en él; las seguí. Grandes fueron las dificultades encontradas; había llovido mucho, el río estaba crecido y un gran barrizal, profundo y pegajoso, se había formado. Mi caballo se enterraba hasta la barriga y se esforzaba para salir del fango. Avanzando, uno atrás del otro, seguía a un soldado, muy baqueano para esos trances; nos arrimábamos hacia la derecha, lo más posible, pasando barrancos barrosos, seguidos de algunos islotes y luego otros 'barrancos. A la izquierda, donde el paso era más profundo, se veían caballos muertos y algún cadáver medio enterrado en el barro.

Finalmente, vencidos los obstáculos, llegamos al otro lado. Me dediqué a buscar heridos, encontrando a varios que atendí en el sitio. Recuerdo que a la izquierda del paso, próximo al monte, vi el cadáver de un insurrecto, al que faltaba la parte superior del cráneo; una bala de cañón se la había arrancado; hallé muchos otros muertos.

Siguiendo adelante, me encontré frente a una cañada de poca anchura que me pareció fácil de pasar; pero, mi caballo entrando en ella hasta las rodillas, olfateó fuerte el agua, rehusándose a seguir. No insistí, porque el animal presiente el peligro por instinto; doblé a la izquierda en busca de mejor paso. Obscurecía; estaba solo en aquel paraje buscando orientación, cuando me sentí llamar; era el Cnel. Pablo Galarza, que me había reconocido; se replegaba del combate con su escolta. Me uní a ellos, llegando de noche al campamento de mi Batallón, donde me acomodé lo mejor que pude, mojado y sin comer.

A la mañana siguiente, bien temprano, nos concretamos a revisar a los heridos, acomodándolos, con todo el cuidado posible, en los carros y carretas de que se disponía,

utilizando algunos, que dos días antes pertenecían a los insurrectos. Con los doctores Ferras y Bonet, médico que se había agregado voluntariamente, los practicantes y enfermeros concluimos nuestra labor en las primeras horas de la tarde (e. Las bajas fueron en total 12 muertos, 88 heridos y 5 desaparecidos.

Mi Batallón tuvo dos muertos y 8 heridos, entre los cuales se contaba el Tte. 2° José E. Chaves.

Esa tarde, estando libre y necesitando comer algo, me fui a un boliche, donde encontré al Mayor Atanasildo Suárez, 2° jefe del de Caballería, que herido en un brazo había sido atendido por el Dr. Bonet. Me senté a su lado y mientras le ajustaba el vendaje y le aseguraba las dos tablillas que le habían puesto, licchas de la madera de una caja de cigarros, alguien trajo la noticia de que los blancos estaban cerca. Con la sorpresa e inquietud del caso, esperamos los acontecimientos. No hubo nada. Supe después que los revolucionarios, en su retirada, habían encontrado el arroyo Arerunguá invadeable, viéndose obligados a retroceder. pasando muy cerca de nuestro ejército.

¡En e! "Diario Nuevo", de fecha 15 de marzo de 1904. puede leerse en el siguiente reportaje, hecho al Mayor Atanasildo Suárez, que se asistía en el Hospital -de Caridad: "A propósito del coronel don Pablo Galarza, este jefe ha sido el alma de la extrema vanguardia. —El ha dispuesto los planes y los ataques, les ha llevado a la práctica y con un admirable golpe de vista y una actividad enérgica e incansable ha vencido todos los obstáculos y todas las estratagemas".

Estas manifestaciones, hechas por un militar capacitado, ¡son el fie! reflejo de la verdad.

El General Pedro Callorda. después de ese combate. se alejó del Ejército algo indispuesto. También se retiró el doctor Julio Bonet, acompañando heridos.

Partes Militares del Combate

Del Jefe del Batallón 2º de cazadores

"Al señor Jefe de la vanguardia General de Brigada Pedro Callorda. —

Tengo el honor de llevar a manos de V. S. el parto compendiado de la actuación del cuerpo de mi mando, ¡en la acción librada entre el ejército lega! y las fuerzas en armas contra la autoridad constituida, el 2 de Marzo corriente, en las proximidades del Paso del Parque del Daymán.

"Encontrándose el expresado en orden de marcha, incluido en las fuerzas que V. S, comanda directamente, recibí orden a las 7 y 45 a. m. de ir a toda prisa en protección de la columna del señor jefe de la Extrema Vanguardia coronel, don Pablo Galarza, quien había iniciado ya la pelea, lo que efectué al trote largo de los caballos, hasta llegar al encuentro de dicho señor coronel, que me ordenó desplegar mi batallón en orden de combate. Así lo hice desplegando en tiradores la 1ª compañía al principio y enseguida la 2°, dejando en reserva las otras.

"La D compañía (Cap. Castro), a causa de hallarse la Div. Soriano escasa de municiones, marchó en protección de esa fuerza, ocupando su izquierda y rompiendo el fuego así que tuvo el frente necesario, con alza de 400 metros.

"La 2? compañía (Cap. Moreira) por orden directa de V. S., dirigió su marcha oblicuando hacia la izquierda de la línea de combate, yendo a ocupar un puesto junto a varias guerrillas de la Div. Florida. Esta compañía efectuó sus fuegos hacia la derecha de la línea enemiga con alza natural, aumentando después el alcance hasta 1.200 metros, cuando el adversario abandonaba la posición.

"La 3>l compañía (Cap. Loriente), por razón de las circunstancias del combate, desplegó a la derecha de la 2y, haciendo un fuego violento y prolongado con distintas alzas, habiendo sido la que sufrió más bajas durante la acción, por motivos explicables, dada su colocación en un terreno descubierto por completo a los disparos del enemigo. La 4í;i

compañía (Cap. de la Fuente) impelida igualmente por las necesidades premiosas de la acción, desplegó a la izquierda de la 1*. separada de ésta por algunas guerrillas de la División Soriano. haciendo sus fuegos de 400 hasta 1.000 metros.

"No obstante la separación de las distintas unidades de combate que forman el expresado, la acción general fue uniforme, como lo prueba el fuego, ganando terreno, efectuado por los escalones alternados de cada compañía que se hizo al enemigo, cuyo impulso fue prontamente doblado por las fuerzas de esta Vanguardia. La actividad y pericia de mis ayudantes capitán Mattos y teniente Patiño permitieron mantener el enlace entre las cuatro compañías y la coordinación de sus esfuerzos.

"A las 12 y 30 p. m. terminada la fase principal del combate, recibí orden del señor coronel Galarza de suspender el fuego y replegar mi batallón, lo que efectué, continuando el avance hacia el Paso del Parque, que vadeamos con el 2° de caballería, parte del 4® de Cazadores, y la Div. Soriano.

"Las perdías sufridas por el expresado en la acción del Daymán, son las que se detallan a continuación: muerto el soldado José Fuentes, heridos el teniente 2º Gdo. don José E. Chaves, el cabo 2" Orosmán González (falleció) y los soldados José Araujo, Genaro Santander, Pedro Rocha, Atilio Forlenza, Asunción García, Leandro Franco y Abel Quirino. En total: 1 muerto de tropa, y 1 oficial y 8 de tropa heridos.

"Me permito recomendar a la atención de V. S. el comportamiento de los señores 2º-' jefe y oficiales y de la tropa que componen el batallón de mi mando, quienes han llenado cumplidamente su deber. Dios guarde a V. S. muchos años. Campamento en marcha en la Cuchilla del Daymán, marzo 5 de 1904, —

Pedro Quintana".

Parte del General Justino Muniz:

"Campamento en marcha Puntas del Daymán, marzo 6 de 1904.

"Exmo Sr. Presidente de la República, Don José Batlle y Ordóñez:

"Oportunamente envié a V. E. noticias del encuentro habido en las proximidades del Paso del Parque del Daymán, entre fuerzas de mi mando y las que capitanea el titulado Aparicio Saravia, pero como pudo haber ocurrido que mi comunicación no haya llegado aún a su conocimiento, por este nuevo conducto le remito las nuevas más importantes de ese día.

"El 26 de febrero p.pdo., de acuerdo con lo convenido en las conferencias telegráficas celebradas con Vd., salí de Rio Negro buscando el flanco derecho de los insurrectos y marché hasta el día l9 de marzo actual, sin ocurrir novedades de importancia en el trayecto y encontrando, en todo el camino, señales recientes de toda la marcha destructora de Aparicio.

"El puente de Salsipuedes destruido, casas asaltadas y campos desbastados, alambrados quemados en grandes extensiones y por todas partes la protesta unánime de la gente honrada, herida por la insurrección,

"El l9 de marzo, por la tarde, mis avanzadas encontraron las primeras guerrillas de Aparicio y al día siguiente mi ejército aprovechó una nueva ocasión de derrotar completamente a los insurrectos, que pretendieron cortarle el pasaje del Paso del Parque.

"Serían más o menos las 8 y 20 de la mañana, cuando de la extrema vanguardia se me comunicó que el enemigo, en fuertes columnas, se dirigía hacía nosotros, que nos encontrábamos a unas dos leguas y medio del citado Paso.

"Inmediatamente se temaron todas las disposiciones para el combate y a las 8 y 35 empezaba el fuego reciamente.

"En las posiciones ventajosas, que habían elegido en un espacio de dos leguas, el enemigo se sostuvo con energía por algunas horas y su gran número, de 7,000 a 8.000 hombres, me obligó a emplear en el combate la extrema vanguardia, el grueso de la vanguardia y parte del grueso del Ejército, en todo no menos de 4.000 hombres. Mis soldados avanzaron, tomando posiciones y trasposiciones y los insurrectos retrocediendo lentamente y corriéndose hacia el Paso, donde se apoyaba su derecha; transcurrieron dos horas y media, al cabo de las cuales la batalla llegó en su

período culminante.

"El cañón perdido en el desgraciado encuentro de Fray Marcos intentó defender el parque de los insurrectos, haciendo dos disparos, que no tuvieron otro resultado que el de enardecer el ánimo de mis soldados, que se lanzaron bravamente a su reconquista. Inútiles fueron los esfuerzos del enemigo; el cañón volvía a nosotros y con el carro completo de municiones. Inmediatamente caían en nuestro poder doce carretas y carros cargados con más de 200.000 tiros de Remington, de 7.000 a 8.000 de Máuser, 80 proyectiles de cañón Canet y una gran cantidad de pertrechos de guerra de todas clases.

"Después de la toma del Parque empezó a pronunciarse. resueltamente, la derrota de los insurrectos, que no se preocuparon más que de salvar el mayor número posible de caballos, lo que no impidió que, sobre el paso mismo, se les cortaran algunas caballadas, que se vienen utilizando en mi Ejército, tan desprovisto hoy de ese artículo de guerra, que no se ha podido materialmente continuar la persecución en la forma que sería de desear.

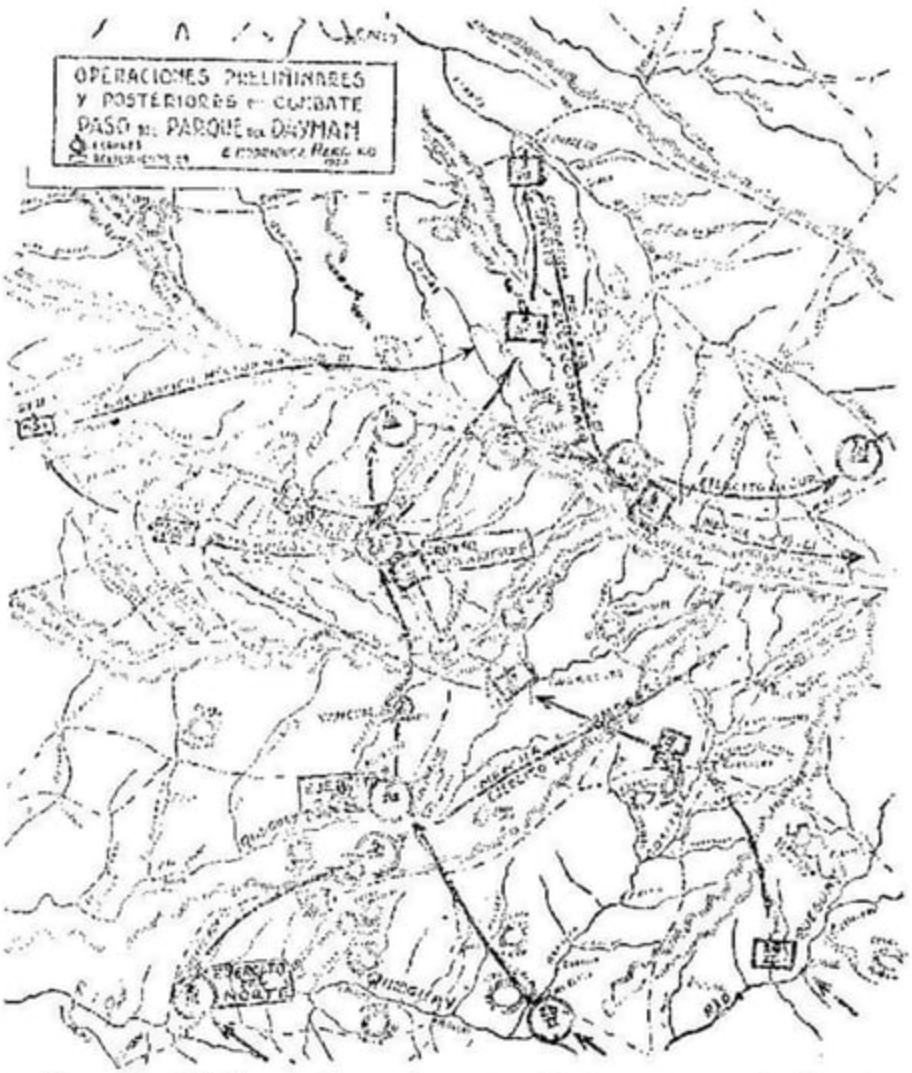
"Este nuevo triunfo, Exmo. Señor, no lo hemos obtenido sino a subido precio; el Ejército legal tiene que lamentar la muerte del bravo jefe de la parte de la Div. Rocha que marcha en la extrema vanguardia, Comandante Benicio Olivera, la del Capitán Córdoba de la Div. Soriano, y la del Tte. Calderón del 69 de caballería, y la de muchos valientes soldados de las distintas fracciones de mi Ejército. En lo más recio del combate fue herido mi secretario, Comandante José Urrutia, que desempeñaba una comisión en la extrema vanguardia; felizmente la herida no reviste gravedad. El Mayor Atanasildo Suárez y el Alférez Santos Muniz, 2º jefe el primero y Oficial el segundo del 6º de Caballería, también fueron heridos en el momento culminante de la acción; lo mismo que el Coronel Bernabé Herrera y Obes y el Capitán Cardozo de la División Florida. Por separado envío a Ud. la nómina completa de todos los heridos de esa acción, que ascienden a más de 70.

"Por su parte los insurrectos han tenido que lamentar pérdidas sensibilísimas, según datos del vecindario y de algunos heridos, que se han visto obligados a dejar por el

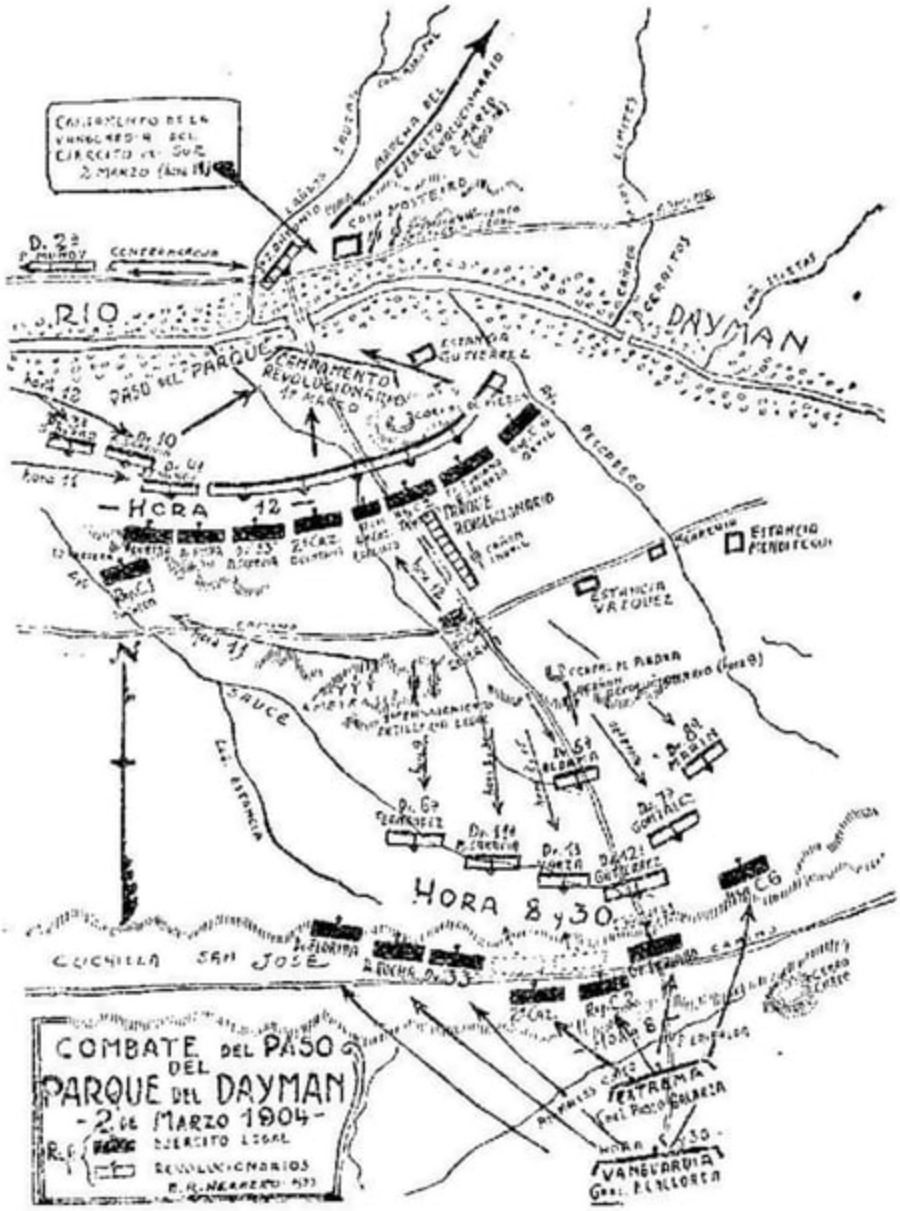
camino y que he hecho atender y curar. Los muertos no han bajado de cien y se aproxima a 300 el numere de los heridos. Todas las fuerzas de mi arando han observado en el combate un comportamiento correctísimo, que los han hecho merecedores de mis más efusivas felicitaciones.

Con mi saludo envió a Ud.- mi respetuoso pláceme.

General Muniz'



Croquis Nº 2 — Operaciones preliminares y posteriores.



Croquis Nº 3 - Combate del Paso del Parque del Daymán.

CAPÍTULO VII

Nuevas Marchas y Otros Episodios

El día 4 de marzo, pasadas las 11, levantamos campamento, emprendiendo una marcha lenta que duró 4 horas, siguiendo el rastro que el ejército blanco iba dejando a su paso. La lluvia que había cesado, volvió a caer con más fuerza, no traía el poncho para resguardarme; conseguí una bolsa de arpillera, que me puse en la cabeza como capuchón, para que me cubriera la espalda; lo que no impidió me calara hasta los huesos y quedara tiritando. Los heridos fueron custodiados hasta la estación Pampas, donde se esperaba la Expedición de Auxilios.

El día 5, nos encontramos sobre la cuchilla de Arbolito en dirección al Este, siguiendo lentamente el rumbo que llevaban los revolucionarios; el 6, acampamos en las puntas del arroyo Guayabos, y del 7 al 9, quedamos estacionados junto al arroyo Sarandí del Arerunguá; el 10, acampamos en Cahitas; el 11, penetramos en la cuchilla Belén, escabrosa y difícil de cruzar, estacionándonos en las puntas del Tacuarembó Chico, permaneciendo hasta el 15, debido a las grandes lluvias. El 16, siguiendo siempre en dirección a Rivera, acamparnos en las puntas de Tres Cruces, donde nos estacionamos dos días; el 18, marchamos hasta puntas de Laureles, donde quedamos hasta el 21; del Paso del Parque al arroyo Laureles hay 38 leguas largas.

El 22, nos trasladamos al Cerro Lunarejo, estacionándonos hasta el 25; luego, penetramos en la cuchilla Negra, más accidentada y más temible que la de Belén, acampando a 8 leguas de Rivera. Las lluvias torrenciales, que iban cayendo, ponían los arroyos a nado, lo que dificultaba la marcha del ejército. El 28, penetramos en la sierra de Aurora cruzando el paso Platón y llegando el 29, cerca del arroyo Curticeiras, donde estuvimos estacionados siete días. Se recibió una abundante y buena caballada adquirida y negociada en el Brasil, según decían.

El hecho de las lentas marchas y de este estacionamiento prolongado produjo mala impresión; se comentaba, tal vez sin fundamento, que el Gral. Muniz,

estando tan cerca del adversario, no parecía tener miras de atacar. Lo cierto es que los días transcurridos dieron tiempo suficiente, para que el ejército revolucionario pudiera cruzar el paso de Carpintería del río Negro.

En estas andanzas había conseguido un burrito blanco de muy buen- andar, que era una maravilla para trotear y galopar por esas sierras; subía las empinadas cuestas con más facilidad que un caballo, solo que al nadar se echaba de costado; sobrio e incansable me duró mucho, hasta que lo perdí o me lo robaron, lo que es más probable.

Durante nuestros estacionamientos no perdía el tiempo 5' en los momentos libres, me largaba con mi burrito, a explorar las sierras y los montes, gozando de la salvaje hermosura del ambiente, buscando animales, piedras, insectos y otros bichos para la colección que estaba formando. Era un buen tirador, había ganado en Turín un premio de tiro al blanco con arma de guerra, a 300 metros de distancia.

Una vez, mi amigo el Tte. Cneí. Julio Dufrechou, Jefe del 1º de Caballería, me desafió; en su cuartel de la calle Carmen, hoy Dante, tiramos al blanco con el mismo revólver, el suyo; le gané una cena con campaña, en la que participaron los amigos doctores Sebastián Puppo, Luis Ignacio García y Pedro Manini Ríos.

Llevaba, colgada del recado, una carabina de caballería, que me habían dado; tenía un buen revólver Smith de caño largo, calibre 38, que aún conservo y una pistola sistema montecristo, con la cual muy pocas veces fallaba el blanco.

Durante esa larga campaña, cayeron bajos mis tiros muchas palomas, perdices, patos, gallinetas, pavas de monte, mulitas, lagartos, un zorro, una comadreja negra, que comí asada encontrándola gustosa, lechuzas muy ricas, un ciervo viejo y catingoso, un carpincho, un águila amarilla, que me impresionó por su gran tamaño, una avestruz, serpientes y una víbora de más de un metro de largo, con sus dos afilados dientes venenosos', que yo creí fuera una cascabel, porqué tenía en la punta de la cola unos anillos óseos; pero, me dijeron que era una "yararaca". La maté en Curticeiras, en un monte a la izquierda del camino a Rivera. Nunca pude cazar una cigüeña, a pesar de haber visto

muchas; muy sagaz no deja que se le aproximen. El Cap. Rivas y el Sr. Saldamando tenían una escopeta, solían traer algún pato con que nos preparaban un buen plato.

La caza del carpincho fue un episodio divertido. Estábamos estacionados, no recuerdo donde, cuando el Tte. Luis González Galarza me mandó a avisar que en una laguna cercana había uno. Con algunos, que quisieron acompañarme, llegué al sitio indicado. La laguna no era grande; la rodeamos, en silencio, para escudriñar las tranquilas aguas. De pronto, apareció un hocico escondido entre los abundantes juncos de la orilla; era la cabeza de un carpincho. Apunté con mi revólver y tiré; el animal desapareció. Observamos, atentos, por si volvía a aparecer: al rato, unas ondulaciones del agua, apenas perceptibles, denunciaron su presencia; volví a tirar, volvió a desaparecer.

Cansado de esperar otra reparación, me alejé, lentamente, costeando un pequeño arroyo, casi seco, que desembocaba en la laguna. No habría recorrido media cuadra, cuando oí una gritería detrás mío. Me di vuelta y vi a un carpincho, que corría, velozmente, hacia mi dirección, por el medio del arroyuelo, acosado de ambos lados por sus perseguidores.

Empuñé mi revólver, colocándome en el medio del arroyo, por donde el animal debía pasar, forzosamente, pronto para tirar en el momento oportuno, cuidando de no lastimar a algunos de los hombres. Al acercarse el carpincho, viendo un bulto que le impedía el paso, desvió hacia mi izquierda, pasando muy cerquita mío; aproveché ese instante, tiré y acerté a pegarle en el oído; cayó como fulminado.

Un grito de aprobación salió de todos los pechos; se oyeron algunos aplausos. Alguien corrió en busca de una máquina fotográfica, sacándonos una instantánea,

<F. 6).

F. 6 — La caza del carpincho. A la izquierda se vé al Tte. Luis González Galarza con una lanza; a la derecha al Dr. Eirale.

F. 7- El Dr. Eirale tomando mate con el Alt. Fuerero. Tte Erramuspe Catalina y otro que no *recuerda.*

Envié el carpincho al Cnel. Galarza, que lo hizo desollar,

para hacer del cuero una carona; los que comieron su carne la encontraron sabrosa. Debajo de la piel de su frontal se descubrieron las dos balas de mi revólver achatadas. Esos animales, especialmente si son viejos, tienen ese hueso tan resistente, que solo una bala de fusil puede pasarlo.

El mate amargo se hizo una costumbre, que aún conservo; lo tomaba solo, casi a diario, o con los amigos, otras veces. (F. 7)

El ejército salió del arroyo Curticeiras el 5 de abril y, cruzando la ciudad de Rivera, siguiendo por la línea fronteriza, acampó cerca del cerro Chapean.

Recuerdo que en esa ciudad almorcé en el hotel Oriental, cuyo dueño era italiano; le hablé en su idioma y de su país; me obsequió con una botella de buen vino.

Se incorporaron el doctor Santiago Cerruti, que había sido nombrado médico del 3º de Infantería en lugar del doctor Aicardi, y el practicante Esteban Sanguinetti.

El 6 y el 7, nos estacionamos cerca del arroyo Cuñapirú; el 8, acampamos en Cerro Batoví Dorado; el 9 y 10, en arroyo Mangueras; el 11 y 12, en puntas del Yaguarí; el 13, en el arroyo Guabiyú; del 14 al 16, en las puntas del arroyo Hospital; del 17 al 18, en-el arroyo San Luis, y del 19 al 23, nos estacionamos en el arroyo Hospital, cerro Carpintería, en las proximidades de la costa del Río Negro.

El comando en jefe había dispuesto, a los efectos de continuar la persecución, se construyera en el paso de Carpintería del Río Negro un puente, una balsa y un hilocarril, a fin de facilitar el pasaje del ejército.

Fueron comisionados para la ejecución de esos trabajos: el teniente coronel de GG. NN., capitán de artillería e ingeniero geógrafo, José Chiappara; el capitán del 5º de infantería y estudiante de ingeniería de puentes y caminos, Jaime F. Bravo; el teniente del grupo de ametralladoras y estudiante de arquitectura, Alfredo R. Campos y el alférez de la sección de artillería, Faustino La guarda; a los que se agregó el mecánico Mascaró del 4° de cazadores.

Se encontraron flotando, cerca de las orillas del río los restos de un puente, que habían construido los revolucionarios y material dejado por ellos. Utilizando muchos de esos materiales 'se comenzó el trabajo con tropa

(20 hombres del 2° de cazadores) el 21 de abril, terminándose, con material traído, expresamente de Bagó (Brasil), el 25 del mismo mes, en que, a la hora 9, empezó a pasar el 6° de caballería. En la regularización del tránsito intervinieron los tenientes Nuñez Brian, Escabini y Marfetán.

Dedicaba la mañana en atender a los enfermos y a vigilar la higiene del campamento. Teniendo las tardes libres, me acercaba al río para observar la construcción del puente o explorar los montes, muy tupidos de altos árboles; me apostaba debajo de ellos, para acechar a las pavas del monte, que se posaban en las ramas al anochecer. Maté unas cuantas, casi tan grandes como gallinas. Se pescaron bagres amarillos, muy sabrosos.

El tiempo empleado en construir el puente, unos 4 días, permitió que las aguas del río bajaran lo suficiente, para que el paso fuera vadeable; se inició el pasaje, por el agua, con el 29 de Caballería. El cocinero del Cnel. Galarza, el negro Alberto, mi tocayo, casi se ahoga en esa circunstancia. Prendido de la cola de un caballo entró al agua; el sitio era profundo y el caballo empezó a nadar rápidamente, hundiendo al pobre negro, que no Sabía nadar. Se vio avanzar, por debajo del transparente líquido, su oscura silueta por unos cuantos metros, hasta que, felizmente, el caballo hizo pie, pudiendo ser auxiliado no sin trabajo, pues, no quería desprenderse de la cola del animal: no aflojó ni debajo del agua.

Me había fijado en un cajón vacío, de regular tamaño, que flotaba atracado a la orilla en las proximidades del puente. Lo examiné; el fondo y los costados se habían hecho impermeables por la hinchazón de la madera, que había estado en remojo. Me puse en su interior y pude constatar que me sostenía sobradamente. Con una tableta, que me sirvió de remo, crucé el río fácilmente, en el improvisado bote.

El ejército empleó tres días en pasar el río. Penetramos en los bañados de Carpintería, Dpto. de Cerro Largo. Fue para mí un espectáculo nuevo; las abundantes lluvias habían cubierto con una gran sábana de agua el inmenso bañado, transformándolo en un lago. Los caballos entraron sin vacilación, señal de que no corrían peligro; pero, daban con

frecuencia grandes cabezadas, debido a los numerosos cangrejales, en que se hundían sus extremidades. La travesía fue fatigosa, marchando todo el día, para pernoctar en un terreno alto. Al día siguiente, entramos en otro bañado peor, del que salimos con las caballadas agotadas, dejando muchos caballos enterrados en los barrizales.

Marchamos, luego, en dirección al Sur. encontrándonos el día 6 de mayo en Buena Vista; el 7, en la Horqueta del Convento; el 8 y 9, en la Laguna del Negro; el 10 y 11, en el paso de la Arena del Fraile Muerto: el 12, en Cerro de las Cuentas; el 13, en Sarandí del Quebracho; el 14, en puntas del Avestruz; el 15, en el arroyo la Yeguada y #el 16, en el paso Doña Marcelina del arroyo de Las Pavas. De ahí marchamos rumbo al Este, haciendo jornadas lo más largas posibles, de acuerdo con el estado de las caballadas; el 17, se acampó junto al arroyo Averías; el 18, en los Ceibos del Olimar Chico y arroyo Tigre; en la tarde del 19, sobre ei camino de ía cuchilla del Medio, entre el río Olimar Chico y el arroyo Tigre.

CAPÍTULO VIII

Combate del Paso de los Carros del Río Olimar Grande

Al día siguiente, 20 de mayo, se ensilló muy de madrugada; pero, debido a la neblina, recién a las 10 pudo marchar la extrema vanguardia en dirección ai paso Palo a Pique, ya preparada para el combate. Al quedar rezagado, oí unos tiroteos que provenían de las avanzadas; la acción del sangriento combate del paso de los Carros del río Olimar Grande se había iniciado en el paso Palo a Pique del río Olimar Chico.

Cuando ligué cerca del paso, la caballería y la infantería estaban de rodilla a tierra, con los fusiles prontos para tirar; avancé hasta la primera fila. Tenía a mi derecha la primera compañía del 29 de Caballería y a la izquierda la del 2° de Cazadores con el jefe y sus ayudantes y más allá el jefe de la extrema vanguardia, Cnel. Galarza, en observación. Frente a nosotros, no muy lejos, se divisaba la angosta

entrada al río, con sus tupidos montes laterales: el paso Palo a Pique.

Mientras se esperaba, en silencio, el arribo de la Artillería, que tardaba en llegar, yo advertía en la cara de los soldados el anhelo de pelear; con los ojos fijos en el paso, estaban a la espera de la orden. Se oyó una descarga; era un grupo de la División Treinta y Tres, que la había efectuado, con el propósito de provocar la reacción de los contrarios. No hubo contestación; no los habría, probablemente. Cansados de esperar a la artillería, que no llegaba, el comandante Quintana, dirigiéndose al Cnel. Galarza, gritó: "¿Quiere que tome el paso?" y, al consentírselo, desprendió de su Batallón la primera compañía, que avanzó resueltamente. La siguieron el jefe y sus ayudantes; yo me uní a ellos. Por suerte no hubo tiros; el paso estaba libre; las aguas permitían a los soldados pasar sin mojarse mucho. Los seguíamos de cerca y ai poco de internarme, exclamé: "Un par de botas"; cualquier cosa llamaba mi atención. En efecto, estaban sostenidas por el agua, en posición vertical, un par de botas unidas por el asa, que parecían pedir que las levantaran; no tenía más que ladearme para alcanzarlas, cuando sentí, cerca mío, la voz del Tte. Enrique Patino, que me había oído: "Doctor, este no es su puesto. Si usted nos falta nos quedamos sin médico". Confieso que esas palabras me impresionaron; seguí adelante, olvidándome de las botas, hasta llegar a la otra orilla, desde donde avancé despacio, viendo pasar las tropas, que se dirigían al paso de Los Carros, apresuradamente.

No tardó en oírse un tiroteo prolongado; los revolucionarios no habían llegado al paso, cuando fueron alcanzados por los nuestros. Empezó el combate del paso de Los Carros, que duró toda la tarde, con intervención de la artillería y ametralladoras.

Atendí a muchos heridos, de entre los cuales recuerdo al Cap. Moreira del 2* de Cazadores y al Cap.
Torres del l9 de Caballería. ¿Entre los muertos encontré al Cap. Torres del 2º de Caballería, a un soldado del 2º de Cazadores y a otros que no conocía?

Hubo en total 12 muertos y 88 heridos; pérdidas relativamente pocas, si se tiene en cuenta la inferioridad

notable de las posiciones de las fuerzas legales y las pérdidas tenidas por los insurrectos.

Al vadear el paso vi una jardinera abandonada en medio del agua y, más adelante, a la izquierda, arrimado a la orilla «puesta, un bote volteado con la quilla arriba. Al examinarlo, más tarde, vi que tenía el fondo acribillado por las balas y abajo yacían dos cadáveres; había servido de trinchera y de ataúd a los contrarios.

Al anochecer encontré a mi gente, acomodándome lo mejor que pude, para pasar la noche.

Al día siguiente, encontrándome con el coronel Gervasio Galarza, jefe de' la División Soriano, me señaló su sombrero, que presentaba arriba de la frente, en el mismo medio, una regular abertura, producida por una bala de plomo, que había pasado rozando casi su cabeza.. . Salvó la vida por milagro. . . No le había llegado la hora.

* * *

Parles Militares del Combate

El parte del general Muniz dice:

"Exmo. Sr. Presidente de la República".

"Como consecuencia lógica de la marcha oblicua emprendida por mi ejército el 18 del corriente, desde Averías de las Pavas hacia el paso de Palo a Pique dé Olimar Chico, al cual según se había previsto, vendrían a salir los insurrectos, ayer se produjo un nuevo encuentro, en el cual, como en los anteriores, la suerte ha favorecido a las armas legales, empuñadas por los bravos, cuya dirección V. E. se ha dignado confiarme. "Al recibir las primeras noticias de V. E. y las que me trajeron las partidas que había desprendido, de las fuerzas de Minas y Treinta y Tres, en exploración del adversario, y al conocer con alguna exactitud el rumbo que había tomado al salir de Minas, adquirí la certeza de que los insurrectos tratarían de todos modos, de salir al Norte por el perímetro encerrado entre los pasos de la laguna del Olimar y el paso de Palo a Pi-que del Olimar Chico, razón por la cual y a pesar del estado desastroso de las caballadas, transidas

por las marchas organizadas, resolví hacer un esfuerzo más, para llegar a tiempo de cortar el paso al grueso del ejército, que rápidamente se encaminó, el 19, a ocupar el paraje mencionado del Olimar.

"A pesar de todos los inconvenientes que trae aparejado la falta de caballos a un ejército numeroso, conseguí en gran parte mi propósito, pues, ayer 20, por la mañana, ya mi vanguardia caía sobre los enemigos, que, en la noche anterior, habían conseguido trasponer el Olimar Chico, en el paso de Palo a Pique, quedando, de este modo, gran parte del ejército insurrecto imposibilitado de llegar al paso y obligado, en consecuencia, a dirigirse a otro lugar más distante para pasar el río, siempre en peligro de ser sorprendido por mis fuerzas, que de esa manera, cómo espero sucederá, podrán llegar a batirlos en detalle una vez que....

"Ayer de mañana, una densa neblina, que impedía percibir los objetos a una distancia mayor de diez o quince pasos, y que hacía peligrosa la marcha, dada la proximidad del enemigo, me determinó a no avanzar sobre el paso de Palo a Pique, todavía algo distante, hasta que aclarara un poco, por lo cual dispuse que se fuera adelantando con la mayor prudencia. Recién a las 10 de la mañana, un par de horas después de em-prender la marcha, el coronel Galarza, jefe de vanguardia, me hizo saber que sobre el paso mismo había fuerzas enemigas y que él se disponía a desalojarlas a viva fuerza, como lo hizo al poco tiempo, sin sufrir pérdidas de consideración, y sin que los insurrectos, que allí no se habían presentado todavía en gran número, opusieran mucha resistencia, reservando sin duda sus fuerzas, para hacerlas sentir en el paso de los Carros del Olimar, donde se habían atrincherado formidablemente, aprovechando el monte muy espeso, la estrechez del único pasaje, y guarneciéndose en algunas casas situadas en dos alturas dominantes. Según todos los cálculos no bajarían de cinco mil los insurrectos que defendían aquella envidiable posición, cuya conservación era para ellos» de máxima importancia.

"El coronel Galarza, comprendiendo que la situación del enemigo hacía necesario un impulso todavía más vigoroso que el de la brillante vanguardia que dirigía, hizo emplazar

la artillería en situación conveniente y esta, de una manera eficaz, cooperó con algunos disparos a amortiguar la resistencia de los insurrectos, sobre los cuales cayeron enseguida, más fuerzas del grueso del ejército, compuestas de los batallones 3º 4º y 5º de cazadores.

"Como se comprende fácilmente, en el paso de los Carros fue donde el combate se hizo más recio y donde fue mayor el número de bajas sufridas por el enemigo.

"El ejército legal sufrió allí la pérdida del capitán Torres, ayudante del regimiento 2º de caballería, muerto en el paso mismo, y tiene que lamentar las heridas de algunos otros oficiales. Quedaron heridos el comandante Tavera, 2º jefe del regimiento 2º de caballería; el capitán Moreira del 2º de cazadores; el capitán Doroteo Martínez de la División Florida; el capitán Cristóbal Torres, del 19 de caballería; el alférez Díaz del 69 de caballería; el sargento lº distinguido Puchent del 4º de cazadores; el alférez Usher del 2º de caballería y unos treinta soldados entre muertos y heridos.

"Los insurrectos han sufrido pérdidas verdadera-mente considerables.

"Han sido recogidos ochenta de sus muertos y han teñido numerosos heridos, cuya cantidad exacta no puedo todavía precisar, pues, los insurrectos consiguieron llevarse muchos heridos.

"Los heridos de ambas partes serán transportados hoy mismo a la villa de Treinta y Tres, para su mejor asistencia. No insisto en recomendar a V. E. el comportamiento de toda la tropa que comando, tanto la de la vanguardia, que tan vigorosamente inició el ataque, como la del grueso del ejército, que terminaron el combate, porqué V. E. conoce ya bien cuál es el espíritu del ejército, que defiende la integridad de las instituciones y la soberanía de las leyes.

"Hoy mismo me pongo en marcha en persecución de los insurrectos, que, según me informan, van mal de caballadas. Saludo y felicito a V. E.

"Paso de los Carros del Olimar — mayo 21 de 1904

Justino Muniz"

Parte del comandante Pedro Quintana:

"Señor Jefe de Vanguardia del Ejército del sur

Coronel don Pablo Galarza. —

Tengo el honor de elevar a manos de V. S. la relación detallada de la acción táctica que realizó el cuerpo a mis inmediatas órdenes en los combates librados por las tropas de esta vanguardia que V. S. dignamente manda, y las fuerzas en armas contra el poder legal, desde el Paso de Palo a Pique del arroyo Olimar Chico hasta el Paso de los Carros del río Olimar, toma de éste y persecución basta la entrada de las sierras del último nombre.

"Hallándose el batallón formando parte de la columna central de la vanguardia, recibí orden, a la 1 1i4 p. m. del día 20 de Mayo corriente, de forzar con una compañía el paso de Palo a Pique, fuertemente guarnecido por el enemigo, lo que se efectuó por la 1ª al mando de su capitán don José M. Castro y bajo mi inmediata dirección, vadeando los oficiales y las tropas a pie con el agua a la cintura. El enemigo hizo unos disparos, pero ante el avance decidido de nuestros infantes abandonó la posición replegándose primero sobre la loma más próxima y poniéndose luego en franca retirada, dejando dos muertos a la izquierda del paso. Dispuse entonces que la unidad, antes mencionada, montase de nuevo a caballo y entre tanto continuamos la. marcha ofensiva hacia el Paso de los Carros, desplegándose la 2° compañía, llevando de refuerzo la 3a, y las dos restantes de reserva general, al tiempo que formaba con mi tropa el ala izquierda de la línea de batalla tendida por V. S., teniendo a mi derecha el regimiento 6º de Caballería y al costado opuesto el monte de Olimar.

"Próximo al Paso y bajo el fuego violentísimo de tiradores enemigos, muy numerosos y apostados sobre la barranca y dentro del monte de la margen izquierda, hice tomar posiciones al costado Oeste del Paso, por. intermedio del capitán ayudante don Pedro Mattos, a la 2^ y 3& compañías al mando de sus respectivos capitanes, don Eulogio Moreira y don José M. Loriente, para contestar al adversario, y conseguir la superioridad: del fuego que facilitase la llegada al objetivo táctico, tan vigorosamente defendido. Situados de esta manera se desarrolló el período de preparación.

"Como el combate a través del monte, durando ya casi dos horas, adquiriese un carácter peligroso, y el Paso no fuera tomado a pesar de los esfuerzos de la División Treinta y Tres, que había iniciado la lucha en ese sitio, de acuerdo con el coronel Gervasio Galarza, acometí una acción decisiva llevando la tropa a mis órdenes a intentar el paso, para lo cual hice desfilar por, ¡el flanco derecho con rumbo al Paso, a los tiradores de la 2a y 3ª compañías, quedando la 4ª de sostén bajo la dirección del 2º Jefe don Francisco Borques. — Lo nutrido del fuego enemigo y los accidentes naturales del terreno dificultaban la operación, de por si arriesgada, y entonces para dar mayor impulso a nuestro avance, reforcé la línea con tropas de refresco, desplegando una sección de la 49 compañía sobre el propio Paso. Después de repetidos esfuerzos y de experimentar algunas bajas, logramos forzar la posición, en cuyo acto nos acompañaron fuerzas del Regimiento 2º de Caballería y de otras unidades.

"Dada la anchura del río Olimar y la circunstancia de que en su parte media se nadaba dos o tres metros, la tropa de mi batallón perdió forzosamente su formación regular de combate, al vadearlo a pie, mientras el enemigo batía nuestra zona desde la altura y hasta amenazaba con una vuelta ofensiva, como lo demostró organizando una carga a lanza; pero en esos momentos de apremio y de peligro lograron formar líneas de tiradores, sobre la posición conquistada al adversario los subtenientes Esteban V. Badell y Jacinto Cruz a la derecha, los Tenientes 1º don Enrique Patino (hijo) y don Gerónimo Barreiro al centro, el teniente 2º don Natalio Magallanes y el subteniente don Alberto Viñas a la izquierda; con esas fuerzas dirigidas personalmente por el que suscribe se contuvo al enemigo y se le desalojó de sus posiciones, persiguiéndosele tenazmente con fuego por fracciones escalonadas, cuando cediendo al valeroso empuje de nuestras tropas, se retiraba a compases violentos de marcha, hacia los cerros del. Olimar.

"En tales instantes llegaron a la línea de fuego el resto de la 4ª compañía y toda la 1ª.la cual había quedado un poco a retaguardia, a causa de que, durante el primer despliegue, sus caballos permanecieron del lado izquierdo del Olimar Chico; ambas tomaron una activa participación en la última

fase del combate.

"Reorganizando mí batallón sobre la marcha, continué dirigiendo la persecución por el fuego, con evidentes bajas por parte del enemigo y arrollándolo siempre, hasta que a las 5 y 1/2 recibí orden de V. S. de replegar las compañías, por haber terminado la acción, a causa de lo avanzado de la hora.

"Tenemos que lamentar las siguientes pérdidas: muerto el soldado Daniel Neracochea, heridos: el capitán de la 2º compañía don Eulogio Moreira, el cabo 1a Ramón Martínez y los soldados Benjamín Freyre, Félix Arballo, Abdón Puerto, Nicolás Ghilino, y Fermín Tarabacuá.

"Cumplo con un grato deber al recomendar a la consideración del superior, el comportamiento del señor 2º Jefe, corporación de oficiales y personal de tropa del batallón 2º de Cazadores, quienes han cumplido la misión que el señor Jefe de Vanguardia se sirvió confiarnos en la acción del Olimar, donde un éxito brillante coronó el esfuerzo de nuestras armas y el personal de V. S., a quien Dios guarde muchos años. — Campamento en marcha en el arroyo La Ternera, departamento de Treinta y Tres, Mayo 25, 1904.

Pedro Quintana"

Leí en "Diario Nuevo", de fecha 12 de Junio de 1904, una reseña muy interesante de ese combate, redactada por el Teniente 1° Enrique Patiño, a quien me ligaba una sincera amistad y que fue buen compañero, no solo en toda la campaña de 1904, sino, también, en Italia, cuando fui comisionado a Europa para el estudio de la Sanidad Militar. Estaba en Roma, agregado militar de nuestra legación y juntos —yo con mi flamante uniforme de Mayor médico, ostentando sobre el pecho la medalla al valor civil, acompañamos a nuestro Ministro Plenipotenciario, señor don Eduardo Acevedo Díaz, al presentar sus credenciales a su majestad el Rey. Víctor Manuel III.

Debo transcribir esa magnífica narración, hecha por uno de nuestros oficiales más brillantes, no solo porqué la considero un documento importante para nuestra historia militar, digno de que se le conozca en el futuro, sino,

también, como un justiciero homenaje a su memoria.

"LA BATALLA DE OLIMAR"

"Reseña Detallada"

'El 19 de Mayo, después de una marcha de 35 kilómetros iniciada en la costa del Ceibal del departamento de Treinta y Tres, las fuerzas legales, comandadas por el general Justino Muniz, acamparon sobre el camino de la cuchilla del Medio, entre Olimar Chico y el arroyo Tigre. Al oscurecer, las avanzadas descubrieron al ejército revolucionario, cuyas columnas marchaban de Sud a Norte con dirección al Paso de los Carros del río Olimar, trazando una ruta perpendicular, lo que hacía inevitable el encuentro. Ambos ejércitos pernoctaron separados por unos 15 kilómetros, después de haber ocupado los revolucionarios, con un fuerte destacamento, el Paso de Palo a Pique del Olimar Chico, cuyo pasaje debían procurar necesariamente las fuerzas nacionales.

"A las 3 de la mañana del día 20, el ejército del Sur ensilló sus caballos, pero una densa neblina, que imposibilitaba todo principio de ejecución, malogró las intenciones del comandante en jefe, que deseaba comenzar a primera hora la marcha inicial de maniobra, a objeto de atacar al amanecer el Paso de Palo a Pique, cuyo forzamiento se suponía difícil, siendo, como era, la llave de la posición del adversario, y su toma de primordial importancia para nosotros, a fin de llevar prontamente nuestro esfuerzo contra su principal línea defensiva.

"Recién a las 10 se disipó la neblina y el ejército, en tres columnas paralelas, precedido a distancia por
su vanguardia en idéntica formación, al mando del coronel Pablo Galarza, empezó a marchar en dirección de Palo a Pique ya preparado para el combate".

"Los Prolegómenos"

"Formaban la vanguardia el batallón 29 de Caza-dores, los regimientos 2° y 6*=* de Caballería, las divisiones departamentales de Soriano y Treinta y Tres y dos

regimientos de la de Florida: en total 2,000 hombres. El grueso del ejército lo componían: el cuartel general, media batería de artillería y un grupo de ametralladoras Colt con su dotación correspondiente, los batallones 3º, 4º, y Sº de Cazadores, el regimiento 1° de Caballería, las divisiones cívicas de Minas, Durazno y Rocha, el regimiento de GG. NN. "Patria" y algunas otras fracciones, todo lo cual sumaba la cantidad de 3.800 plazas, aproximadamente. Las fuerzas saravistas, según pudimos calcular al verlas desfilando por delante de nuestros gemelos de campaña, no sobrepasaban el número de 5 a 6.000 hombres.

"A las 12 y 3|4, un escuadrón del regimiento 2º de Caballería desplegó en tiradores frente al Paso de Palo a Pique e intentó forzar el pasaje, siendo sus esfuerzos vigorosamente contestados por los insurrectos, apostados sobre la margen derecha. El coronel Galarza, después de un breve combate, que causó un muerto en las fuerzas legales, dispuso que una compañía 'diera el asalto a la posición, lo que efectuó la l9 del 2° de Cazadores, bajo las inmediatas órdenes del Comandante Quintana, vadeando el paso a pie y con el agua por la cintura, El enemigo, que por encima del monte vio echar pie a tierra a los infantes, se puso en retirada dejando dos muertos, sin defender una posición naturalmente inerte y cuyo forzamiento, en caso de obstinada defesa, lo hubiera conseguido indudablemente la infantería, pero a costa de valiosas pérdidas".

"La Primera Brecha"

"El primer abandono de posiciones de ventajosas calidades defensivas y el rápido repliegue de la retaguarda dieron a conocer la intención del adversario dé concentrar sus esfuerzos en el Paso de los Carros del Olimar Grande, detener allí la marcha del ejército legal y burlar la acción.

"Ocupada la posición con el simple avance del 2º de Cazadores, apoyado por el 2º de Caballería, el coronel Pablo Galarza tendió línea de batalla con su vanguardia, después de disponer que el coronel Basilisio Saravia, gran conocedor del terreno en que se operaba, fuera con la división Treinta y Tres y los regimientos de la de Florida a chocar con la línea enemiga ya en retirada. La nuestra la formaron a la izquierda el 2º de Cazadores, apoyando el flanco en el monte del

Olimar, al centro el regimiento 6° de Caballería y a la derecha el 2º de igual arma, sirviendo de reserva general la división Soriano. En ese orden se continuó la marcha.

"El coronel Saravia tiroteó fuertemente al contrario, arrollando sus guerrillas y persiguiéndolas hasta el propio Paso, frente al cual dio colocación a sus fuerzas.

"Los saravistas posesionados ya de la margen izquierda del Olimar Grande, comenzaron a batir el Paso con fuerzas de frente y oblicuas, llevando sobre las tropas legales la ventaja de la posición alta y cubierta y en excepcionales condiciones de defensa, habiendo desplegado, desde el primer momento, a lo largo del monte, —según informes recogidos mas tarde y según, también, la numeración e inscripciones de las divisas en-contradas a los insurrectos muertos en el combate—, las divisiones números 1, 2 y 6 mandadas por Guillermo Gorán y 300 infantes, comandados o dirigidos por Gregorio Lamas".

"Cayendo al Paso"

"En las proximidades del Paso y ante el poco éxito de los valientes esfuerzos de la División Treinta y Tres, el jefe de la vanguardia hizo cambiar el frente de batalla, quedando la línea sobre el monte del Olimar y en el orden siguiente: sobre el paso el regimiento 2º de Caballería; a la derecha de éste el 6º de igual arma y a continuación, por el mismo costado, la división Treinta y Tres y los regimientos de la de Florida que habían despejado ya el terreno, cesando en sus fuegos y en su acción, para dar cabida a la tropa de línea; a la izquierda y apoyando su flanco derecho en el Paso, el 29 de Cazadores y a continuación de éste un escuadrón y el batallón "Libertad" de la división Soriano. Casi enseguida el 1º de Caballería llegó a la línea y gran parte de sus soldados se intercalaron en los claros dejados por la tropa del 2º de la misma arma.

"El recuerdo de la batalla de Tres Arboles, reñida en parecidas condiciones, pero más favorables aún a los insurrectos en el Olimar, no intimidó a las tropas legales, ni les hizo perder nada de su empuje habitual y confianza en el éxito. — A las dos y media la acción se generalizó, siendo el fuego tan nutrido y vigoroso que era imposible oír el sonido de un clarín a cinco pasos de distancia. El enemigo reforzaba

constantemente sus líneas de tiradores, posesionados de la barranca y el monte y de varias casas situadas en alturas dominantes, trayendo sin cesar nuevos refuerzos y sostenes, que pronto se veían obligados a desplegar para mantener incólume la solidez del frente, amenazada por lo certero de nuestros fuegos. A las 3 1 /2 la artillería, emplazada sobre la cuchilla más próxima al Paso, comenzó a desarrollar su acción enérgica, tirando por encima del monte sobre las reservas enemigas, que se presentaban en orden cerrado, y a las que pronto dispersó, sacándolas de la zona, de conde podían proteger eficazmente a sus líneas respectivas".

"En Plena Batalla"

"La intensidad creciente del fuego, hecho a través del monte, prolongaba peligrosamente el período de desarrollo y el momento del acto resolutivo no sé ofrecía, a pesar de los valerosos esfuerzos del 1º y 2º de caballería, que cargaron hasta el lecho del río, sufriendo pérdidas sensibles; entonces, mientras el jefe de vanguardia procuraba despejar la situación haciendo batir activamente con la artillería el campo enemigo, el coronel Gervasio Galarza y comandante Pedro Quintana intentaron forzar el pasaje llevando sus respectivas tropas al asalto de la posición. — Para ello el jefe del 2º de Cazadores hizo desfilar sus cadenas de tiradores cubriendo siempre de proyectiles el frente, y el jefe de la división Soriano le apoyó con dos escuadrones a caballo.

"Así comenzó la acción decisiva en el Paso, a las 4 1/2 de la tarde. — Los infantes del 2º vadearon a nado. bajo el fuego del adversario; tras ellos los escuadrones Coquimbo y Río Negro de Soriano, luego tropas del 2º de Caballería y alguna fracción del 1º, cupiendo al coronel Gervasio Galarza y al comandante Pedro Quintana el honor de ser los primeros jefes, que pisaron la posición enemiga. La línea de batalla comenzaba a formarse lentamente sobre la margen izquierda del Olimar., cuando los insurrectos, bien dirigidos sin duda, intentaron arrojar de nuevo a nuestros infantes sobre el Puro, aprovechando e! desorden inevitable al vadear un río a nado, para llevar una carga parcial a lanza; pero el peligro fue bizarramente conjurado por seis secciones del 29 de Cazadores y dos escuadrones de la división Soriano, únicas fuerzas que hasta el momento habían vadeado, y la

vuelta ofensiva fue rechazada con pérdidas para el enemigo.

"Fracasado el intento, los insurrectos tendieron una extensa línea de batalla que apoyando la derecha en: la margen del río Olimar, llegaba hasta los contrafuertes de la sierra de igual nombre, en un frente de 2 1 /2 a 3 kilómetros; pero combatieron en retirada, ya a caballo, ante el avance impetuoso de nuestras tropas victoriosas".

"La Persecución'1

"La acción estaba terminada, solo faltaba la persecución. — La línea se reorganizó entonces bajo la dirección firme y hábil del coronel Pablo Galarza. El coronel Saravia formó la extrema derecha con la división Treinta y Tres, a continuación por la izquierda el coronel Gervasio Galarza, con parte de la división Soriano, luego fuerzas del 2º de Cazadores. A un kilómetro del Paso alcanzaron a los combatientes una corta fracción del 4º de Cazadores dirigida por el coronel Caballero y dos muy pequeñas del 3º y 5º de Cazadores, que también pusieron en línea sus fusiles.

"La persecución hecha por el fuego, en terreno descubierto y propicio para la temible puntería de nuestros cazadores, fue encarnizada y sangrienta. Un bañado de difícil paso obstaculizó la rápida marcha de los tiradores insurrectos, que allí pagaron un fuerte tributo de sangre. La infantería tirando a una distancia que varió de 200 a 400 metros, les hizo multitud de bajas, dispersándolos, y, a no haber oscurecido, la retirada angustiosa de los revolucionarios se hubiera tornado en el desastre final.

"A las 6 1/4, ya cerrada la noche, el coronel Pablo Galarza dio por concluida la jornada y replegó su vanguardia acampando sobre el Olimar Grande.

"Una simple ojeada al terreno, donde se libró la parte principal del combate, pone de manifiesto la intrepidez de las fuerzas legales al atacar y forzar en dos horas un Paso, en que defendido con alguna resolución —como lo defendieron los insurrectos-— hubiérase podido detener durante días enteros a tropas de otra calidad. Del simple cotejo de las dificultades que presentan el Paso de Tres Arboles y el de los Carros del Olimar, puede deducirse la magnitud del esfuerzo realizado, pues, además en la igualdad de condiciones en que se hallaban los combatientes del 17 de Marzo ríe 1897 y

los del 20 de Mayo pasado, rumba en favor de los que en una y otra acción se mantuvieron n la defensiva, la estrechez del pasaje en el monte que no permite transitar más de 3 o 4 jinetes de frente, en largo de cerca 1Ü0 metros y con salida del lecho del río enfilada por los fuegos de la barranca y la circunstancia aún más desfavorable de estar a nado el Olimar. A la ventaja de la posición debe agregarse el hecho de estar equilibrada la fuerza numérica de los adversarios; además es necesario tener en cuenta que las tropas legales no hicieron uso del largo alcance de sus armas modernas, pues combatían dentro del límite del tiro individual de los rémingtons enemigos.

"La bravura, diez veces probada en la actual guerra. De nuestras tropas, tanto de línea como de guardias nacionales, allanó todos los obstáculos".

"Monto total de Bajas"

"La cantidad exacta de las bajas experimentadas por el ejército legal es insignificante, aunque sensible, dada la superioridad abrumadora de la posición y las pérdidas tenidas por los insurrectos. Por nuestra parte 1 oficial muerto y 9 heridos, 6 de tropa muertos y 38 heridos; en total 54. Del lado del adversario, 103 muertos, enterrados en el campo de batalla — número cuya exactitud fue confirmada por uno de los Saravia a un respetable nacionalista, vecino de Treinta y Tres — y una cantidad aún más crecida de heridos, que los insurrectos lograron llevar en gran parte en 12 carretas; 14 más que dejaron en una casa próxima a las sierras de Olimar y 8 ó 10 que se tomaron prisioneros.

''No debe extrañarse la proporción entre los muertos y heridos del enemigo. Es preciso tener presente que lo más recio de la batalla fue librado a una distancia que varió de 25 a 100 metros y que los saravistas que caían heridos, fuera de los abrigos naturales en que se parapetaban, eran acribillados por las balas de nuestros soldados, que semejaban como una granizada de acero".

"Impulsos de la Buena Causa"

"Pava terminar declaramos, a título de profesionales y testigos, por varias veces, de la intrepidez de nuestras tropas en el campo de batalla, que al comenzar la acción pensamos que la toma del Paso de los Carros era empresa de un día

entero, cuando menos, y mediante el esfuerzo combinado de toda la infantería y la artillería, que forman en el ejército del General Muniz; a esta creencia contribuía, sin duda, el recuerdo de la ruda jornada de Tres Arboles. Tampoco tuvimos en cuenta — y militarmente no debimos tenerla — la moral superior de nuestros soldados, retemplada por el éxito de acciones memorables como Illescas, Las Palmas, y el Paso del Parque del Daymán; pero bastó el solo esfuerzo de la vanguardia, reforzada por el 1º de Caballería y llevada al combate por su brillante jefe el coronel Pablo Galarza, para lograr tan cumplida victoria.

"Estábamos convencidos, y el reciente hecho de armas afirma nuestra convicción, de que las fuerzas insurrectas no resistirán nunca, en ninguna situación, sea cual fuere la ventaja que los accidentes de la guerra les ofrezcan, el impulso ofensivo del ejército del Sud, y que, cada vez que las circunstancias obliguen a Aparicio a tendernos líneas de batalla, su derrota es cuestión de poco tiempo y de no muy alto esfuerzo.

"Hasta la hora presente solo la excesiva movilidad de su ejército, que jamás compromete combate, ha podido evitar el desastre definitivo, que está próximo.

— Campamento en marcha en..., — Junio de 1904".

Enrique Patino (hijo)

Ver los croquis N.º 4 y N.º 5

Croquis Nº 4 operaciones *preliminares* de la batalla de los Olimares

Croquis Nº 5 — Batalla de los Olimares, 20 de mayo.

CAPITULO IX

Siguen las Marchas y los Episodios

Quedamos ese día en el mismo sitio del combate. El 22 y 23 de mayo; nos estacionamos en el arroyo Avestruz Chico, paso Baladán; el 24, en el arroyo Avestruz Grande; el 25, en el arroyo La Ternera; el 26 y 27, en puntas del arroyo Pablo Páez, Departamento de Cerro Largo; el 28 y 29, en las costas de Pablo Paez; el 30, en la margen izquierda del mismo arroyo, donde quedamos dos días más.

El 2 y 3 de junio, nos estacionamos en el arroyo Lechiguana Chico; el 4, 5 y 6, en Lechiguana Grande, donde el Cnel. Pablo Galarza, (F. 8) asumió el mando del Ejército del Sur y el Gral. Muniz se despidió, llevándose su escolta y el 6P de Caballería,

Luego, cambiando campamento, se vuelve a las puntas del arroyo Pablo Paez, en cuyas inmediaciones quedamos estacionados unos doce días, del 7 al 18 de junio.

Se recibió un importante convoy enviado por el gobierno con carros, municiones, caballos, ropas, carpas, etc., y gran cantidad de paquetes individuales de curación del Ejército Argentino, que nos fueron de gran utilidad.

El 19, acampamos cerca del arroyo Tarariras; el 20, en el arroyo Tupambaé y el 21, en la laguna del Junco.

Durante todo ese tiempo aprendí algo de la vida campera. Me había hecho jinete, aunque nunca me animó a domar un potro; prendía "cuartas" a los carros embarrancados; corría carreras en pelo, "pencas", ganando cuando tenía el mejor caballo. Aprendí a enlazar, discretamente. Apostaba con el Mayor Borques a quien tiraba las boleadoras más lejos; el tenía más habilidad y yo más brazo, por eso le ganaba; el Cnel Galarza nos contemplaba y me indicaba con el brazo como tenía que arrojarlas con mayor soltura. Tirábamos de esgrima con dos varas; con una pelota de goma jugaba

F. 8 — El Coronel Pablo Galarza, Jefe del Ejército del Sur, al retirarse el Gral Muniz.

al bote largo con Héctor Gómez; él pegándole con la mano abierta, a la criolla, la dirigía mejor, yo con el puño cerrado, a la italiana, la enviaba más lejos. Era ágil para saltar sobre el caballo en pelo, a lo panadero me decían; si el caballo no era de mucha alzada lo pasaba de un lado a otro, apoyándome sobre las manos, como si fuera un caballo de madera, de los usados en los gimnasios; el Cnel Galarza me decía que era muy liviano.

Un día me desafió a tirar con mi pistola monte- cristo; era muy buen tirador. Utilizamos como blanco *
una caja de fósforos, apostando a quien la hacía prender fuego; acertamos todos los tiros hasta deshacerla; pero los fósforos no se encendieron. Luego nos sentamos; él en el pasto, yo, buscando comodidad, me apoyé a un alambrado; estaba flojo; caí de espaldas con las piernas al aire. Nos reímos, y al preguntarle por qué no había hecho lo mismo, me contestó, "Macaco viejo no sube a palo podrido

Muchos fueron los caballos que cambié; mi asistente los elegía en la caballada; cuando conseguía uno bueno lo conservaba por un tiempo, haciéndolo atar a una estaca, para que comiera sin alejarse. Un día me trajeron uno que

me gustó por su aspecto; pero, resultó tan asustadizo, que de su misma sombra recelaba.

Al trote con los demás aí cruzar un alambrado, que había sido volteado para permitir el paso, mí caballo se paró de golpe sacándome limpio del recado; no caí al suelo, pero, me quedé colgado del pescuezo; tuve que llevarlo de las riendas para que pasara sobre el alambrado. Otra vez, me tocó un caballo alto, de pescuezo largo, que cabeceaba exageradamente; en un descuido, casi me rompe la nariz de un cabezaso.

Había adquirido fama de buen baquiano; en efecto, cuando con mis compañeros me alejaba hacia alguna población cercana, al volver de noche, por más oscura que fuera y a pesar de lo tortuoso del camino, los guiaba sin vacilar, en dirección al campamento; me tenían confianza; les había dado muchas pruebas de mi habilidad. Nada menos cierto; como los caballos que montaba me duraban mucho tiempo, aflojándole las riendas, se dirigían, siempre, por instinto, al sitio donde yo acampaba.

Un día fuimos al pueblo de Santa Clara de Olimar, Saldamando y yo; al querer volver al campamento discutimos; él decía que el camino era a la izquierda, yo a la derecha; salimos en opuestas direcciones. Quería probar si en realidad sabía orientarme. Forcé el caballo rumbo a la derecha y a la media hora de trotear, en un bajo por la orilla derecha de un arroyuelo, me encontré solo y perdido. Aflojé, entonces, las riendas del animal, que dio media vuelta a la izquierda, pasó el arroyo y subió por una cuesta, en cuya cima había tres soldados de Guardias Nacionales; al ver a un jinete solo, que se dirigía hacia ellos, se acomodaron, uno de frente y dos a los costados; al acercarme me reconocieron, indicándome el campamento. Saldamando había llegado una hora antes.

Nunca había visto una carneada, efectuándose estas; ¡en un sitio algo apartado de! campamento. Una mañana el Coronel Pablo Galarza me invitó a que presenciara una, A caballo — él con su apero completo, boleadoras y lazo — llegarnos a una esplanada, donde estaban agrupados numerosos bovinos, rodeados por jinetes, arreadores y enlazadores, y por personal a pie, con largos y filosos

cuchillos, prontos para la matanza. El coronel, con las manos enguantadas, preparaba el lazo, y, deseando demostrar su habilidad, me preguntó cuál quería que enlazase. De entre el grupo de animales chúcaros, que remolineaban en círculos concéntricos, emitiendo mugidos prolongados, con las cabezas levantadas, le señalé el que me parecía más difícil. Después de un breve revoloteo tiró el lazo, que se desarrolló en el aire, yendo a parar en torno a las guampas de la res que le había indicado. Varios soldados aferraron el lazo y desjarretando al animal lo dominaron, para matarlo. luego, degollándolo. El lazo quedó libre. Dos veces más repitió el coronel su certero tiro, causando la admiración de los que lo miraban. Luego, comenzó el degüello y la carneada. (F. 9)

F.9 – La carneada

CAPÍTULO X

Batalla de Tupambaé

El 22 de junio, estando acampados en la laguna del Junco, entre Tupambaé y Tarariras, se supo que Saravia venía en marcha desde Zapallar, rumbo a la Cuchilla Grande, con la evidente intención de dirigirse al Sur. Al tener noticias

de ese movimiento, el Cnel. Galarza nos hizo contramarchar, llegando a las puntas del arroyo Tarariras a eso de medio día. Esa marcha forzada agotó la caballada; acampamos en ese sitio con la idea de descansar. Se carneó, se encendieron los fogones para el mate, cuando llegó el señor José Saravia con la noticia de que nuestra vanguardia había sido atacada por numerosas fuerzas adversarias y que necesitaba protección. De inmediato, el Cnel. Galarza ordenó al Cnel. Caballero que fuera en su auxilio con el 4º de Cazadores, que ensilló y se puso en marcha, apresuradamente. Luego, hizo lo mismo el resto del Ejército, abandonando fogones y llevándose hasta la carne cruda. Recuerdo que el Cnel. Galarza, algo disgustado, me dijo que había recomendado al Cnel. Basilisio no acampara muy lejos.

Nuestra vanguardia se había alejado a tal distancia, que cuando me aproximé al ejército era de noche y la acción había terminado. Encontré a mi Batallón en un bajo, frente a un alambrado. Alcancé a ver alrededor, en frente y a la izquierda, sobre las alturas, a lo lejos, un semicírculo de fogonazos; eran los últimos tiros de los insurrectos.

Después de haber curado al Tte. Antonio de los Santos de mi Batallón, herido de un balazo en la mano izquierda y a otros más, empecé a recorrer los alrededores en busca de nuevos heridos. Me acompañaba un ayudante, que había preparado de enfermero; llevaba la maleta del material de curación.

El Tte. de los Santos fue el padre de mi estimado colega y amigo, el doctor Aníbal de los Santos, hábil cirujano del Hospital Militar Central.

La claridad lunar me permitía ver a regular distancia; reconocí la carpa del Cnel. Galarza, y, continuando unas cuadras, encontré tendidos en el suelo a dos hombres, uno al latió del otro; me acerqué para reconocerlos; eran dos revolucionarios. Uno de ellos viendo que me agachaba hacia él, extendiendo los brazos para examinarlo, sacó debajo de su cuerpo, donde la tenía escondida, una daga de regular tamaño, para apuñalarme. Pensó, seguramente, que yo era un enemigo, vestido como estaba de paisano. Su brazo entumecido por el frío, o porqué estaba herido, me dio tiempo para levantarme. Uno de los soldados de la División

de Minas, creo, que vigilaban, las avanzadas y que se había acercado, se la arrebató de la mano. Mientras les hablaba para tranquilizarlos, explicándoles que como médico los atendería, nos sorprendió el ruido, muy cercano, de una descarga de fusilería. ¿Qué hacer? De noche, los peligros se agrandan; me acordé de las palabras que el Tte. Patino me dirigió en el paso Palo a Pique: "Si Ud. nos falta, nos quedamos sin médico". Me retiré, no sin antes recomendar a los soldados de la División, que los protegieran. Mi ayudante había desaparecido abandonando la maleta.

Me dirigí a la carpa del Cnel. Galarza; lo encontré comiendo; ya había dispuesto todo para el día siguiente. Le conté lo que me había ocurrido, agregando que no había comido en todo el día. Me obsequió él mismo con un tazón de caldo y un trozo de gallina: quizás la comida que le habían servido. Me dirigí, luego, donde había dejado a mi Batallón. Vi recostados a un alambrado al Jefe y a otro oficial, escuchando al May. Manuel Dubra, 2º Jefe del 4º de Cazadores, que hablaba muy animado, relatando como esa tarde se había entreverado con los blancos y salvado milagrosamente, reconociendo, en esa confusión, a Basilio Muñoz (hijo) uniformado, al parecer, de coronel.

Se pasó la noche con los caballos ensillados. Para descansar un poco me acosté sobre un carro; pero, no me fue posible conciliar el sueño; el caballo de las varas se movía a cada instante, haciendo balancear mi improvisada cama. Me bajé para acomodarme en otro sitio y al apercibirme que a poca distancia, un oficial dormía cómodamente sobre una camilla, lo desperté diciéndole que la necesitaba para un herido. No tuvo más remedio que cedérmela; la doblé llevándola cerca del carro y me acomodé en ella; la camilla pertenecía a la Sanidad.

Recientemente hablando con el General de División don Francisco Borques, que terminaba de leer mi libro, me dijo que el oficial que dormía en la camilla era él.

Me enteré, asimismo, que la descarga de tiros, oída mientras atendía a los dos heridos revolucionarios, había sido hecha contra un grupo del 4º de Cazadores, al mando del Tte. Manuel Troncoso y no del oficial Vera, como dije en mi primera edición. El Tte. Troncoso se había aventurado en

la peligrosa empresa de rescatar el cadáver de su jefe, el Cnel. Caballero, muerto esa misma tarde de un balazo en la frente y otro en la rodilla.

El error fue el de emplear, para esa misión humanitaria, un grupo numeroso de soldados, que, al trote largo, marcharon hasta cerca de las avanzadas de los insurrectos; estos, sorprendidos y alarmados, les hicieron la nutrida descarga de fusilería, que yo había oído.

"Hice una muchachada", decía el mismo Troncoso, que optó por retirarse, para no exponer, inútilmente, la vida de sus hombres.

Dos horas más tarde, el Alférez Justo Grana Olivera, con solo tres soldados, a los cuales se agregó, voluntariamente el Alférez de GG. NN. Vera, ayudante del Cnel Caballero, y, por el camino, el hermano de Grana, Ángel, ayudante del jefe de nuestra vanguardia, Cnel Basilisio Saravia, pudo llevar a cabo ese rescate.

Hecha la paz, el oficial de guardia del sector de la avanzada de los insurrectos, frente al cual se había producido ese episodio, el señor Diego Prego, respetable vecino de Treinta y Tres, manifestó que al observar a ese pequeño grupo, que avanzaba, sin apresuramiento, y que hizo alto frente al cadáver del Coronel, comprendió su finalidad y no lo molestó. — :

El cadáver del Cnel, Caballero fue. colocado. en el sitio, donde habitualmente dormía durante la ruda campaña: una jardinera de su Batallón, que peleó todo el día 23. El 24, fue sepultado en el Cementerio de Santa Clara de Olimar, con honores militares. •

Uno o dos años más tarde, una expedición, encabezada por él mayor Manuel Dubra y el doctor Pedro Manini Ríos, fue a recoger sus restos y los de los caídos en la batalla de Tupambaé; yo me agregué a ellos voluntariamente, para hacer preparar los huesos, antes de colocarlos en las urnas.

Quise rendir, ese homenaje póstumo a los que habían sido mis compañeros.

Entre los heridos de esa tarde se encontraba, él May. Julio Dufréchou, 2º Jefe del 1º de Caballería, que había recibido una bala en el tobillo derecho. - A pesar de! dolor,

al día siguiente, se hizo montar a caballo, para dirigirse al combate, donde se comportó, como siempre, valientemente. Recuerdo que más adelante, para hacerlo enojar, le decía, en broma, que su herida había sido una picadura de mosquito. Fue también herido el Tte. del mismo cuerpo; Luis Gómez, hoy General, a quien una bala de plomo fracturó el dedo índice de la mano derecha.

Al día siguiente, cuando desperté; tenía el poncho cubierta por una gruesa capa de helada. Las tropas estaban prontas para el combate; una neblina que duró hasta las 8, impedía ver lejos; luego, un espléndido sol iluminó el campo.

Antes de proseguir, deseo hacer una divagación, motivada por haber leído en el diario "El Día", de fecha 4 de julio de 1904, refiriéndose al 2º de Cazadores, lo siguiente: "Mientras el Sr. Saldamando, proveedor que acompañaba al cuerpo en su gloriosa campaña, retiraba los heridos de la línea de fuego, el doctor Eírale y el practicante Labora, los curaban, muchas veces bajo las balas".

Ahora bien: al principio de los combates, muy pocas veces hay heridos y si los hay es imposible retirarlos de las líneas de fuego, sin exponerlos a recibir nuevas heridas. Además, ¿cómo podría uno exponerse, impertérrito, bajo la lluvia de los proyectiles, cuando los mismos combatientes deben tratar, en lo posible, de ponerse a cubierto de las balas? y esto sin contar que los preceptos de la táctica se oponen, en absoluto, a que se recorra libremente el terreno del combate. Por lo tanto, no se ajustaban a los hechos, los que afirmaban que se iba a recoger a los heridos en las líneas de fuego.

Otra cosa es cuando las tropas se alejan, avanzando, entonces, puede uno arriesgarse a socorrer heridos, aunque llegue cerca alguna bala.

Volviendo al tema. Nunca podré olvidar el magnífico espectáculo que se presentó a mi vista; al empezar la acción tuve tiempo suficiente, para observar las evoluciones del combate. No sé si mis impresiones son exactas; puede que me equivoque en algún detalle, por los muchos años transcurridos.

Nuestras fuerzas se encontraban en un bajo; había que conquistar un cerro que tenían delante, a fin de mejorar su

posición. Nuestros soldados aguerridos, animados por las numerosas victorias conseguidas en combates anteriores, con verdadero afán de lucha, bien dirigidos, avanzaban en perfecto orden de batalla. En medio del horror de la sangre y de lo bravío de la pelea podía admirarse la armonía de los-movimientos dé las diversas formaciones, en una forma de perfecta organización, avanzando los nuestros sin vacilar y sosteniéndose con firmeza, donde tenían que disparar sus fusiles, para desalojar al adversario atrincherado, persiguiéndolo y "Causándole numerosas bajas con sus certeros tiros; Así fueron cayendo una a una las fuertes posiciones de los adversarios, hasta conquistar el cerro.

Mientras se desarrollaba la batalla, vi a mi derecha a lo lejos, en la loma de la cuchilla, las carretas del Parque de los insurrectos, que marchaban en dirección a nuestro flanco derecho, como si algunas fuerzas quisieran flanquearnos y envolvernos: Esa maniobra no les dio resultado, pues, las vi, luego, retroceder apresuradamente,

En posesión del cerro, la victoria estaba asegurada; las posiciones habían cambiado: los nuestros en la altura, los otros en el bajo.

Recuerdo que al acercarme al Teniente Alfredo Campos, que dirigía el tiro de su ametralladora, vi, detrás nuestro, unas nubecillas de humo blanco, efecto de algunas explosiones; pregunté que eran y el Teniente Campos me contestó que eran shrapnells, balas explosivas de cañón, pero, me recomendó que lo silenciara para no alarmar. Las ametralladoras cambiaron de posición y yo me dirigí hacia las carretas del Parque, que habían avanzado hasta muy cerca. ..

El primer herido que me trajeron fue el Cap. Jaime Bravo, del 5° de Cazadores; cuatro soldados lo transportaban en un poncho sostenido por las cuatro puntas. ¡Estaba inquieto, como es natural, y apenas me vio gritó: "Doctor atiéndame, ¡estoy mal herido" Lo aquieté y lo hice colocar a mi lado para examinarlo! Una bala había penetrado en el 5º espacio intercostal izquierdo, cerca del esternón y atravesando el tórax, salido por la espalda, debajo de la escápula a la izquierda. No había fractura de costillas, ni sintonía de hemorragia interna, ni desfallecimiento. La bala

no era de plomo, sino de máuser, cuyo calibre es pequeño; habla penetrado en el medio justo, entre las dos costillas, pasado, probablemente, por el reducido espacio que existe entre la aorta y el corazón, atravesando el pulmón, oblicuamente, para salir por la espalda. ¡Un verdadero milagro! Al oírlo hablar tan claramente, con semejan te herida, pensé: este no se muere; lo curé y se lo dije. Quedó tranquilo y casi sonriente dijo: "Da gusto ser atendido así". En efecto, curó perfectamente; fue 2° Jefe de la Escuela Militar y Naval cuando era profesor de Higiene y llegó al grado de General de División. Nunca se olvidó de mí y cuando me veía, me abrazaba fuerte y exclamaba "¡Mi Salvador!".

Cayeron muchos heridos, entre los cuales el Mayor José Nicolao, 2° Jefe de la División Soriano, a quién una bala de plomo había hundido la parte superior del cráneo, sin interesar la masa cerebral. Al curarse le quedó en el sitio de la herida, una parte blanda por falta de hueso, debiendo llevar una chapa de metal, para protegerla. ¡Otro milagro!

Con los doctores Ferraz, enfermo, y Cerruti, los practicantes Mayor Labora, los hermanos Sanguinetti, Garbarino y otros, trabajamos varias horas sin descanso, curando a todos los heridos que llegaron al Parque, en un tiempo relativamente breve, facilitándonos la tarea los paquetes individuales de curaciones del Ejército Argentino, de que disponíamos en abundancia.

Así es que, al atardecer, ..pude dirigirme al campo de batalla en busca de heridos; me acompañaba el enfermero Juan Carneiro. Durante el camino encontramos muchos cartuchos intactos, esparcidos por el suelo, caídos a los soldados durante la pelea; recogimos gran cantidad, que entregamos para distribuir a nuestro Batallón.

En una zanja cercana, encontramos el cadáver de uno de los nuestros, con las bombachas bajas, con la mano derecha ensangrentada sobre una herida que le perforaba el muslo, como si hubiese querido contener la sangre que fluía del cuerpo; ese herido, encontrado a tiempo, se hubiera salvado. No es difícil imaginar la horrible y prolongada agonía de ese pobre soldado quejumbroso, tirado en el suelo, sin poder moverse, invocando en vano un auxilio, ¡DESANGRANDOSE Y MURIENDOSE DE FRIO!...

• Al borde de una cañada, había otro cadáver con las piernas encogidas, como si se hubiese arrastrado hasta la orilla, en sus últimos instantes, impelido por la sed, con les ojos fijos, la boca abierta, la lengua afuera, los brazos estirados hacia el agua, que no pudo alcanzar. . . ¡Que padecimiento intenso el de ese hombre, antes de exhalar su último suspiro! ¡CIEN VECES MAS HORRIBLE que el suplicio de Tántalo, de que habla la mitología griega! . . .

Tales horrores podrían, en gran parte, ser evitados con personal adecuado y con perros de sanidad, que tan buenos servicios prestan en las guerras modernas. Estos inteligente animales, bien amaestrados, buscan de noche a los heridos, los encuentran fácilmente, los olfatean y, si están vivos, corren veloces a dar aviso y, luego, sirven de guía segura para llegar al sitio donde se encuentran.

Siempre avanzando, llegué a tiempo para presenciar las últimas evoluciones de la batalla. Se veía, a lo lejos, a nuestras fuerzas escalonadas dirigiendo sus tiros contra las formaciones adversarias, que tenían delante, las que se retiraban precipitadamente, por las bajas que sufrían, hasta encontrar nuevas posiciones; así sucesivamente.

Nosotros seguíamos avanzando con prudencia, fuera de la zona peligrosa; pudimos así curar a muchos heridos, de ambos bandos, dejándolos en el sitio. Nuestro entusiasmo nos llevó tan cerca de la línea de los combatientes, que oímos caer a nuestro lado algunas balas. Sentí un chicotazo en la pantorrilla derecha, pero no hice caso.

Luego, los disparos se hicieron más escasos, tal vez, por la mucha munición que se había gastado en tantas horas de combate; más tarde, cesaron por completo.

No así, los movimientos; nuestras tropas seguían siempre avanzando, con los fusiles prontos y los adversarios retrocedían, sin disparar un tiro. De ese modo ahorraban la munición y descansaban, después de haber peleado todo el día a pie; parecía un campo de maniobras; los nuestros siguieron persiguiendo al adversario, un par de leguas más.

Finalmente, cesó la persecución; los contrarios se retiraron, prestamente, abandonando el campo de batalla y "desaparecieron detrás de la cuchilla, rumbo a Meló.

Terminó esa gloriosa jornada con unos tiros de cañón,

que el Tte. Domingo Mendivil, hoy General de División, dirigió contra las carretas del parque de los insurrectos, que se veían, en lontananza, sobre la cuchilla, retirándose apresuradamente. El Cnel. Galarza y yo, situados a la derecha de Mendivil, presenciamos esos •últimos cañonazos; recuerdo que una de las últimas granadas explotó fuera de tiempo, a corta distancia nuestra.

Al volver a nuestro Parque, que había avanzado hasta muy cerca, sentí que la pierna derecha me dolía. Me hice sacar la bota y en la bombacha encontré una bala de plomo; había perforado la bota y la bombacha, produciéndome una herida superficial en la parte interna de la pantorrilla, me la curó el practicante Labora. Esa herida se infectó, dejándome una cicatriz todavía visible.

Esa noche, después de haber curado muchos heridos, me dirigí al rancho, donde se encontraba acostado el capitán Bravo; le examiné las heridas; las pequeñas mechas de gaza, que le había puesto, drenaban bien. Lo hice transportar al almacén de Fasciolo, que estaba cerca, donde me tiré vestido en una cama, vencido por el cansancio.

Ese almacén había sido ocupado, esa misma tarde, por el oficial del 4º de Cazadores Tte. Manuel Troncoso, hoy General.

Al día siguiente, de madrugada, desafiando el intenso frío, recorrí el campo de batalla, por si encontraba algún herido; solo encontré infinidad de cadáveres desnudos, cubiertos por la blanca helada.

En una pequeña hondonada, conté ocho cabezas humanas cortadas, con los ojos abiertos, endurecidos y vidriosos por el frío, las hirsutas melenas levantadas, las enmarañadas barbas ensangrentadas, reunidas allí, cómo para un partido de bochas, ¡Horrores de las guerras, especialmente las civiles!

Vuelto a lo de Fasciolo, encontré al doctor Juan Morelli; médico del ejército insurrecto, a quien conocía.

Estaba atendiendo a tres heridos acostados, el doctor Luis Ponce de León, secretario de Aparicio Saravia. y los señores Iglesias y Arocena, si bien recuerdo.

El Dr. Morelli me llevó a otra pieza, donde había heridos revolucionarios, en un estado desesperante.

Me impresionó la vista de un jovencito rubio, alto, lindo muchacho, con un tiro en el abdomen, ya hinchado por una peritonitis avanzada; era de Durazno. En su agonía invocaba a la madre, incesantemente: ¡Mamá! . . . ¡Mamá!. . . ¡Mamá!. . Daba lástima. Le di una inyección de morfina, para que muriera más tranquilo.

Habiéndome el doctor Morelli manifestado que en un rancho cercano había heridos blancos, le facilité material, para que fuera a curarlos; lo guardó en una pequeña valija y se alejó.

No había trascurrido mucho tiempo, cuando lo vi volver, sujetado de los brazos por dos guardias nacionales, que voceaban diciendo que había querido fugarse. Tuve que intervenir para que no pasara un mal rato.

Acabo de recibir una carta conteniendo datos, que se relacionan con ese episodio; me la envió el señor Mario Varsi, que tuvo intervención en el.

Enterado de la publicación de mi libro, pidió a la casa editora Barreiro y Ramos le enviara un ejemplar. Transcribiré unos párrafos de esa carta.

"Buenos Aires, Octubre 10J 51. — Señor Dr. Alberto Eirale — Montevideo —— He tenido el grato placer de leer sus "Memorias" y francamente sus relatos son de verdadera memoria. La narración que Ud. hace es tal cual los hechos se produjeron y me han hecho recordar infinidad de peripecias, en las que fui actor y espectador. Yo era sargento 1º de la 3º compañía del 3º de. Cazadores, que mandaba el coronel Villardino y al principio de la campana estábamos en él, Ejército, y cuando el Coronel Galarza se hizo cargo del mismo, fuimos trasladados a la vanguardia, a las órdenes de Basilisio Saravia y que se componía de la 3a y 4a compañía de mi batallón, la división 3º, el 5º de Cazadores, que mandaba el coronel González y alguna otra gente, hasta formar 1.800 hombres...

"El 22, cuando iniciamos el combate de Tupambaé, cayó muerto a mi lado el Subteniente Luis Layie, que el día antes había cumplido 28 años y lo festejamos con un trago de caña. A mi derecha, a unos 4 o 5 pasos, cae herido en el costado derecho el Tte. Mauricio Suarez, a quien retiré de la línea, y. al dejarlo atrás de unas matas me encontré con el

Tte. Heraclio Almeida con una herida desgargante de la cara, y en grave estado fue llevado por. la misión del Dr. Navarro, muriendo. en Montevideo. •

"Del relato que hace del Dr. Morelli yo fui actor en él. Cuando Uds. estaban en el almacén de Fasciolo curando heridos, nosotros rebasábamos el almacén con dirección al este, dejándolo, atrás. Entonces, el coronel Basilisio Saravia ordenó al Mayor Urquizó, que era nuestro jefe accidental, que mandara adelante, como extrema vanguardia, 40 o 50 hombres, con la misión de impedir que nadie se adelantara y no perder contacto con la retaguardia de los blancos. El Mayor Urquizó designó a mi compañía, al mando del Tte. 1º Leopoldo Artigas, para esa comisión. Íbamos adelante de la vanguardia a unas 8 o 10 cuadras, cuando avistamos un grupo de 3 o cuatro personas; el Tte. Artigas me destaca con dos soldados de guardias nacionales, para mandarlos a nuestra retaguardia, y al llegar al grupo vi una cara conocida y le pregunté si era el Dr. Morelli, que iba con su valijita muy orondo a juntarse con los suyos, y me contestó que sí. Con toda cortesía lo invité a dar vuelta y los 2 guardias nacionales, que eran de la División 33, lo llevaron de vuelta a lo de Fasciolo. . .

"Esa noche del 23, la pasamos a más de 20 cuadras adelante de la vanguardia, a las órdenes del nunca bien ponderado gaucho Comandante Ciríaco Sosa, jefe de las avanzadas. El Tte. Artigas (ya cerrada la noche) me ordena que pase lista para saber quiénes contestaban, y al buscar mí libreta, la había perdido; la llevaba en el pecho junto con el paquete de curación, libreta que era mi diario de campaña con los hechos más sobresalientes que había presenciado, toda una tragedia para mí; pero como sabía de memoria la lista, de los que no contestaban tomaba nota mí segundo sargento, Ramón Naya, sentado en el suelo y con la luz de un cigarrillo, abajo del poncho, los anotaba en hojillas de papel de fumar.

"Bueno basta mi estimado Dr. porqué si nos dejamos llevar por todos esos momentos vividos, no terminamos más. Muchas gracias por el feliz momento que me ha hecho posar y deseo a Ud. mucha salud y si alguna vez viene a Buenos Aires tendría el mayor placer en agasajarlo, siendo

mi domicilio Calle Paraguay 419 5º p. Ap. 18.
Saluda a Ud. muy alte., — Mario Varsi".

En la pieza más clara del almacén de Fasciolo* improvisé un hospital de sangre, con el material de que se disponía.

Entre los primeros heridos me trajeron al Cap. Ángel Parías; una bala de plomo le había atravesado la pierna derecha a tres dedos sobre la articulación, rozándole el fémur sin dividirlo. Irrigué la herida abundantemente, con una tenue solución de bicloruro; saqué unos pequeños fragmentos óseos, desprendidos de la parte, interior del fémur y coloqué una mecha de gasa iodoformada, por no tener tubos de drenaje. Esta dolorosa intervención la soportó el Cap. Farías sin pestañar. No me explico cómo haya quedado rengo, con una herida lejos de la rodilla; tal vez, una larga inmovilización produjo la anquilosis consiguiente.

Mas tarde llegó el Dr. Morelli; ya tranquilizado, prestándome su valiosa ayuda; luego, el Dr. Cerruti.

Trajeron a muchos otros heridos, y, por último, a un soldado de Guardias Nacionales, recién encontrado en una zanja. Presentaba, en la parte anterior del antebrazo derecho, una herida de muy feo aspecto, con un pedazo de paño encajado en ella. Una gangrena gaseosa, infección temible, que invade rápidamente el organismo, había llegado hasta la mitad del brazo. Se imponía la amputación para salvarle la vida. No teníamos sierra; se encontró una de cortar hierro que, desinfectada a la llama del alcohol, venía bien al caso. Nos preparamos para la operación; el Dr. Cerruti dio el cloroformo; el Dr. Morelli aplicó una correa bien apretada para contener la hemorragia y yo, con un simple bisturí, corté en círculo la abultada masa muscular, el periostio y con la sierra el hueso. Morelli ligó las arterias con la habilidad de un cirujano, sacó la correa; la contención de la sangre era completa. Notamos que el hueso había quedado un poco largo, para la formación del muñón; inconveniente fácil de subsanar. En ese momento irrumpe en la pieza uno de nuestros oficiales, que había venido a buscarnos con orden terminante de llevarnos enseguida. El ejército se había alejado, los heridos ya curados, recogidos

y cargados en carros, eran llevados rumbo a Nico Pérez. Ocupados en la operación, no habíamos advertido tales movimientos, quedando rezagados.

Además, un gran peligro nos amenazaba al Dr. Cerruti y a mí; una partida revolucionaria merodeaba cerca, la misma que acababa de matar al Tte Belén, que había avanzado, por su cuenta, en una descabellada empresa.

Debíamos acatar la orden inmediatamente; en la guerra, las demoras suelen ser fatales. Mientras se recogían nuestros útiles, apliqué, rápido, un vendaje al herido y nos retiramos. Al salir vi en el patio, a mi derecha, tirados en el suelo, un montón de cadáveres desnudos, entre los cuales estaba el del lindo muchacho rubio de Durazno, debajo un corpulento muerto. Lo libré del pesado cuerpo, lo acomodé y lo cubrí con una de las bolsas de arpillera, allí tiradas.

Acabo de enterarme que se llamaba León Daguerre, tenía 17 años y pertenecía a una respetable familia, de Durazno.

Al salir del almacén nos esperaban los soldados que habían escoltado al oficial que vino a buscarnos. El Dr. Morelli fue llevado como prisionero; al señáramos me regaló un buen cojinillo negro, que conservé muchos años como un recuerdo grato.

Al dirigirnos hacia el ejército, encontramos varios cadáveres desnudos, colocados boca arriba y en fila, paralelamente al eje del camino, hinchados por la incipiente pudrición. Los caballos tenían que levantar las patas para avanzar sin pisotearlos.

Respecto al herido dejado en ei almacén de Fasciolo, forzosamente, oí decir después de un tiempo, que se había salvado. Fue para mí una satisfacción, pues, de no haberle amputado el brazo, hubiera fallecido indefectiblemente. Encontrado por los insurrectos, enviaron a un médico que terminó la inconclusa operación.

Fue la de Tupambaé, la batalla más fiera y encarnizada de nuestras luchas civiles. Tuvimos 111 muertos y 375 heridos, en un total de menos de 3.600 hombres.

Respecto a cómo fueron atendidos los heridos, puede leerse, en "El Día" de fecha 3 de julio de 1904, refiriéndose a un artículo escrito por "El Siglo", lo siguiente: "Ei doctor

Navarro ha expresado con elogio la forma, en que encontró a los heridos del reciente combate de Tupambaé. .

"Todos habían sido ya atendidos, haciéndoseles la primera cura con tal prolijidad, que no se produjo un solo caso de gangrena fulminarte, tan frecuente, cuando las lesiones no son bien desinfectadas".

Los paquetes individuales de curación del Ejército Argentino nos facilitaron la tarea.

* * *

Partes Militares

Telegrama al Presidente cíe la República:

"Tupambaé junio 23. — A Exmo. Presidente de la República. — En el telegrama anterior daba cuenta a V. E. que estaba combatiendo al ejército enemigo desde ayer, reanudando la pelea hoy a las 8 a. m., peleando nuestras fuerzas bravamente hasta las 4, en que, vencido el enemigo en toda la línea, inició la retirada rumbo a Meló, no pudiendo efectuar la persecución más de dos leguas por falta de caballos, por cuyo motivo la batalla en este día se ha efectuado completamente a pie. Les fuerzas contrarias que hemos combatido ocupaban posiciones muy favorables, que se vieron obligadas a abandonar, ante el empuje de las nuestras, aunque no sin causarnos pérdidas sensibles. Mañana ampliaré detalles de la acción. Por tan brillante hecho de armas felicito a V. E. en nombre de este ejército. —

Coronel Pablo Galarza

Telegrama al Ministro de la Guerra:

"Junio 24. — A Ministro de la Guerra. — Tengo el honor de felicitar a V. E. por el triunfo obtenido por el Ejército a mi mando sobre el de Aparicio Saravia, quien, confiado en la superioridad numérica, nos presentó batalla, logrando vencerlo en el combate, en que tomaron parte todas mis fuerzas. Enemigo con bajas que se calculan en setecientas entre heridos y muertos, emprendió retirada hacia Melo

siendo perseguido dos leguas, no habiendo continuado más la persecución por falta de caballos.

"Tengo que lamentar la muerte del valiente Coronel Caballero y de algunos oficiales y tropa, habiendo sido heridos varios Jefes y Oficiales y numerosos soldados. — En la casa de comercio de Fasciolo, de este paraje, asístensen muchos heridos insurrectos, entre ellos el doctor Ponce de León, secretario de Aparicio, v varios Oficiales. Cónstame van también heridos dos hijos de Aparicio, uno gravemente. Espero los caballos prometidos y las municiones para continuar la persecución del enemigo. —

Pablo Galarza".

Parte remitido por el Coronel Galarza al Presidente de la República

"Exmo. Señor; resuelto a impedir con el Ejército que el Gobierno de la Nación tuvo a bien honrarme con su comando, el avance de las fuerzas insurrectas hacia los Departamentos del Sud de la República, y advertido por mi servicio de exploración que la ruta, seguida por ellos era el camino nacional de la Cuchilia Grande, contramarché a las 8 a. m, del día 22 del corriente mes, desde la laguna del Junco, Departamento de Cerro Largo, hasta las puntas del arroyo Tarariras, lugar que, dadas las condiciones en que efectuaba el enemigo su marcha, era el indicado para tomar su contacto y al que llegué a las 12 del mismo día.

"Una hora después, de estar en este paraje, recibí un parte del señor Jefe de vanguardia que me notificaba que el enemigo, en fuertes columnas, avanzaba por el camino antes mencionado y que a la vez desprendía fuerzas considerables, con el propósito de empeñar acción, la que, antes de llegar dicho parte a mi conocimiento, se inició con un fuego violento a las 2 y 30 p. m.

"Los rebeldes que ocupaban desde el primer momento una serie de alturas, que circundaban los terrenos bajos, en que se hallaba nuestra vanguardia, avanzaban resueltamente, confiados en sus fuertes posiciones, en el escaso número de las fuerzas de que se componía ella y que,

de exprofeso reduje, al hacerme cargo de este Ejército; pues, siempre consideré que era condición indispensable, para obligar al enemigo a presentar seria resistencia, el hacerle tomar contacto con pocas tropas, que en la necesidad de retirarse lo atrajeran: hacia el grueso.

"Después de un vigoroso empuje, que dio por resultado el desalojo de los insurrectos de las primeras elevaciones, que circundaban nuestro campo, como también el de obligarlos a desplegar una extensa línea, nuestra vanguardia se retiró, paso a paso, mientras que los rebeldes reemprendían, nuevamente, su avance a las primeras posiciones, que momentos antes habían tenido que desalojar. — Este avance fue detenido por los regimientos de Caballería Ligera Nº9, 2 y "Patria", y los batallones de Infantería números 4 y 5, unos y otros pertenecientes al grueso, los que sostuvieron las posiciones, a pesar 'del intenso fuego de la infantería y de la artillería (una pieza) enemigas. Mientras en el centro y en la derecha de la línea, la acción se desarrollaba en esa forma, la izquierda era rudamente atacada por fuerzas considerables; pero, con el despliegue de las Divisiones Soriano y Minas, del batallón de Infantería de línea núm. 2 y de las piezas de artillería que fueron en su protección, se consiguió rechazar a los atacantes, qué abandonaron, con grandes pérdidas, sus posiciones, fortalecidas por un ranchería y un corral de piedras, yéndose a una zanja, desde donde continuaron el fuego hostilizando nuestras tropas.

"Con la entrada en línea de combate de las tropas del grueso, que he mencionado, el fuego se hizo general en toda la extensión de ella, y se sostuvo, con intensidad, por ambas partes, hasta un cuarto de hora después de haberse puesto el sol, y aprovechando la claridad de la luna, continuó en algunos lugares de la derecha y centro, hasta que a las 7 p. m., cesó completamente, hora en que ordené se retiraran las tropas al campamento, con excepción de las tropas de vanguardia, compuestas del Regimiento de Caballería Ligera N°1, compañía del Batallón de línea Nº3, División Rocha. Treinta y Tres y Durazno, División de Minas y Regimiento de Caballería "Patria", pertenecientes estas dos unidades al grueso del Ejército.

"Todas estas fuerzas fueron distribuidas en puestos avanzados y quedaron en observación del enemigo, que también vivaqueó en sus posiciones, lo que me hizo ver que la acción se reanudaría al día siguiente. En consecuencia, dispuse las tropas en forma de que pudieran acudir a la primera orden, y mandé distribuir, durante la nuche, el resto de munición que aún quedaba, cuya cantidad era tan insignificante, que apenas alcanzó para proveer con cuarenta tiros a cada combatiente.

"En esta disposición se pasó hasta la mañana del día siguiente interrumpida solamente por algunos tiroteos sostenidos, por las avanzadas de ambos ejércitos, hasta que, a las 8 y 30 a. m. hora en que se iba disipando la densa neblina, que impedía verse de uno a otro campo, el enemigo, que en la noche había prolongado su ala izquierda, ocupando una serie de cerros de pendientes rápidas y escabrosas, y la derecha hasta las estribaciones de una sierra próxima, formando una línea envolvente de quince kilómetros, tomó la ofensiva, rompiendo desde posiciones inmejorables, un fuego violento sobre nuestras tropas.

"Desde el primer momento consideré necesario reforzar nuestra débil línea; para cuyo efecto dispuse que las Divisiones de Soriano y Minas por la izquierda, el Batallón de Infantería de línea núm. 2, dos compañías del 4º de la misma arma, 2 escuadrones de Caballería Ligera núm. 2 por el centro, y el Batallón de Infantería de línea núm. 5 por la derecha, fueran a hacerlo. Con estos nuevos contingentes el fuego se generalizó en toda la línea en condiciones favorables para el enemigo, que desde sus altas posiciones dominaba completamente a nuestras tropas, que combatían desde el llano, principalmente en el centro, donde sus fuertes guerrillas ocuparon la cresta de un elevado cerro, batiendo con los fuegos gran extensión de nuestro campo, y molestando a nuestras reservas; por cuyo motivo, me decidí a tomar dicha posición, en la convicción, además, de que me reportaría grandes ventajas en el desarrollo ulterior de la acción; empresa que me llevaron a feliz término, a las 9 a. m., las fuerzas de los batallones de Infantería y 4°, por medio de un flanqueo hábilmente dirigido y ejecutado con gran ahorro de vidas y municiones, y que fue de

consecuencias funestas para el enemigo, que, batido de flanco, la abandonó con grandes pérdidas. — Mientras el centro de los rebeldes era arrollado de esta manera, trataba su izquierda de flanquear nuestra derecha, maniobra que impedí reforzando esa ala con la División Durazno y una compañía del Batallón de Infantería de línea núm. 4,. que así robustecida y auxiliada poderosamente por el certero fuego de la artillería, desalojó al enemigo de la serie de alturas que había ocupado la noche anterior.

"A las 9 y 30 a. m., parte de nuestra izquierda (División Minas y una compañía del Batallón de Infantería núm. 4) falta de municiones, cedía sensiblemente terreno al enemigo, el que, dándose cuenta de la crítica situación de esas fuerzas, avanzaba resueltamente, amenazando reconquistar el cerro central, tomado momentos antes. Ordené, entonces, que las ametralladoras emplazaran en una elevación adyacente a ese macizo y que un escuadrón del Regimiento de Caballería Ligera núm. 2 desplegara a la derecha de éstas, y, haciendo un fuego vivísimo impidieran el avance de los insurrectos, que se retiraron en precipitada fuga y con grandes pérdidas.

"Asegurada definitivamente la posición del cerro central, ordené que las tres piezas de artillería fueran colocadas en batería, en la cresta eje el, pues, desde allí, podrían dominar con sus fuegos cualquier punto del campo de la acción. Como mis tropas estaban todas en línea, dispuse que las ametralladoras emplazaran a su vez, en el mismo cerro, para que prestaran protección a las piezas de artillería, en cualquier tentativa de avance a la posición.

"A las 10 y 30 a. m .el enemigo; volvió a atacar con rudeza las posiciones de nuestra derecha y centro, con un fuego intenso, pero que no le dio mayores resultados, porqué nuestras tropas, desde las excelentes posiciones conquistadas, lo rechazaron brillantemente. Fue durante este período de la acción que trajeron repetidas cargas de lanza contra los Batallones 2. 3, 4, y 5 de Infantería y Regimiento de Caballería "Patria", de las que solo una llegó al ataque, pero que como las otras, fueron valerosamente rechazada con enormes pérdidas de hombres y caballos, a consecuencia del mortífero fuego de nuestras guerrillas

agrupadas y de la acción eficaz de la artillería y ametralladoras.

"Combatiendo contra un enemigo cada vez más numeroso, aunque ya en posiciones inferiores a las nuestras. y en la necesidad imperiosa de ahorrar la poca munición que aún quedaba, ordené a la izquierda y centro de la línea que pasaran a la defensiva, con la consigna de no contestar el fuego enemigo, sino en casos extremos, y al mismo tiempo que la artillería romperá los suyos contra fuertes columnas, que amenazaban arrollar nuestro centro, cometido que llenó con notable acierto esta arma, y puedo manifestar que gran parte del éxito, que más tarde se obtuvo, a ella se le debe.

"Debilitadas las columnas enemigas por el intenso cañoneo y reforzada su extrema izquierda, considere llegado el momento de desalojar al enemigo de sus posiciones, y a las 12 y 25 p. m. dispuse que nuestra ala izquierda, reforzada por el Escuadrón "Custodia de! Parque" y por los fuegos de las ametralladoras y artillería, contuviese ni enemigo por ese lado, mientras el centro, amenazando romper la misma parte de la línea insurrecta, avanzaba a posesionarse de la línea de poblaciones situada a su frente, en tanto que la derecha, por metilo de un ataque de flanco, arrollaba la izquierda de ella.

"El éxito coronó este último esfuerzo de los defensores de las Instituciones Nacionales, y, a las 4 p. m., la izquierda enemiga amenazada de quedar aislada con el Parque del resto del grueso de su ejército, precipitó su retirada, perseguida de cerca por todas las fuerzas de nuestro centro y derecha, sin que esta persecución se hiciera sentir con todo rigor, a causa de la falta absoluta de municiones y caballada. Solo la artillería pudo hacer los últimos disparos de la tarde, con los que finalizó la batalla de Tarariras, en que el esfuerzo de este valiente Ejército dio un laurel más a la causa de la legalidad y del orden.

"Muchas son las pérdidas que tenemos que lamentar; pero hay una sobre todo que ha conmovido hasta lo más hondo, el sentimiento del Ejército, que tengo el alto honor de comandar; esta es la del Señor Jefe del Batallón de Infantería Nº 4, Coronel Graduado, don Genaro Caballero, muerto, heroicamente al frente de sus fuerzas, en la acción

del 22.

"Además de este distinguido Jefe, hemos tenido ciento once muertos, trescientos setenta y cinco heridos, cuya nómina adjunto al presente parte. Las fuerzas insurrectas, por su parte, dejaron más de trescientos cadáveres sobre el campo de batalla, y datos fidedignos hacen ascender el número de sus heridos a una cantidad mayor de setecientos.

"Quedaron también en nuestro poder banderas, gran número de lanzas y otros pertrechos bélicos, entre ellos ocho cajas de cartuchos de nitroglicerina explosiva, que, en cantidad, utilizaron durante la acción.,

"Antes de terminar este parte, creo de mi deber recomendar a la consideración de V. E. la brillante cooperación prestada por todos los señores Jefes, Oficiales: y Soldados de este abnegado ejército, que rivalizaron en denuedo, valentía y pericia, y que, en condiciones tan desfavorables, derrotó a un enemigo muy superior en número y que ocupaba posiciones insuperables.

"Solo me resta felicitar a V. E. en nombre mío y de todo el Ejército.

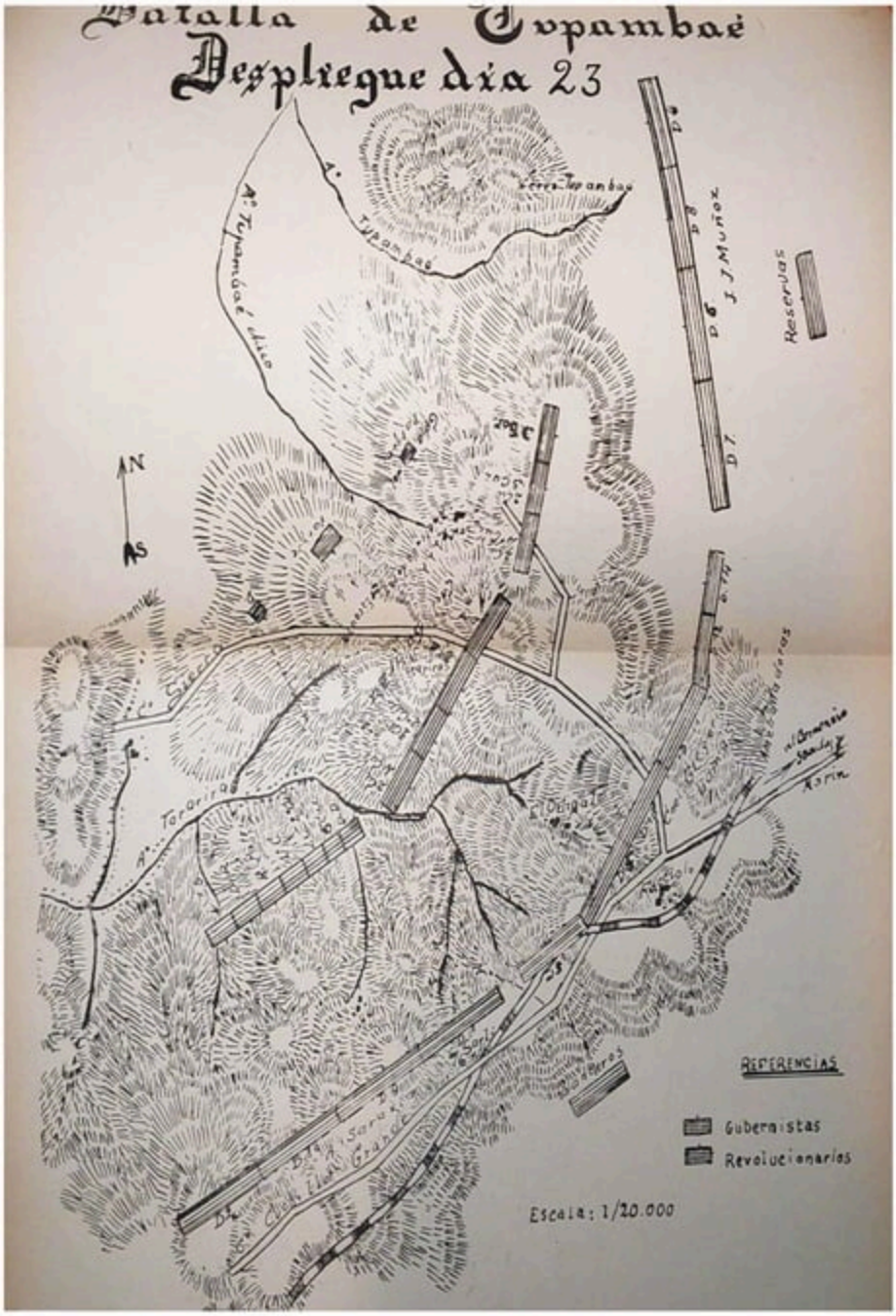
"Dios guarde a V. E. muchos años. — Campamento Tarariras, Jume 25 de 1904.

Pablo Galarza

Véanse los croquis Nº 6, N° 7 y Nº 8; este último con el plano de la batalla de Tupambaé, despliegue del día 23.

Croquis Nº 6 Preliminares

Croquis Nº 7 Campo de batalla


Batalla de Tuyambaé
Despliegue día 23
Reservas
N
S
Tuyambaé
Tacuarí
Sarandí Grande
Escala: 1/20.000
REFERENCIAS
Gubernistas
Revolucionarios

NOTAS REFERENTES AL PLANO

1ª Donde dice Marín el plano se refiere a una casa más lejana, a la izquierda del emplazamiento del grupo de Ametralladoras. Donde dice: El Ortigal —- cerca de este — puede ser también Puesto María, y ambos Marín no hay que confundirlos con el Almacén y Comercio de Sánchez y Marín (camino de la Chuchilla Grande — hacia Meló), por el que se retiraron los revolucionarios, y donde, días después, cuando el grueso estaba ya en la región del Zapallar, quedó una fuerza de retaguardia con el propio Aparicio Saravia —- frente a la cual murió el tristemente célebre Francisco Belén, que recién se había incorporado al Ejército del Sur, con los refuerzos, que llegaron de Montevideo después de la batalla.

2ª El plano refiere en forma demasiado rígida el dispositivo del día 23 al comienzo de la acción, que varió mucho. La Artillería y Ametralladoras ocuparon, sucesivamente, los cerros de Escouto primero; y, luego, en el avance, el Tarariras y otras alturas delante, hacia unos corrales o mangueras de piedra.

3ª Como es natural, la línea férrea no existía, ni los caminos que se ven en el medio. Después de la retirada revolucionaria, iniciada esa tarde, se ocupó el camino de la Cuchilla Grande, y la casa de comercio de Fasciolo; donde establecí, luego, el hospital de sangre.

CAPÍTULO XI

Después de la Batalla

Cuando, después de salir del almacén de Fasciolo, alcanzamos al ejército, ieste ya había acampado a la izquierda de! camino. Cerruti y yo fuimos a ocupar nuestros respectivos puestos; él en la vanguardia, yo en el ejército.

Supe que se aproximaba la Expedición de Auxilio, cuyo director técnico era el doctor Alfredo Navarro, volviendo de los campos de batalla. Fui a su encuentro, hablé con él y, entre otras cosas, me dijo que Aparicio le había manifestado que nos perseguida. Le pedí prestado algún dinero; me dio dos libras esterlinas oro. De vuelta al campamento enteré al

Cnel. Galarza de las palabras del doctor Navarro.

El ejército inició sus marchas hacia Nico Pérez, a fin de proteger la munición y otros bastimentos, que le enviaba el Gobierno. La vanguardia se había adelantado unas leguas; creo que hubo algún tiroteo contra partidas de blancos destacadas, para impedir ese movimiento, mientras que el resto del ejército revolucionario se dirigía hacia Zapallar.

El doctor Cerruti salió para Montevideo acompañando heridos; el doctor Ferraz, enfermo había salido antes, desde Tupambaé, con el primer convoy de heridos. Quedé solo.

Comenzó para el practicante, Mayor Labora, y para mí una labor extraordinaria; habían quedado en el ejército unos 70 heridos leves, que no quisieron hospitalizarse. Como el practicante era una persona de edad, cargué con el mayor trabajo; nos pasamos cuatro días y parte de las noches curando heridos y renovando curaciones. Recuerdo que una noche, estando ya apagados los fogones, el Cnel. Galarza vio una lucecita en una carpa y mandó averiguar lo que sucedía; era yo que atendía a un herido a la luz de un farol; era un soldado del 5º de Cazadores, que presentaba en el antebrazo una rasgada herida de lanza, y que me dio mucho trabajo por su mala encarnadura; brotaba, rápidamente, una granulación hipohémica, fofa, tan exuberante, que desbordaba de la vasta herida, obligándome a raspar a fondo, para cauterizar, luego, con lápiz de nitrato de plata. Ese exceso de trabajo me desmejoró de tal manera, que todos me notaron más delgado.

Otra molestia nos atormentaba, que, si bien no era una enfermedad, no dejaba de ser muy contagiosa. Me refiero a la inmensa cantidad de piojos, que se habían desarrollado en el ejército. Al renovar el vendaje de los heridos los encontraba a docenas en los algodones; el frío y la carencia de ropa no nos permitía higienizarnos. Yo mismo no me libré de ese contagio. Un día, cerca del fogón, me saqué la camiseta encontrando a unos cuantos, que agarré con rabia, echándolos, a las brasas, donde reventaban. Para otros eran objetó de diversión; algunos soldados trazaban un círculo sobre una carona y, poniendo cada uno en el centro el piojo elegido, apostaban al que saliera primero de la circunferencia.

Transcribiré unos párrafos de una carta* con fecha .22 de febrero de 1946, enviada, desde. Artigas, al: General Manuel Troncoso por el ex intendente; señor Eladio F.Dieste, en los que se refiere a la toma del almacén de Fasciolo, en la tarde del 23 de junio, segundo día de la batalla de Tupambaé, y a los parásitos; a que hago, alusión.

"Tomada la pulpería nos encontrarnos con los señores Arocena y Ponce de León. Uno de ellos no mal herido y con un poncho gris. Al verme levantó el brazo armado y me preguntó a qué cuerpo pertenecía, y yo, con el orgullo -que nos caracterizaba, le contesté que al 4º de Cazadores. Yo tenía una facha poco tranquilizadora; roto, descalzo, un verdadero farrapo, y, con unas barbas nazarenas, por las cuales campaban y pacían, tranquilamente, algunos piojos. Y de estos tenía uno, que guardaba, celosamente, en la costura de casaquilla, gordo, barcino, para correr carreras. Con el gané nueve libras. en las puntas del Carmen.

El 27, marchamos una legua, atravesando las quebradas de Las Pavas y acampando en las alturas inmediatas a Santa Clara de Olimar, en comunicación con Nico Pérez.

El 29 de junio y días siguientes sé incorporaron; el Batallón 3º de GG. NN. de Canelones, Jefe, Tte.Cnel.Nicasio Torres; el Batallón 3º Policial de Montevideo, Jefe, Tte. Cnel. Florentino Araújo, 2º Jefe, May Manuel C. Rodríguez; la División de GG. NN. de Colonia, Jefe, Cnel. Andrés Vera; la Div. de GG. NN. de Maldonado, Jefe Ramón Correa; el Batallón 4º de GG. NN. de Canelones, Jefe, Mayor Cándido Acuña, 2º Jefe, May. de GG. NN., Manuel Falero; el Batallón de GG. NN. "General Rivera" de Tacuarembó, Jefe, Tte. Cnel. Leonardo Arias, 2º Jefe, May. Pedro Vázquez; él Batallón Maldonado, Jefe, Cnel. Víctor Cantón, 2º Jefe, May. de GG. NN. Julián dé la Llana; el Regimiento 1º de Caballería de GG. NN. de Minas, Jefe, Sebastián Buquet, 2º Jefe, May. Juan F. Dutra; el 6º de Caballería, Jefe, Cnel. Braulio Ortiz, 2º Jefe, May. Pedro M. Estrella; se reincorporó el Cnel. Pedro Villardino.

Se recibió un nuevo parque con nuevos elementos, entre los cuales figuraban varios jaulones con palomas mensajeras, cuatro piezas de artillería, en canje de las tres

existentes, (F. 10), municiones, numerosos caballos, material sanitario, tres cajones de tarros de leche condensada para enfermos y heridos, etc.

Me hice dar una carpa grande, un buen poncho gris impermeable, que puesto cubría casi todo el caballo, y otras ropas que me habían enviado.

En esos días llegaron, desde Montevideo, muchas personas, para saludar y felicitar al Cnel. Pablo Galarza, por la magnífica victoria conquistada en los campos de Tupambaé. Recuerdo que, estando en la carpa del Coronel, llegó el señor Luis. Batlle y Ordoñez, hermano del Presidente y amigo mío, acompañado de su hijo Lorenzo. Volvió el Doctor Cerruti.

Se reincorporó al ejército el amigo Héctor Gómez, acompañado por el señor Pedro Manini y Ríos, que me fue presentado; simpatizamos. Le ofrecí mi carpa como provisoria habitación; aceptó. Era un joven, simpático, de carácter franco, alegre y Jovial, algo bromista, Al poco tiempo me dijo: "Para mi Ud. no es un doctor, es un camarada" — La convivencia aumentó la amistad y la confianza. Dentro la carpa, al acostarnos, discutíamos bromeando; él pretendía ser de mi derecha, yo decía que no, y, como dueño de casa, no lo permitía. De mañana, al despertarnos, para desentumecernos y alejar el frío, nos aferrábamos de las muñecas, forcejeando, como dos muchachos. En ese terreno, como yo era algo más fuerte, lo vencía; no así en la polémica; de palabra fácil y brillante, me dominaba. Ya se manifestaba en él la propensión a la oratoria y a la política. Cuando, a los pocos días, se ubicó en su propia carpa, cesaron las jocosas discusiones, quedando perdurable la amistad. De los amigos era el que más festejaba mis frases italianizadas, algunas de las cuales aún recuerda.

(F. 10 -— Se ven los jaulones de las palomas mensajeras y las nuevas piezas de artillería sobre los vagones.

El Cnel. Galarza me nombró Jefe de Sanidad del Ejército a sus órdenes. A ese respecto el diario "El Día", de fecha 5 de julio de 1904, escribe: "El Jefe del Ejército del Sur, coronel D. Pablo Galarza, ha nombrado Jefe de la Sanidad Militar al doctor Alberto Eirale, que desde los comienzos de la insurrección marchó a campaña con el Batallón 2° de Cazadores. El doctor Eirale ha conquistado en aquel ejército títulos a la consideración de todos, pues sus servicios humanitarios han sido prodigados incondicionalmente en cualesquiera circunstancias, en que han sido reclamados".

Durante mi larga actuación en la vanguardia efectué un sin número de intervenciones, algunas simples, como amputaciones de dedos, abertura de ántrax, abscesos, reducciones de fracturas, luxaciones y otras algo complicadas. En el combate del Paso de los Carros, creo, el Teniente Luís González Galerna, sobrino del Coronel, recibió un balazo en la muñeca derecha, que le rompió el apófisis del radio sin interesar la arteria. Sentados en cajones le acomodé los pequeños fragmentos óseos, y mientras el paciente miraba tranquilo mi trabajo, como si no sintiese dolor, uno de los que presenciaban se desmayó. Curó bien, quedando la muñeca algo anquilosada.

Un soldado de la G. Nacionales fue traído, poco antes del almuerzo, con una fuerte atadura en el brazo para evitar una hemorragia. Tenía la muñeca "degollada": en una pelea su adversado, con un certero golpe dé cuchillo, le había seccionado las arterias y todos los tendones. Previa ligación

de las arterias tuve que buscar con una pinza, uno por uno. los tendones retraídos de los dedos y con otra pinza los tendones correspondientes del antebrazo, también muy retirados, para poderlos unir con catgut, cubriéndolos lo mejor posible con sus respectivas vainas. Todo eso tuve que hacerlo sin ayuda; no podía permitir que intervinieran manos mal desinfectadas. Solo un cirujano puede apreciar lo dificultoso de esa operación, en tales circunstancias Demoré como una hora y mientras yo trabajaba, el Comandante Quintana, el Mayor Borques, el Capitán Rivas y el Sr. Saldamando, a pocos pasos de distancia, detrás de un carro, comían, tranquilamente, sobre un cajón, que les servía de mesa. El herido curó bien, conservando el movimiento de los dedos.

Otro caso dificultoso se presentó en un joven soldado del 2º de Caballería. Ese pobre hacía días que estaba padeciendo, sin que me avisaran; su estado general se había empeorado de tal manera que cuando lo trajeron, estaba en las condiciones deplorables que pueden apreciarse en la F. 11. Hacía días que no orinaba; una estrechez uretral se lo impedía. El caso de este desdichado se había complicado con la rotura de la uretra y una notable infiltración de la orina en las partes genitales, especialmente en el prepucio, ¡y en los tejidos de! bajo vientre, como puede verse. No había tiempo que perder; lo hice colocar sobre una camilla, que me sirvió de mesa de operaciones. No tenía cloroformo y, si lo hubiera tenido, no había quien supiera darlo. La vejiga estaba llena; el cateterismo era imposible: se imponía la cistotomía, para poderla vaciar con más facilidad y rapidez. Preparé los útiles más necesarios de que disponía, los cuales bien esterilizados, coloqué en un plato al alcance de la mano: una palangana con una solución fuerte de bicloruro y un irrigador con una más débil, gasa, algodón, vendas. Arranqué del bajo vientre, con los dedos, los tejidos macerados por la orina, y estaba preparando el campo operatorio, irrigándolo abundantemente, cuando me sorprendió el Teniente Núñez Brian con una instantánea. Continuando mi trabajo, hice la incisión de práctica hasta descubrir la vejiga, que aseguré con hilos; haciendo, luego un pequeño tajo la vacié con una sonda, protegiendo los tejidos del contacto de la orina. Dejé

la sonda asegurada en el sitio, estableciendo un drenaje a través de la herida vesical. En estas condiciones el enfermo mejoró, y en la primera oportunidad, lo envié a la capital.

F. 11 — El Dr. Eirale operando en el campo.

La foto que me fue cedida, gentilmente, por la Señora Viera de Nuñez Brian, es una historia.

Por casi seis meses actué, solo, en la vanguardia del Ejército del Sur, atendiendo a los enfermos y a los heridos en sus numerosos combates; me acompañaba un practicante de edad, sin escuela médica y un enfermero casi analfabeto.

Contando con el apoyo sin reservas del Cnel. Galarza, reorganicé los servicios sanitarios, preparando un carro botiquín de muy fácil transporte, dos carretas de bueyes, exclusivamente para la sanidad; me hice dar un cabo de tropa, para la vigilancia de mi pequeño parque sanitario, mejoré las condiciones del practicante Laborda, organicé una sección de camilleros; al doctor Cerruti, que envié a la vanguardia, lo proveí de todo lo necesario.

La constatación de sucesos gravísimos, observado durante los combates y, especialmente, en la batalla de Tupambaé, que podían haber sido de fatales consecuencias, para un ejército poco numeroso como el nuestro, obligado a emplear todas sus fuerzas, me hizo ver la necesidad

imprescindible de organizar la sección de camilleros (F. 12).

F. 12 — Soldados practicando de camilleros.

El hecho de que al caer herido un compañero o un oficial --como en el caso del capitán Bravo —Afuera retirado de la línea de fuego en un poncho, sostenido por cuatro soldados de línea, producía, en realidad, no solo una, sino cinco bajas de importancia.

Esto pude observarlo repetidas veces, con el comandante Nicolao, con el capitán Farías, etc. Recuerdo que, en la tarde del 22 de junio, mientras en el frente se combatía furiosamente, varios soldados del 1º de caballería quedaban en el parque, mirando curar a los heridos que habían traído, sin volver a la pelea. Conducta reprobable para un soldado; pero comprensible. Son hombres; en la línea de fuego les esperaba o un tiro o la muerte; el instinto de conservación vence, casi siempre, al sentimiento del deber.

Nuestro ejército, bien pertrechado y bien montado,

empezó sus marchas hacia el Norte en busca de los insurrectos; su pasaje por el campo de la sangrienta acción de Tupambaé, despertó los recuerdos y movió los comentarios de las entusiasmadas tropas.

El 14 de julio, acampamos en la cuchilla de Tupambaé; el 15, en Sarandí del Quebracho; el 16, en Cerro de las Cuentas; el 17, en la margen izquierda del arroyo Fraile Muerto, Paso de la Arena, acampando, al día siguiente en la margen derecha del mismo; del 19 al 21, en el Sauce del Zapallar; el 22, en el Sarandí del Zapallar; el 24 y 25, en el arroyo Zapallar.

El del 1904 fue un invierno de un frío excepcional, falleciendo por esa causa dos soldados. En los campamento de Los Zapallares, una mañana, se encontraron muchísimos caballos muertos por la helada.

Se ensillaba muy de madrugada para marchar, pero, en vez de ir montado, se caminaba unas cuadras con el caballo de la rienda, para entrar en calor, con las manos y los pies entumecidos por el terrible frío.

Durante todo ese tiempo las penalidades fueron las mismas. Todos los días atendía mi "consultorio" establecido en el Parque Sanitario; vigilaba la higiene de los campamentos, recomendando a los soldados que hirvieran bien el agua, que Utilizaban para el mate y para beber.

Habiéndose presentado un soldado con una ligera blenorragia, hice formar a todas las mujeres, que acompañaban al ejército para revisarlas. Eran numerosas, especialmente las que acompañaban al 2º de Caballería; sólo una encontré sospechosa. Dándole un tratamiento la puse en cuarentena, haciéndola enviar para sus pagos lo más pronto posible.

Las chinas, como suele llamarse a las mujeres de los soldados que siguen a sus compañeros durante una campaña, son útiles; pues, cuando se acampa van por leña, encienden los fogones, ceban el mate, hacen la comida, lavan la ropa y, en caso necesario, cuidan de la caballada durante la pelea.

A veces me venían a buscar con un caballo en pelo; lo montaba y el otro, saltando en ancas, me conducía junto al enfermo, que estaba lejos y no podía moverse.

Recuerdo que un día me llevaron a una carpa distante, en cuya angosta entrada aparecía la cabeza y los antebrazos de un hombre muerto y cerca de la mano derecha había un revólver con una cápsula vacía. Era un corpulento oficial de una División de Guardias Nacionales, que tenía en su sien derecha un agujero, por donde había penetrado una bala; podía haber sido un suicidio o un asesinato; ¡misterio!

Durante todo ese tiempo no hubo combates y, por lo tanto, heridos; pero, empezaron a presentarse casos de fiebre tifoidea, de carácter más bien benigno. Insistía en que se hiciera hervir el agua para el mate y, también, la de beber; era difícil hacer entender a los paisanos la importancia de esa precaución.

Hice preparar tres carretas para transportar, aisladamente, a cierta distancia, a esos enfermos contagiosos, haciéndolos atender, siempre por los mismos enfermeros, que aleccioné para el caso y enseñé a utilizar una solución de bicloruro de mercurio al dos por mil, para la desinfección. A los enfermos se les suministraba agua hervida, dos litros diarios de leche, preparada con la condensada de los tarros y, como desinfectante intestinal, cuatro dosis de salol al día de 25 centigramos cada una. Atendidos durante la primera semana o hasta el principio de la segunda, período en que no suelen presentarse las complicaciones, no hubo dificultades, ni fallecimientos. A la primera oportunidad los enviaba a las estaciones del ferrocarril más inmediatas; puede calcularse que se presentaba un promedio de dos casos diarios.

Desde el 26 de julio al 3 de agosto, nos estacionamos en las proximidades del arroyo Conventos, cerca de Melo. Me dirigí a la ciudad para proveerme de algunos medicamentos, acompañándome el Oficial de Marina Arturo Dubra, hermano del Mayor.

Por el camino, hubo un pequeño tiroteo, que, casi, produjo alarma en el campamento; pero esta vez no fue entre combatientes; Dubra y ye habíamos encontrado una bandada de avestruces y las tiroteamos, matando una. Enviaron a averiguar la causa, de los tiros, encontrándonos con el cuerpo del delito, el avestruz muerta, que envié de regalo al Cnel. Galarza. Al volver al campamento fui a

visitarlo; me advirtió que estaba prohibido matar a esa clase de aves; mientras tanto, le había hecho cortar las alas y la "picana". para preparar un buen plato; con el buche hicieron una bolsa para guardar tabaco.

Al día siguiente tuve que volver a la ciudad, para conseguir nuevos medicamentos. El señor Juan Barbadora, ayudante del Cnel. Galarza, me asignó, para qué me acompañara, a un asistente suyo, tan ágil y campero, que no necesitaba lazo para voltear una res, como me lo demostró, por el camino. Vio un novillo, lo corrió al galope y agarrándolo por la cola, de un fuerte y oportuno tirón hacia la izquierda, lo hizo caer.

El Cnel. Martín Souberán, que había sido nombrado Jefe del Estado Mayor, era muy atento y muy sociable; nos invitaba a su carpa, donde nos entretenía con sus anécdotas y cuentos; otras veces nos hacía oír un concierto de guitarra: un joven de la División Durazno, de la cual había sido Jefe, (a tocaba muy bien).

Un día llegó a mi carpa el amigo Erramuspe Catalina a pedirme le prestara un primus para cocinar tortas fritas; invitado a comerlas, encontró en la carpa a los amigos Héctor Gómez, Pedro Manini Ríos, Alfredo Campos, Julio Nuñez Brian, y otros compañeros, que no recuerdo; tenían una damajuana de diez litros llena de vino. Comimos y tomamos; el vino se acabó y me culpaban de haberlo tomado casi todo; discutíamos y nos reíamos fuerte; pasó de recorrida el Cnel. Galarza, y al oír el griterío preguntó, de afuera, lo que pasaba. Salí de la carpa, me cuadré marcialmente y, haciéndole la venia, le manifesté, nombrando a los amigos, que nos habíamos reunido para pasar un rato.

Me miró. . . luego: "Que sea en hora buena", dijo, y se alejó sonriendo. Bajé la mano, volví a la carpa, donde se prolongó la grata reunión, con entusiastas ¡vivas!... y desbordante alegría . . .

El día 4 y 5 de agosto, nos estacionamos en puntas del arroyo Zapallar; el 6, en el bañado de Medina; el 7, en puntas del arroyo Negro; el 8, en el río Tacuarí; el 9 y 10, en el arroyo del Fraile Muerto; el 12, cerca del arroyo Quebracho; el 13 y 14, en la cuchilla y en las puntas del arroyo Tupambaé; el 15, en el arroyo Yeguada; el 16, en las puntas

del Cordobés, cuchilla Grande; el 17, en el arroyo Las Rengas; el 18, en Cerro Mulero y el 20, en Nico Pérez.

CAPÍTULO XII

Llegada a Montevideo y Embarque Para el Norte. Marchas y Episodios

Al día siguiente, nos embarcamos en ferrocarril para Montevideo, de donde faltaba desde el 1º de enero. Llegamos a la estación Peñarol el 21 a las 12 de la noche, y debíamos marchar, enseguida, hacia el Norte

En las operaciones de embarque de nuevos carros, caballadas, armas, etc., tuvimos que lamentar, la muerte del soldado Fort del 2º de Cazadores, que quedó destrozado entre dos vagones, en un choque de trenes.

Conseguí, al amanecer, un carruaje; cargando el bagaje y el recado, me hice conducir a casa, donde esperaba mi familia, a quien no había visto en ocho meses.

Luego fui a visitar al Presidente de la República, don José Batlle y Ordoñez, que me recibió afablemente y me honró con su amistad. Al despedirme preguntó que necesitaban los soldados: "más que dinero les hace falta yerba y tabaco", le contesté. ¡No lo olvidó!

Esa noche dormí en casa; no podía conseguir el sueño; extrañaba la cama; tomé el recado, y, tendiéndolo en el suelo, pude dormir plácidamente.

Me hubiera quedado unos días más y alcanzar, luego, al Ejército en otro convoy, pero, no creí conveniente que le faltara el médico; el doctor Cerruti, que era casado, me había pedido licencia; me embarqué al día siguiente. Ningún otro médico se incorporó al Ejército; no era fácil seguir a un ejército como el del Sur.

Todo lo contrario, ocurrió en el ejército adversario, a donde los médicos, aun siendo profesores de nuestra Facultad, concurrieron con un espíritu de sacrificio ejemplar, que no olvidaron sus correligionarios. Es, doloroso decirlo, pero, ES LA VERDAD.

Su Sanidad había sido organizada por el Profesor

Alfonso Lamas, con el cargo de Cirujano Mayor del Ejército, con la cooperación de los Profesores Juan Morelli y Arturo Lussích y los Doctores Alejandro Piovene, Joaquín Ponce de León, Arturo Berro, Baldomero Cuenca y Lamas, varios practicantes, enfermeros, asistentes, vehículos o cargueros.

Nuestro Practicante, Mayor Labora y el enfermero Carneiro no abandonaron sus puestos.

En todas las estaciones en que el tren pasaba, el Cnel. Galarza era recibido con grandes manifestaciones de entusiasmo. por las autoridades y el pueblo; en Paysandú fue obsequiado por el Coronel Gaudencio. El viaje fue largo y monótono. Pasando por la estación del Salto nos estacionamos, el 26 de agosto, cerca de Palomas, donde se, recibieron pertrechos, caballos, barricas de yerba, gran cantidad de paquetes de tabaco, fósforos, librillos de papel de fumar, etc.; se alivianó lo más posible el Parque, para no obstaculizar las marchas; dejamos los enfermos e inservibles;

Se incorporaron el Tte. Cnel. Julio E, Barrios, Jefe de la División de Guardias Nacionales de Rivera y el Tte. Cnel. Amaro F, Ramos, Jefe de la División de Artigas; llegó el doctor Cerruti.

El ejército en buenas condiciones, emprendió sus marchas hacia el Norte, acampando el 28 de agosto, en el arroyo Tangarupá; el 29 y 30, en el paso de Las Piedras del Arapey Grande; el 31, dirigiéndonos hacia el Este, acampamos en el río Arapey Chico, cerca de la barra del arroyo de Las Cañas; el 1º de setiembre, en Colonia Lavalleja; el 2, ¡en puntas de! Guaviyú.

Ese día desde el campamento me dirigía hacia la vanguardia, cuando encontré, en el camino, al Cnel. Basilisio Saravia; venía solo, con la cabeza gacha, con el caballo al paso. Al verme, con una sonrisa triste dijo; "Buenas noticias. . . Buenas noticias. . . Acaban de herir a Aparicio". Era su hermano; siguió hacia el campamento.

Aparicio, jefe de los insurrectos, había sido herido en el combate de Masoller. Algunos de los nuestros decían haber oído el ruido sordo del cañoneo lejano.

Se aceleraron las marchas; el 4 de setiembre, acampamos cerca del arroyo Catalán Chico; el 5, en el

Catalán Seco; el 6, en puntas del Arapey Grande. Durante esas marchas encontré muchas piedras de cuarzo muy vistosas. El 7, pasando por el campo de combate de Masoller, acampamos en cuchilla Negra; el 8, en los cerros de Aurora; el 9, cerca del arroyo Curticeiras, donde se recibió la noticia de que Julio Barrios, alcanzó y atacó a los insurrectos en el arroyo Platón, persiguiéndolos activamente.

Supimos, asimismo, de varios combates efectuados en las cercanías de Rivera. A ese respecto puede leerse en el "Diario del Plata", de fecha 11 de enero ríe 1913, un suelto que, refiriéndose al batallón número 11 de guardias nacionales, al mando del comandante Joaquín Machado, dice: ".,. que formaba parte de la guarnición de Rivera, volvió a actuar en la defensa de aquella población, seriamente amenazada por cinco mil revolucionarios de las tres armas. Durante tres días se combatió frente a Rivera: y en uno de esos encuentros, fue tan visible y acentuada la actitud valiente del Capitán de GG. NN. José San Martín, alumno de la Academia Militar, que el comandante de la plaza, no satisfecho de felicitar al Sr. Machado, Jefe del 11, por el comportamiento de ese oficial, le expresó personalmente a éste sus felicitaciones. Aquel día la guerrilla, mandada por el Cap. San Martín, había perdido un oficial, el joven Rubí, que cayó con el corazón atravesado y varios soldados".

El comandante de la plaza era el Tte. Cnel. de GG. NN. don Antonio Bachini.

Hablando, recientemente, con el Cnel. (R) don José San Martín, recordó esos combates y me dijo que, en uno de ellos fue gravemente herido el Capitán Montes de Oca, fallecido a los tres días en Rivera; también había sido herido el Sargento Barrandegui, hermano del que fue administrador del diario "El Día", y quedó cegado, al explotar un proyectil de su arma, el Teniente de GG, NN. de la sección ametralladoras, también cadete de la Academia Militar, Horacio C. Pita, hoy ingeniero.

El 10 de setiembre, acampamos cerca de Rivera, Llegué a la ciudad, donde se velaba al Cap. Montes de Oca, herido en un combate días antes.

En las últimas horas de la tarde fui presentado al Comandante Antonio Bachini, mientras festejaba, en reunión de amigos, la victoria del combate de Masoller; me obsequió

con una copa de champaña.

El 11, se acampó en cerro Chapeu. El practicante, Mayor Labora, hombre de edad, sufrió un síncope, que me alarmó; afortunadamente, no fue tan grave como creí al principio; reaccionó con inyecciones de cafeína. Le manifesté que era prudente se quedara unos días en Rivera, acompañado por el enfermero y, luego, se embarcara para Montevideo; ya se había sacrificado bastante y no le convenía pasar otras fatigas. No hubo forma de convencerlo y me costó trabajo hacerlo descansar unos días, en una carreta del Parque; quiso aguantar hasta el final. Tiempo después de hecha la paz, a pedido del doctor Manini y Ríos, hice un informe sobre su abnegada actuación durante toda la campana, para que lo ascendieran de grado, antes de retirarse del ejército; se le hizo justicia.

CAPÍTULO XIII

Hacia el Final — Oíros Episodios

Después de la muerte de Aparicio, acaecida a unos días de ser herido en el combate de Masoller, asumió el mando del ejército revolucionario el señor Basilio Muñoz (hijo).

Seguimos las marchas acampando, más o menos, en los mismos sitios de las marchas anteriores, que habíamos hecho rumbo al río Negro; esta vez sin desprendemos de los insurrectos.

En esas marchas, efectuadas por los desolados campos del departamento de Rivera, cercanos a la frontera, nuestro ejército se pasó unos cinco días sin poder carnear, pues, todo el ganado había sido muerto o arriado hacia el Brasil. Se enviaron soldados a los montes, para que mataran a balazos algún vacuno chúcaro escondido, sin resultado. Encontré los restos de un burro, que había sido carneado para comerlo; yo maté algunas martinetas, que abundaban en esos parajes. Los caballos tampoco pudieron alimentarse lo suficiente; los campos estaban pelados y muchos quemados por los insurrectos, que habían pasado poco antes.

El día 19 de setiembre, acampamos en las costas del rio Negro, frente al paso de Carpintería, donde quedamos hasta

el día siguiente. La noche fue intensamente fría. Al amanecer del día 20, la caballada que se había largado a la derecha del paso, en un campo pobre, apareció casi toda muerta; se hablaba de 2.000 caballos: un verdadero desastre. Me acerqué al campo y pude contemplar un espectáculo deplorable; infinidad de caballos yacían en el suelo, la mayoría con las patas rígidas, algunos agonizando; tuve deseos de pegarles un tiro en la cabeza, para que dejaran de sufrir.

Ese mismo día pasamos al otro lado del río, cruzando el paso de Carpintería, esta vez fácil de vadear, acampando cerca de la otra orilla.

Se arrimó a mi carpa el Cnel. Basilisio Saravia con una jardinera, donde traía a un oficial de su División enfermo. Me lo recomendó mucho, diciéndome que era una persona pudiente y si lo curaba me regalaría una yunta de caballos: sonreí.

Lo examiné; era un caso de tifoidea con temperatura alta; su corazón y su estado general bueno. Conseguí una sábana y con cuatro compañeros lo hice llevar al río, en cuyas aguas lo tuve inmergido hasta el cuello, 15 minutos; la fiebre bajó y continuó bajando todos los días, hasta su curación. No recuerdo su nombre, ni recibí la prometida yunta de caballos.

Pasamos nuevamente los bañados, no tan inundados como la primera vez, pero, siempre fatigosos, dejando muchos caballos agotados o muertos; en consecuencia, el ejército quedó con una caballada muy reducida.

El 22 y 23 de setiembre, nos estacionamos en los bañados de Carpintería, departamento de Cerro Largo, en un terreno alto.

Se hablaba de un armisticio; los insurrectos mal de hombres, de armas, de caballadas, de ganado, ¡con e! ejército legal a sus espaldas, pronto para batirlos, completamente desmoralizados, decidieron iniciar un acercamiento, a fin de terminar con esa cruenta e inútil guerra y solicitar una suspensión de armas, para convenir las condiciones de un arreglo. Con ese objeto se comunicaron con el comandante de GG, NN. Joaquín Machado, que se encontraba destacado, con sus fuerzas, en Rivera y de quién

el actual jefe de los insurrectos era amigo. Dicho comandante, oficiando de intermediario, notificó ese pedido al Presidente de la República, quien, animado por un sentimiento de humanidad y patriotismo, se apresuró a proponer las bases concretas, para que el sometimiento de los revolucionarios, ya vencidos en el terreno de las armas, se realizara en condiciones decorosas, de modo que la futura reconciliación de los orientales pudiera ser una verdad patriótica, libre de enconos y susceptibilidades.

A tal efecto, el Presidente dirigió al señor Machado el siguiente telegrama:

"Las bases que aceptaría son estas:

1° Amnistía general;

2º Legalidad electoral - dependiendo los acuerdos de la deliberación de las comisiones directivas de los partidos;

3º Levantamiento de la interdicción;

4º Acatamiento a las autoridades legales por las fuerzas levantadas en armas contra ellas;

5º Entrega real y efectiva por esas fuerzas de todas sus armas y parque al ministro de la Guerra, que se trasladará al lugar del desarme con ese objeto. (La entrega podría hacerse también ante el coronel Galarza);

6º Si estas condiciones fueran aceptadas, las fuerzas en armas acamparán en el paraje en que se produzca la aceptación y lo comunicarán al jefe del e ejército del sud, el cual acampará a una legua de distancia, suspendiéndose desde ese momento las hostilidades;

7º Durante todo el tiempo anterior al desarme, las fuerzas alzadas en armas contra el Gobierno no deberán recibir incorporaciones, ni armas, ni municiones, ni caballadas, bastando el conocimiento de la aproximación de estos elementos de guerra, para que se declaren rotas las hostilidades;

8 Por ningún motivo podrán las fuerzas alzadas en armas contra el Gobierno mudar de campamento, ni ponerse en marcha sin el acuerdo del general en jefe del ejército del Gobierno. —-

Presidente de la República",

El señor Basilio Muñoz (hijo), jefe de los insurrectos,

ordenó a las divisiones en marcha, que se disponían a. tomar posiciones estratégicas, se detuvieran hasta nueva orden.

Los coroneles Saravia y Muñoz firmaron el armisticio. Las conferencias se realizaron en Acegoú.

El señor Manini y Ríos envió al Presidente de la República este telegrama:

"20 Setiembre 1904. — Sr. Presidente de la República; —En este momento tiene lugar una conferencia entre el jefe del ejército revolucionario, señor Basilio Muñoz (hijo) y el coronel Basilisio Saravia, asistiendo yo a esa conferencia en representación del coronel Galarza. Asistieron también a la misma el comandante Manuel Blison y el comandante Yanca del ejército revolucionario. ¡Creo un hecho! la celebración de la paz.

Manini y Ríos".

Entre el 20 y el 24, Manini y Ríos no descansó, en su afán de conseguir la paz. Se trasladaba, diariamente, de nuestro campamento al del adversario, pernoctando, casi todas las noches, en la casa de Pintos, en Aceguá, sobre la línea divisoria, cerca del sitio, en que se había estacionado el ejército insurrecto. Allí se entrevistaba con Basilio Muñoz y logró decidirlo, el 24; a concurrir con él al campamento del coronel Galarza. para consumar los preliminares de la paz. Así lo hicieron, sin previo aviso.

Recuerdo que nuestro campamento descansaba, entretenido en sus ocupaciones habituales, cuando, de pronto, surgió un suceso inesperado. Ante eí asombro de nuestros oficiales y soldados, un militar desconocido, ataviado con un pulcro uniforme de coronel de infantería, atravesaba, al paso lento de su cabalgadura, nuestro campo, hasta llegar a la carpa de Galarza: era Basilio Muñoz (hijo); Manini lo acompañaba. El coronel Galarza, aunque sorprendido, también, por la visita inesperada, hizo un recibimiento cordial al jefe revolucionario; se conocían, radicando ambos en Durazno. — El uniforme que lucía Muñoz, fue un obsequio de las damas nacionalistas de Meló, al estallar la revolución.

Dentro la carpa los dos jefes se abrazaron, y el señor Manini redactó el siguiente telegrama, que fue enviado por el coronel Galarza, al Presidente de la República :

A Exm. señor Presidente de la República. — He puesto de manifiesto al jefe revolucionario señor Basilio Muñoz (hijo) las bases ampliatorias formuladas por V. E. en su telegrama de fecha de ayer, y tengo la patriótica satisfacción de anunciar a V. E. que el señor Muñoz, en representación del ejército revolucionario, ha aceptado las bases trasmitidas por V. E., y que he convenido con él que desarmara sus fuerzas en las proximidades de Meló, si V. E. no dispone lo contrario, haciéndome entrega del parque, ametralladoras, artillería, armamentos y municiones.

"El señor Muñoz firma conmigo su conformidad y ambos tenemos el alto honor de saludar y felicitar a V. E. por este acto de concordia, que abre a la patria amplios y luminosos horizontes. — Campamento Lechiguana de Aceguá, Setiembre 24 de 1904. —

Pablo Galarza — Basilio Muñoz (hijo)".

Al atardecer, con el Tte, Campos y otros camaradas, hicimos una visita de cortesía al señor Muñoz, que nos recibió en su carpa, afablemente.

A la mañana siguiente se había marchado con su ejército: lo seguimos en dirección al Sur. El 26, acampamos en puntas del arroyo Pantanoso, departamento de Cerro Largo.

La caballada iba mermando cada día; muchos caballos se habían perdido en los bañados y muchos quedaban rezagados en el camino, durante las marchas, agotados por el cansancio y escasa alimentación. Gran parte de los soldados tuvo que hacer a pie las sucesivas marchas, cargando les recados y las maletas.

Se generalizó en el ejército el robo de caballos; no era para menos, a ninguno le gustaba marchar a pie. Per precaución hacía dormir el mío dentro de mi carpa; el pobre animal no se movía ni ensuciaba; así pude conservarlo hasta el final do la campaña.

Se dio orden de apresar a los rezagados del ejército contrario, que se encontraran; fue hecho prisionero el doctor Baldomero Cuenca y Lamas, que tuve asilado en mi carpa hasta encontrársele ubicación.

Del 27 al 30, nos estacionamos en bañados de Los Burros; del 1" al 2 de Octubre, en cañadas de Los Burros; el

3, en Buena Vista; el 4, en río Tacuarí; el 5, en Tres Horquetas del arroyo Conventos.

En esos días, se efectuaron en Meló una serie de fiestas de confraternidad por la paz, a las que concurrieron, ¡con la autorización de! CneL Galarza. hasta nuestros prisioneros, que lo eran los doctores Baldomero Cuenca y Lamas, Castro Caravia y el señor Ganzo Fernández, que nos ofreció una espléndida comida en el restaurante del Hotel Juareguiberry, la que fue terminada con una recepción y baile en el Club Unión, a la que concurrieron las principales familias melenses.

Recuerdo que, no teniendo traje presentable, recorrí la ciudad para comprar uno, sin resultado; no quería perder la fiesta y opté, por adquirir un poncho negro de verano, que me cubría casi todo el cuerpo. Expliqué la causa de mi nuevo traje de etiqueta; no solo me disculparon, sino que fui muy solicitado por las damas; era muy bailarín y todavía lo soy, a pesar de haber pasado los 80.

Asimismo, otros caracterizados vecinos, como el señor Vico Cónsul de España, nos agasajaron con magníficas comidas en su hogar, a las que asistí conjuntamente con los amigos Héctor Gómez, Pedro Manini y Ríos, Tenientes Alfredo Campos, Erramuspe Catalina, Nuñez Brian, y otros, que no recuerdo.

Es el caso de transcribir aquí, unos párrafos de la atenta carta, que me fue enviada por el colega y amigo, doctor Baldomero Cuenca y Lamas, con fecha 30 de agosto de 1951. Después de agradecerme y celebrar el libro que le envié, dice:

"Por otra parte el hecho de haber actuado en esa contienda, aunque en el otro bando, como Director Cirujano del Hospital de sangre revolucionario del Minuano en la frontera de Aceguá, lo hacen para mí, particularmente cautivante, pues las mismas penurias, los mismos actos de generosidad y altruismo y las mismas heroicidades protagonizadas por revolucionarios, me vienen a la memoria con sus relatos. Y por último, el haber Sido coronada aquella etapa guerrera con una paz, que no dejó resquemores, ni amarguras entre los combatientes y que pudo cimentar una vida futura fraterna y sin odiosidades, al punto que, como

Ud. lo hace notar en su libro, TODOS festejamos alborozados en Meló, esa paz ansiada y bienvenida, hace que no consideremos estériles aquellos sacrificios, que costaron tanta "sangre, sudor y lágrimas", ya que derivaron el reconocimiento de los derechos y libertades, que hoy gozamos y que hacen de nuestra Democracia un ejemplo, entre los pueblos libres de América Latina".

Y en efecto, puede proclamarse que esa sangrienta y prolongada guerra civil fue LA UNICA DE NUESTRA HISTORIA, QUE NO DEJO NI ODIOS, NI RENCORES Y QUE ASEGURO AL PAIS LA EPOCA. DE PAZ. DE QUE ESTA DISFRUTANDO, DESDE CASI MEDIO SIGLO.

El 6 de octubre, acampamos en los bañados de Medina; el 7, en el arroyo Fraile Muerto, paso de la Arena; el 3, en el arroyo del Quebracho, desde donde, realizando dos marchas heroicas, caminamos 16 leguas en dos días, no obstante estar los soldados casi todos a pie, acampando en las costas del río Olimar Grande; al día siguiente, nos acercamos al ejército insurrecto, estacionándonos en la barra del arroyo Grande, paso del Rubio Benigno, donde se efectuó el primer desarme.

Después de tres días de marcha, llegamos al río Olimar Chico, donde se hizo la segunda entrega de armas. Y, por último, efectuando tres marchas más, acampamos, finalmente, en las proximidades de Nico Pérez, después de más de nueve meses de una tenaz y sangrienta lucha. Se finalizó el desarme de los insurrectos y se produjo la desmovilización del Ejército del Sur.

Las últimas 140 leguas fueron caminadas con gran parte del ejército a pie, sin que el ánimo de los soldados victoriosos decayera un solo instante.

El día 20 de octubre, regresa a Montevideo, en Ferrocarril, el Batallón 2º de Cazadores; yo quedé hasta finalizar el mes, atendiendo al Cnel. Galarza, a su ayudante Barbadora, convaleciente y a otros pacientes atacados de gripe. Mientras tanto, en un peluquería me hice cortar la melena y arreglar la barba, haciéndome retratar, luego, con el último caballo, mi compañero de carpa, cansado y flaco.

F 13; lo traje a Montevideo con el recado, prendas que me correspondían. Conseguí para mi asistente, un soldado

de Guardias Nacionales, que me había servido fielmente, una carreta con su yunta de bueyes.

Llegué a Montevideo el 1º de noviembre, diez meses justo desde el día que salí y después de haber dado dos veces la vuelta de la República, recorriendo casi mil leguas a caballo, acompañando siempre, al heroico Ejército del Sur, en la más sangrienta y encarnizada guerra civil de nuestra historia.

F. 13 —

Fin de la primera parte

SEGUNDA PARTE

Capítulo XIV

Preámbulo — Comisionado a Europa

Descansé una temporada; luego empecé a rehacer la clientela perdida, en tan larga ausencia; otros médicos me habían sustituido en las sociedades mutualistas.

El Cnel. Pablo Galarza quiso promover mi candidatura para la diputación por Durazno; se lo agradecí y le rogué que no lo hiciera; no me gustaba la carrera política. Bajo su influjo suele extraviarse el criterio humano; se desarrollan ambiciones, rivalidades, envidias y recelos; se quebrantan las amistades más arraigadas, convirtiéndolas en rencor u odio; bajo cuya sombra muchos se enriquecen y se cometen las más grandes injusticias. Por suerte hay excepciones.

Entiendo la amistad como un apostolado; no sólo soy amigo de mis amigos en grado extremo, sino que soy amigo de todo el mundo. No rehusó a nadie el concurso servicial que se me pide, pudiendo hacerlo. Muchas veces me han retribuido los servicios con ingratitudes, los he disculpado. Respeto todas las opiniones y todos los sentimientos, por más equivocados que me parezcan; a los que me han hecho daño les perdono. Me he consagrado al cumplimiento del deber, sin cálculos pequeños, ni ambiciones malsanas. Amo la verdad y deseo sea puesta en evidencia.

Si he seguido a don José Batlle y Ordoñez y me sacrifiqué por él, fue porqué era un hombre excepcional. Mi nombre figura entre los primeros, en la lista de los Miembros del Comité de la Juventud Colorada, que suscribió el manifiesto proclamando su candidatura a la segunda presidencia de la República.

Desaparecido ese gran patriota me alejé de la política, definitivamente. ¡Los amigos de mi rueda formaron un nuevo partido, e! Riverismo; no me adherí a ellos.

Tuve siempre la obsesión y aún la tengo en mi vejez, de hacer algo por el Ejército, al que me ligan recuerdos imborrables y al que me encuentro unido para siempre, por ser médico honorario de Sanidad Militar, nombramiento fechado en setiembre 10 de 1912 y otorgado por el Superior Gobierno, espontáneamente, para no separarme del Ejército

Nacional, por el que me había sacrificado, como ningún médico lo había hecho antes, como ningún médico lo haría jamás, en tan pésimas condiciones. Cuando el Poder Ejecutivo, con fecha 20 de mayo de 1912, me nombró médico de Sanidad Marítima, para mejorarme el sueldo (en aquella época no había mejores cargos en Sanidad Militar, seguí prestando mis servicios en el 6º de Infantería seis meses más, con el fin de que se ahorraran los 90 pesos mensuales, asignados a ese puesto, para contribuir con ese dinero a la compra de un pequeño hospital de sangre (ambulancia) de la Cruz Roja Italiana, destinado a nuestro ejército; así sucedió, en efecto. Fue durante ese tiempo que recibí el nombramiento de médico honorario (setiembre Í0 de 1912); además, desempeñaba el cargo de Profesor de Higiene en la Escuela Militar y Naval. En consecuencia, contra lo que afirma el que lo ignora, nunca me encontré separado del Ejército y hace 49 años que estoy unido a él y lo estaré mientras viva.

También, tengo en mi poder una cana de fecha junio 24 de 1924 firmada por el Dr. Eduardo Blanco Acevedo, en aquel entonces. Médico Principal y Director del Hospital Militar Central, que dice así "Señor Doctor Alberto Eirale. Presente. Deseando esta Dirección verse honrada con una fotografía de Vd., cúmpleme solicitarla para que ella ocupe un lugar de honor dentro del Establecimiento a mi cargo".

Esta afición por las cosas militares, quizás sea consecuencia de atavismo. Mi bisabuelo paterno, José Antonio Eirale, de origen vasco español, nacido en Millésimo el año 1759, sirvió en el ejército de Napoleón I y. después de las históricas batallas de Millésimo, Cairo Montenotte y Dego, quedó establecido en Millésimo.

Su hijo, mi abuelo paterno, Sebastián Carlos EIRALE, nacido en 1788, se alistó muy joven en el ejército de Napoleón, lo siguió a España, donde fue hecho prisionero, y solo pudo volver a su pueblo gracias a un indulto concedido por la Reina Regente, María Cristina de Borbón.

Mi abuelo materno, también fue militar; tengo en casa, encuadrado, el Decreto Real, fechado el 19 de diciembre de 1858, en que se le nombra Ayudante Mayor del 2° Batallón "Mandamental" de Millésimo, con el grado de Lugarteniente,

firmado por Víctor Manuel II, Rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalén y refrendado por su Ministro, el gran estadista italiano Camilo Cavour; conservo, algo deteriorado, el kepis que el usaba. Un hecho casual; 55 años después me nombraron médico del 2° Batallón de Cazadores. Mi padre decía que su hermano mayor, Pedro Eirale, sirvió en la Guerra Grande.

Hablando de Millésimo, pueblo de mis padres, recuerdo un episodio, del cual fui protagonista, en que me cupo la suerte de honrar a mi Patria. Tuvo lugar en ese pueblo, siendo ya médico. Debo aclarar que no he revalidado el título de Doctor en Medicina y Cirujía para ejercer aquí, sino que obtuve otro título en nuestra Universidad, el 16 de setiembre de 1902; en consecuencia, poseo dos títulos; caso único en el Uruguay.

El episodio es el siguiente: Encontrándome en Millésimo durante una grande inundación, promovida por la enorme creciente del río Bórmida, que arrastraba en su furiosa corriente árboles, casas y animales, en un impulso incontrastable, me aventuré, con riesgo de la vida, en las furiosas aguas del río, consiguiendo, después de varias tentativas y por la rotura oportuna de un puente, salvar a dos mujeres y tres niños, que se encontraban en una casa amenazada por las aguas.

Un grupo de personas me acompañó hasta mi casa; alguien me abrigó con un poncho patria, que llamó mi atención. ¿Sería un presagio? — Cuatro años más tarde me abrigaba con un poncho igual en la campaña de 1904.

Por esa acción fui condecorado, por el Rey Humberto I, con la medalla al valor civil. Esta condecoración, de muy alto mérito, se otorga en solemnidad pública, en presencia de las altas autoridades civiles y militares de la localidad, por Decreto Real del 30 de abril de 1851, y. tal vez, en este caso, sea la única que, conquistada lejos de la patria, pueda ostentar en su pecho un ciudadano americano. Tengo en mi poder la carta del Alcalde de la Comuna de Millésimo, donde me fija el día, sitio y hora de la ceremonia.

Un día me encontré, en una reunión, con el Profesor don Claudio William, siendo Presidente de la República, amigo mío y el que había presidido, años antes, la mesa en el

examen de reválida de mi título de bachiller, y, mientras conversábamos sobre las deficiencias del servicio sanitario del. ejército y de sus desastrosas consecuencias en la contienda civil de 1904, se le ocurrió la idea de enviarme a Europa, para el estudio de ese servicio.

Poco después, recibí la siguiente notificación: Ministerio de Guerra y Marina. Montevideo Julio 23 de 1908. Siendo conveniente para la mejor organización de los servicios auxiliares del Ejército, introducir en el ramo de Sanidad Militar, todas aquellas reformas y ampliaciones que sean útiles, de acuerdo con los adelantos científicos, consultando al efecto los sistemas más modernos implantados en Europa y considerando que, el medio más adecuado para adquirir el conocimiento perfecto de ellos, es el envío de un facultativo militar que informe al Gobierno, a su respecto: El Presidente de la República, acuerda y Decreta: — Art. I9 Comisionase por el término de seis meses al Sr, médico del Batallón de Infantería Nº6, Dr. Alberto Eirale, para el desempeño de la referida comisión, asignándole la suma de novecientos pesos para todos los gastos de pasajes y extraordinarios que se le originen en el desempeño y debiendo disfrutar a la vez del sueldo de médico del mencionado Cuerpo, durante el tiempo de licencia que se le concede. Art. 29 — Comuníquese, publiques, etc." Firmado — William - Eduardo Vázquez"

A tal efecto, se me otorgó el pasaporte oficial siguiente: El Presidente de la República Oriental del Uruguay —- Por cuanto el Medico del Ejército Nacional, Doctor Alberto Eirale. pasa a Europa, comisionado por el Gobierno de la República O. del Uruguay" Por tanto: Ordena a las Autoridades de su dependencia y ruega a las que no lo sean, le presten el auxilio de que hubiere menester en su tránsito. Dado y sellado con el sello de Armas de la República, en Montevideo a tres días del mes de Agosto del año de mil novecientos ocho. Por orden de su Excelencia "Fdo". Antonio Bachini"

Tuve la suerte de efectuar el viaje en la grata compañía de nuestro Ministro Plenipotenciario, don Eduardo Acevedo Díaz y su familia.

En Turín recibí una atenta carta firmada por el señor Don Buenaventura Caviglia, con fecha 19 de agosto de 1908, en la que me participa que el Comité Permanente de la

Colonia Italiana del Uruguay, por invitación del Instituto Colonial de Roma, me había nombrado "Delegato al Congresso degli Italiani all´Estero" y me enviaba la credencial correspondiente a tal cargo honorífico.

El pasaporte oficial me presentaba a las autoridades extranjeras como médico del Ejército Nacional; en consecuencia, para estar en carácter, me hice confeccionar el uniforme de médico militar, de Mayor, como me correspondía; concurrí con el a maniobras militares, a fiestas palaciegas, y efectué algunas cabalgatas con atentos oficiales italianos.

Uniformado cumplí gran parte de mi misión, concurriendo a los sitios indicados, donde las autoridades, con anticipación, daban la orden de atenderme. Conservo todos los documentos oficiales, expedidos por los Ministros de Guerra de Italia, de la República Francesa y por el Kaiser, que me autorizaban para visitar, con comodidad y tiempo, todas las reparticiones de mi interés, tales como cuarteles, hospitales militares, enfermerías, depósitos centrales de material sanitario; la importante Escuela de Aplicación de Sanidad Militar de Florencia, donde los médicos, que deseaban seguir la carrera militar, se preparaban durante seis meses, para rendir los exámenes requeridos; la Farmacia Central Militar de Turín, donde aprendí la confección de los paquetes individuales de curación que propuse, los mejores que había visto, y donde presencié una maniobra expresamente efectuada, de un pequeño hospital de sangre, cargado sobre cuadrúpedos.

También me fue permitido viajar en un convoy de auxilio, en función, que se dirigía hacia las localidades castigadas por el terrible terremoto de Messina, que costó la vida de casi 100,000 personas, (F.4) y visitar los hospitales militares de campaña de la Cruz Roja, que funcionaban en los alrededores de la destruida ciudad, (F. 15), donde me fue permitido sacar fotografías estereoscópicas que conservo.

Durante ese tiempo, especialmente en Italia, fui objeto de muchas deferencias y demostraciones, a la última de las cuales se refiere "El Día" de fecha 26 de enero de 1909.

F. 14 — Un aspecto del terrible terremoto.

F. 15— Hospitales de campaña de la Cruz Roja Italiana funcionando, en los alrededores de la destruida ciudad.

Al volver a mi patria presenté un extenso Informe - proyecto, con ilustraciones, del que hice imprimir numerosos ejemplares, distribuyéndolos entre jefes y oficiales de nuestro ejército. En la Biblioteca Nacional existe uno y aún conservo dos en mi archivo.

La Superioridad nombró una Comisión de seis miembros presidida por el Cnel. Segundo Bazzano, Jefe del Estado Mayor, con el encargo de estudiar mi trabajo y dictaminar al respecto. Esta Comisión presentó dos informes por separado; el contrario, breve, con fundamentos irrisorios, fue redactado por los únicos dos miembros, que no conocían las necesidades del Ejercito, no habiendo actuado en nuestra gran contienda; lo firmaron el doctor Eduardo E. Martínez, Jefe de Sanidad Militar y el doctor Esteban J. Toscano, médico del Hospital Militar. El Cnel. Bazzano, que, como presidente de la Comisión, debía haber sido imparcial, firmó con la minoría.

El favorable, muy extenso y bien fundamentado, que podría leerse en la actualidad como prueba de la cultura del oficial uruguayo y de su ilustrada compenetración en cuestiones de tanta importancia, lo firmaron el doctor José L. Deambrosis, profesor de Higiene: de la Academia General Militar, el Cnel. Julio Dufrechou y el Comandante Jaime Bravo: los tres habían actuado en nuestra guerra civil, el primero en el Ejército del Norte. Entre otras cosas en su informe dicen: "Para terminar, pues, con la faz jurídica de nuestro estudio, diremos, en conclusión, que el Doctor Eirale no hace otra cosa que suministrarnos los materiales ilustrativos de una sólida y avanzada organización de Sanidad Militar que facilitarán la tarea de formular la ley sabia al respecto v sus reglamentos correspondientes, siempre que sean aceptados por el Gobierno los principios fundamentes de organización que. por nuestra parte prestigiamos v que se deducen del texto de los estudios, practicados inteligentemente por el doctor Eirale". Estos informes están agregados a mí Informe - Proyecto.

Él prestigioso diario "El Día", deseoso de cooperar en esta, propaganda humanitaria,.,, publico el editorial de fecha 2 de diciembre de 1909, redactado por el señor Julio María Sosa v titulado "Sanidad Militar "Entre los servicios militares

que en nuestro país menos se sistematizan y progresan, uno ellos es, el relativo a la Sanidad del ejército:' Y precisamente este tópico importantísimo ha sido motivo de un extenso y concienzudo estudio publicado en folleto por el ilustrado y laborioso ciudadano doctor Alberto Eirale, tan enterado teórica como prácticamente de las necesidades de nuestro embrionario servicio de sanidad militar, en primer término por el hecho de haber dirigido tal servicio, .durante la revolución de 1904, en el Ejército del Sud y además por haberlas constatado a! estudiar en los medios europeos los adelantos y perfeccionamientos realizados en la organización de sanidad".

"Y no hay duda que merece la atención de nuestro gobierno la labor patriótica y fecunda del doctor Eirale"
"Entre nosotros, se ha visto lo que ha pasado muchas veces. Ha habido heridos vendados con sus pañuelos o sus ponchos, que han llegado a Montevideo para ser curados, después de largos y penosos viajes en carretas, carros, etc.". — Estas últimas palabras son exageradas, en lo que se relacionan con los heridos del Ejército del Sur, que, atendidos lo mejor posible, llegaron a Montevideo en buenas condiciones, como puede leerse en un reportaje hecho a! doctor Navarro, publicado en la parte de mi libro.

El Jefe de Sanidad, doctor Eduardo Martínez creyó, equivocadamente, que ese artículo me pertenecía; en consecuencia, publicó en "El Día" una carta, con fecha 3 de diciembre, en la que, algo incomodado, me enrostraba cosas que no había dicho.

Tomé el asunto por mi cuenta, contestando con otra carta, la cual fue, a su vez, replicada manifestando no querer sostener una polémica conmigo, insertando, entre otras observaciones insidiosas el precepto evangélico "Enseñar al que no sabe".

En otra carta mía acepté la terminación de ese debate, haciendo constar con satisfacción su retirada y haciendo mía la dotrina del Nazareno "¡No te ensañes con el vencido!" agregando las escultóricas frases de Zola: "¡La verdad está en marcha, nadie la detendrá!" — "El Día" publicó estas cartas a principios do diciembre de 1909.

A raíz de esta controversia recibí varias felicitaciones de

prestigiosos militares, entre las cuales conservo la muy atenta del actual General de División y notable historiador, don José Luciano Martínez, de fecha diciembre 11 de 1909, que, después de agradecerme el envío de mi folleto, dice: "De paso quiero felicitarlo efusivamente por el triunfo que acaba de obtener en la polémica con el Cirujano Mayor del Ejército. El éxito de su pluma en esta contienda me recuerda el éxito de Máximo Pérez con su lanza en un célebre encuentro con los blancos, de San José". "Adelante. . . que los que formaron en el Ejército del Sur, en los entreveros sangrientos de 1904 no tienen orden de aflojar".

CAPÍTULO XV
Sanidad Militar Móvil

Impulsado por mi afección al Ejército, al que me honro de pertenecer, y por el triste recuerdo de los horripilantes cuadros presenciados, me veo obligado a decir algo sobre el importante tema de la sanidad militar de primera línea, que he denominado móvil.

La idea que expuse en mi Informe - Proyecto, de dividir nuestra Sanidad Militar en dos secciones, la fija y la móvil, para simplificar su reorganización, aunque no tenía antecedentes en ningún ejército, tiene su fundamento, existe de hecho.

La designación Móvil, no sólo expresa la denominación de esta actividad, sino que llena intrínsecamente todo un concepto.

Efectivamente, en materia de sanidad militar existen dos unidades fundamentales: una de carácter fijo, la del hospital, cuya misión no es otra que asistir enfermos y heridos estacionados, y otra de carácter móvil, ligada estrictamente al ejército, a la que se le asigna la tarea de prestar los primeros cuidados a los enfermos y heridos en los

cuarteles, en las marchas y en los campos de batalla.

En mi Informe - Proyecto están expuestas las indicaciones o ideas generales sobre la organización de esta rama tan- importante de la Sanidad Militar, y digo, en el Capítulo VI, encabezado "Como tendría que organizarse nuestra Sanidad Militar", a página 47, lo siguiente:

"Sería, sin duda alguna, obra difícil y costosa el querer adoptar un sistema completo de organización militar sanitaria europeo, por más perfecto y sencillo que él fuera, lo mismo que pretender reformar radicalmente la que hoy existe en nuestro país. Lo más simple y lo más conveniente, por ahora, dados nuestro ambiente y otras circunstancias que no son del caso señalar, sería, pues, dividir nuestra Sanidad militar en dos grandes secciones:

"Una Sanidad estable o fija del ejército (de la cual podrían formar parte médicos no militares y, por consiguiente, sin obligaciones militares), a cargo del Hospital Militar y de un jefe de Sanidad, a quien correspondería ejercer la vigilancia sobre el servicio técnico de los establecimientos militares de Sanidad de la capital, en tiempo de paz; la organización y dirección de los hospitales auxiliares en tiempo de guerra; la intervención en las nuevas construcciones militares: el estudio, a pedido del gobierno o por propia iniciativa, de las cuestiones particulares y generales de la higiene, de la medicina legal, y la revisión y recopilación dé los reglamentos correspondientes a la sección de Sanidad militar bajo sus órdenes. A esta sección correspondería el cuidado de todos los militares enfermos o heridos residentes en la capital o procedentes de la campaña.

"Otra Sanidad móvil o militar del ejército, formada exclusivamente por médicos que desearan seguir la carrera militar, con sus obligaciones militares, y que prestarían servicio permanente en las unidades del ejército, regida también por un reglamento especial, independiente de la otra, pero en continua relación con ella para fines científicos y de mejoramiento, con su jefe propio, que tendría a su cargo los numerosos y complicados, cometidos. que le señala el reglamento, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, pertinentes al servicio sanitario del ejército, y que

estaría, animismo, a disposición del Gobierno cuando se necesitaran su$ servicios para la defensa de la higiene pública.

"La primera sección de, la Sanidad militar, la Sección fija, existe ya entre nosotros, muy bien organizada y completa. El personal que la dirige y la compone, es también muy práctico y competente. Así que nada habría que innovar al respecto, dejando como jefe de esta sección al actual jefe de la Sanidad.

"La segunda sección de la Sanidad militar, la Sección móvil o militar del ejército, es la que se debe formar y organizar aquí, y para esto se necesita crear por ley la carrera de médico militar,

"El médico que deseara abrazar esta nueva carrera, entraría a formar parte del cuerpo militar con el grado de teniente, en razón de que, por sus estudios, está obligado a empezar la carrera unos diez años más tarde que los demás militares. Estos tenientes médicos serían destinados como tales a los regimientos de caballería, (1) y como médicos ayudantes a los batallones de infantería, ocupando el puesto que desempeñan actualmente los practicantes. (2) .

"No se pretende con esto alejar ex abrupto del ejercito a los practicantes, ni tampoco habría conveniencia en ello; pero a medida que se produjera una vacante, se proveería el cargo con un médico. Así, poco a poco, sin ninguna violencia, casi sin advertirlo, tendríamos con el tiempo un servicio sanitario regimental compuesto enteramente de médicos, con lo que se beneficiaría gran-demente al ejército.

"Es verdad que el sueldo que percibirían estos tenientes médicos sería algo exiguo al principio, en relación á sus estudios y a su saber; pero abrazando esta carrera tienen asegurado su porvenir y él de su familia, porque hay que contar con el aliciente del aumento de sueldo, que obtendrían a medida que fueran ascendiendo en grado.

(1) Los regimiento; de caballería. - en aquella época no-tenían médicos, sino oficiales o clases con alguna práctica en medicina y curaciones.

(2) Los batallones de infantería tenían asignado un médico, pero como practicantes actuaba un personal, sin, estudios médicos, similor al. que tenían los regimientos de campaña.

"En cuanto a los capitanes, sargentos mayores, teniente coronel y coronel médicos que se necesitan, no habría ninguna dificultad en obtenerlos, siempre que estos grados se distribuyeran de acuerdo con los méritos que cada uno de ellos tuviese. Yo creo que pocos serán los médicos, de los que hoy prestan servicios en el ejército, que no deseen cambiar su posición, militarmente incierta e indefinida, por otra más segura y de porvenir, empezando con un aumento en los honorarios que actualmente perciben.

"Se necesitaría crear, además: Una Inspección General de Sanidad, con sedé en la capital y constituida por:

a) Una oficina del Inspector en jefe;

b) Dos oficinas especiales, que se distinguirían con un número progresivo, y que tendrían los cometidos siguientes:

1º Oficina. — Higiene, estadística, servicio técnico, instrucción técnica, medicina legal, material sanitario.

2º Oficina. — Química y farmacia.

c) Una oficina de Secretaría.

Tres Direcciones de Sanidad, correspondientes a las tres zonas militares en que está dividido el ejército, con sede en cada una de las Comandancias respectivas.

La oficina del Inspector en jefe sería dirigida por el mismo Inspector en jefe de la Sanidad, coronel médico, a cuyo cargo estaría también, por ahora, la Dirección de Sanidad de la capital.

La 1ª oficina (higiene, estadística, servicio técnico, etc.) estaría, por ahora, a cargo del secretario de la Inspección de Sanidad.

La 2ª oficina (química y farmacia) sería regida por un químico-farmacéutico, asimilado á capitán.

La oficina de Secretaría estaría a cargo de un teniente coronel médico. Secretario de la Inspección de Sanidad, y le serían especialmente confiados: la redacción de la correspondencia del Inspector en jefe, el protocolo general de la Inspección y el particular de las prácticas especiales de la medicina legal; el archivo, el libro copiador, los muebles y la biblioteca de la Inspección; la compilación de los procesos verbales de las reuniones, etc. Le estaría encomendada, asimismo, por ahora, la 1ª oficina (higiene, estadística,

servicio técnico etc.).

"Las Direcciones de Sanidad serían confiadas a los mayores médicos Directores de Sanidad, quienes desempeñarían sus especiales cometidos en oficina propia, con sede en la Comandancia militar de la zona que les fuese designada. (En la capital, la Dirección de Sanidad tendría su sede en la misma oficina del Inspector en jefe, a cuyo cargo estaría, por ahora, como he dicho anteriormente). El Director de Sanidad, personalmente y por sus funciones, así como por lo que respecta a la disciplina y al funcionamiento del servicio sanitario a su cargo, dependería directamente del comandante de la zona militar que le correspondiese. Sólo por asuntos puramente científicos y técnicos, podría comunicarse directamente con la Inspección de Sanidad y con los oficiales médicos del servicio sanitario de los cuerpos.

"El servicio sanitario de los batallones de infantería y del regimiento de artillería, sería dirigido por los capitanes médicos, y el de los regimientos de caballería por los tenientes médicos que les fuesen adscriptos; el parque sanitario estaría a cargo de un teniente 1º de línea. Para completar el personal, se necesitaría, además, un químico-farmacéutico.

En resumen, la nueva sección de Sanidad Militar se compondría de:

1 Coronel médico, Inspector en jefe de la Sanidad móvil.
1 Teniente coronel médico, Secretario de la Inspección de Sanidad.
3 Sargentos mayares médicos, Directores de Sanidad de las zonas.
1 Capitán asimilado, químico-farmacéutico.
8 Capitanes médicos, destinados para dirigir el servicio sanitario de los batallones de infantería y del regimiento de artillería.
21 Tenientes médicos, distribuidos en la siguiente forma: 8, como médicos ayudantes, en los batallones de infantería y en el regimiento de artillería; 1, como médico, en la compañía de ametralladoras; 10, como médicos* en los regimientos de caballería y en el escuadrón escolta; 1, como médico en el cañonero "18 de Julio", y 1, como médico, en el crucero "Montevideo".

"Respecto a los camilleros - enfermeros, debo observar que en ninguna de las principales naciones europeas, donde todo se hace a base de economías bien entendidas, existe un cuartel especialmente destinado a este personal; así es que nuestra; compañía de enfermaros - camilleros, tal como hoy está constituida, resulta una institución de lujo, completamente inútil para el ejército, tanto más si se adopta la nueva organización de la Sanidad, y que cuesta al Estado la suma de 11,802.96 S (once mil ochocientos dos pesos con noventa y seis centésimos, sin el descuento), sin incluir los gastos de oficina y eventuales.

"Los enfermeros y camilleros se formarían, como en los principales ejércitos, del siguiente modo: se elegirían en los cuerpos (dos por compañía) los soldados que reuniesen las condiciones necesarias, inscribiéndoseles como soldados enfermeros o camilleros. El médico del cuerpo se encargaría de la instrucción teórico-práctica en el cuartel, y cada tanto tiempo, y por turno, serían enviados al Hospital Militar, donde seguirían un curso de perfeccionamiento. Lo mismo se haría con los ayudantes de Sanidad, que bien podrían ser los cabos o sargentos que prestan servicio de enfermeros en los cuerpos.

"Con este económico sistema se lograría formar una tropa, tropa de la compañía de Sanidad (enfermeros, camilleros, ayudantes de Sanidad), que podría prestar servicio, en tiempo de paz, simultáneamente en los cuerpos y en el Hospital Militar; y en tiempo de guerra, en los ejércitos en campaña. Para estas unidades, así como todo lo que concierne al personal sanitario de un ejército, tengo datos suficientes que permitirían formular los reglamentos respectivos".

---

1 Esta distribución, copia fiel de la que "hoy existe, podría hacerse, en otra forma que fuera más conveniente; siempre,' paulatinamente, como expongo al final de Ja página 48 de mi Informe e indico más arriba.

En la reorganización de la Sanidad Militar, no se ha tenido en cuenta las indicaciones apuntadas en mi "Informe - Proyecto", fruto de los estudios efectuados en Europa y de la experiencia adquirida en nuestros campos de batalla. No sé por cuales motivos, para la organización de este nuevo servicio, no se ha creado el nuevo cargo de Inspector General en Jefe de la Sanidad Móvil, como, en resumen, propongo en la última parte de la página 50 de mi Informe, que acabo de transcribir, y no se dejó, por separado, el cargo de Director del Hospital Militar Central, cuyo servicio estaba bien organizado y completo; dependientes ambos, directamente, del Ministerio de Defensa Nacional.

Se ha creado, en vez, otro cargo, el de Director General del Servicio de Sanidad del Ejército. — ¿Cómo podía un hombre sólo, por más inteligente y laborioso, dominar, simultáneamente, dos secciones sanitarias, tan diferenciadas en sus complejas y múltiples actividades?

Consecuencia de esto fueron los millones de pesos empleados en gastos, muchas veces no justificados,

¡Cuánto dinero cuesta al Estado ese servicio auxiliar, en relación a la pequeñez de nuestro Ejército!

Por lo que he oído, visto y leído, esta rama de la Sanidad se ha convertido en una gran oficina burocrática, en la designación de cuyos cargos han intervenido las influencias políticas; hasta se confieren, por pocos años de servicios, altos grados militares, que muchos de los militares de escuela no consiguen, en su larga carrera de años, esclavos de la disciplina.

Se ha cometido el error incomprensible de designar Directores Generales, para ese importante y difícil cargo, cuya complejidad es obvia, a personas excelentes como médicos, pero, completamente ajenas a las necesidades militares; hasta se ha nombrado a un profesor de ginecología, célebre especialista en enfermedades de mujeres. Cosas de mi tierra.

Resultado de estos desatinos es el estado en que se encuentra hoy, ese servicio auxiliar, tan imprescindible para todo ejército.

Las deplorables condiciones en que se encontraba y se encuentra, (al respecto no se ha adelantado nada), el

servicio sanitario de primera línea se deduce, sin lugar a dudas, de la lectura de un informe del doctor Venancio F, Pérez Pallas, ex - -médico de Sanidad Militar, que se refiere a una maniobra efectuada en los campos de "Cerrillos" y que puede leerse en el interesante y bien documentado libro, del que es autor, titulado "El libro de Bernardo García".

En la página 620 está escrito: "CAMPO MILITAR N? 1 "CERRILLOS". Diciembre 21 de 1925. Señor Director General del Servicio de Sanidad del Ejército y la Armada. Montevideo. "Cróeme en el deber de informar a Ud. las incidencias desagradables que hemos tenido durante la marcha al Campo Militar N9 1 "Cerrillos". Baste decir, que la Sanidad Militar ha hecho un papel de lo más desairado ante el Ejército y civiles y que si sus servicios hubieran sido solicitados, en ninguna forma hubiesen podido ser atendidos como así ocurrió en el caso de un herido, que pudo tener serias consecuencias".

"En las repetidas marchas a "Cerrillos" que he efectuado, he podido apreciar Y HE INSISTIDO SOBRE LA DEFICIENCIA DE LOS MEDIOS DE LOCOMOCION QUE HA DADO SIEMPRE MOTIVO A DIFÍCULTAR LA MARCHA Y A QUE LA SANIDAD NO PUDIERA LLENAR LOS FINES A QUE VA DESTINADA. No es en el campo Militar donde los servicios de Sanidad son más necesarios, pues rara vez se producen en él accidentes graves, sino que es durante las marchas donde se presentan todas las dificultades. Esto me lo ha demostrado la experiencia adquirida en las distintas maniobras militares a que he concurrido. Y más adelante: -----"Penosamente pudimos llegar así, ---arrancando con dificultad en todos los altos de la marcha-—, hasta el paraje llamado "las Brujas", donde acampamos. A las 15 y 30 horas se reinició la marcha estando ordenado que la ambulancia marcharía a retaguardia y, con gran asombro de todos los curiosos del camino, la ambulancia pudo partir por fin a las 18 horas menos 15 minutos, cuando ya estábamos resignados el conductor —-que había hecho lo increíble y escapado a una insolación—, y el que suscribe, a pasarse tranquilamente la noche en mitad del camino, aislados por completo, y cuando ya estaban las tropas en el Campo Militar".

"Describir todas las incidencias de esa marcha quizá sería demasiado largo y por demás pintoresco, pero bastará saber que el reiniciar la marcha lo conseguimos gracias a dos caballos que nos prestaron ayuda para arrancar y salvar un repecho; que, más adelante, un solícito vecino ató su carro con dos caballos a la ambulancia; que, en una de esas los animales se espantaron y se estrellaron contra un árbol, salvando nosotros milagrosamente y felicitándonos de no conducir, en ese momento, ningún enfermo porque las camillas escaparon de su sitio"

"En lo más álgido de esta escena, llega al galope un Oficial del Cuerpo fie Ingenieros a solicitar los servicios sanitarios para un sargento que acababa de ser herido seriamente por un cabo. Felizmente, tuve conocimiento que en esos momentos acampaba en "Las Brujas" el Batallón de Infantería Nº 8 y dispuse que el doctor Solís Otero Roca atendiera al herido y lo condujera en un camión hasta "Cerrillos". "Por fin, después de 2 horas y 1|2 de lucha infructuosa, conseguimos que la ambulancia Militar arrancara y continuara su marcha tirada por una yunta de bueyes"

También, de esta lectura se desprende que el médico de Sanidad Militar, en las maniobras sigue desempeñándose como un simple médico de batallón, sin participar en ellas. Para asegurar el buen, funcionamiento del servicio sanitario en el campo de batalla, es menester, ante todo, que el oficial médico sepa cómo combaten las tropas en nuestro tiempo y en nuestro país y, luego, ¡que estudie sobre e! terreno la aplicación práctica de todo cuanto se relaciona con el establecimiento y el modo de funcionar de las formaciones sanitarias en campaña, tomando parte, al efecto, en las maniobras táctico - logísticas que se realicen.

Esta táctica del servicio sanitario, como con tanta propiedad se le denomina, es objeto de las más asiduas enseñanzas prácticas en los principales ejércitos.

Sería demasiado largo copiar todo ese ilustrativo informe, donde se describe en forma pintoresca, las peripecias e incidencias cómicas de una marcha de poquísimos kilómetros. En esa maniobra tomó parte el hoy General de División, Domingo Mendívil, que actuó en toda la

campaña de 1904, en la Sección de Artillería.

Aconsejo al lector, que quiera conocer algo de esta historia, siga la lectura en ese interesante libro, donde se ponen de manifiesto, documentados, los abusos e injusticias cometidas. en la Dirección de Sanidad Militar y en que se exponen las verdades con palabras contundentes, entre las que se encuentran subrayadas las siguientes: "LOS MAYORES CULPABLES, serán siempre aquellos a quienes el Dr. Pedro Díaz, en su discurso del mitin de Julio denominara: Parásitos de la democracia que aprovechan para su vida de egoísmo, las libertades que otros conquistaron con su esfuerzo y con su sangre"

Las medidas extraordinarias y violentas, que toma uno de los poderes del Estado, usurpando las atribuciones del otro, son causa de las mayores injusticias, que se prolongan, luego, cuando la situación se normaliza. Es un hecho algo frecuente en las Repúblicas Latinoamericanas, Los que no tienen escrúpulos aprovechan de estas circunstancias, magnificando hechos, moviendo influencias políticas, para conseguir elevados cargos, sin que se respete la antigüedad de meritorios facultativos. No sucedería esto, en nuestro país, si se creara, por ley, la carrera de Médico militar, con el escalafón correspondiente, como lo requiere un servicio auxiliar tan importante para todo el ejército.

Por lo tanto, es necesaria la reforma de la Sanidad Militar Móvil, no solo para evitar los males apuntados, sino porque se impone la organización y el funcionamiento de las formaciones sanitarias, a las cuales incumbe la obligación, de prestar los primeros cuidados a los heridos y efectuar su alejamiento del campo de batalla, no sólo para hacerlas más adecuadas a las necesidades de las guerras modernas, ya por deber humanitario, como por acto eminentemente patriótico; porqué del funcionamiento de tales instituciones deriva un coeficiente muy importante, en razón directa del mayor o menor número de bajas de todo género, los ejércitos beligerantes, para el resultado favorable o contrario de la guerra.

Me alienta la esperanza de que un Gobierno bueno y humanitario, consciente de la responsabilidad que le incumbe de velar por el Ejercito y evitar, con previsión, la

triste suerte del soldado herido, cuando se le utiliza en defensa de las instituciones o de la Patria, se preocupe de este importante problema. Tarea difícil, se comprende, por los intereses creados, pero, no imposible, empleando buena voluntad, constancia y fortaleza, empezando por impedir la intromisión de los politiqueros, eliminar las condiciones, ya arraigadas, de las influencias personales, inmotivadas, y sustituirlas por las imparciales de la ley.

Por otra parte, un Cuerpo de Sanidad Militar no se improvisa, como no se improvisan los ejércitos y las escuadras. Todo organismo de funciones complejas y delicadas, como son las de Sanidad Militar, de primera línea, reclama diferenciación de servicios, especialización en cada uno de ellos, suficiencia, educación técnica y práctica del personal adscripto, y por último, material apropiado en cantidad y calidad; y esto no se consigue sino mediante una preparación lenta, permanente y progresiva, cuya acción debe desenvolverse primero, en tiempos de paz, pues, es durante la paz que los pueblos se educan en las exigencias de la guerra. La guerra, luego, es el campo experimental, en que se pone de relieve lo bueno y lo malo de las innovaciones preparadas y maduradas durante la paz.

Es, por consiguiente, obra de verdadero interés público, más aún, de previsión, de humanidad y de patriotismo, en la hora de grandes actividades científicas y administrativas, que nos depara el Gobierno actual, abordar, resueltamente, la reforma de la Sanidad Militar Móvil de acuerdo con el grado de evolución de nuestro ejército y sobre la base de la experiencia de las naciones más adelantadas.

Todas las medidas que se adopten, para impedir que los soldados pierdan la vida, más que por efecto de las armas, por el abandono en el campo de batalla, sin los recursos necesarios, redundarán en honor y beneficio del mismo Gobierno.

CAPÍTULO XVI
Ambulancia - Hospital

Para completar la organización de la Sanidad Móvil se necesitan formaciones sanitarias apropiadas, livianas y de gran movilidad. De todas las que apreció en Europa, me pareció la mejor y más adaptable a nuestro medio la Ambulancia de la Cruz Roja Italiana, que tan excelentes servicios prestó en la última guerra mundial y que tan práctica resultó en las experiencias efectuadas aquí, como se verá más adelante.

Esta ambulancia no es un "carro ambulancia", como podría creerse, o cualquier otro vehículo destinado a llevar heridos, sino, un pequeño hospital de sangre, destinado a prestar los primeros cuidados a los heridos en el campo de batalla.

Puede transportarse en un solo carro de dos ruedas o sobre el lomo de seis cuadrúpedos, no importando como sean ensillados, o a mano si fuera necesario.

Agregando a la carpa de operaciones, que ya tiene, dos carpas más - transportables de igual manera — una para el refugio eventual de los heridos y otra destinada a heridos graves de cavidad, se convierte en Ambulancia - Hospital, eso es, en una formación sanitaria más completa, compuesta de dos partes, que simplificaría notablemente el servicio sanitario de primera línea, establecido en los demás ejércitos, demasiado extenso y complicado para nosotros; con la ventaja de que la sección ambulancia, la más móvil y necesaria en los primeros momentos del combate, podría funcionar independientemente de la sección hospital, que solo se instalaría a exigencias de las circunstancias.

Conseguí que el Gobierno adquiriera, hace años, una de estas ambulancias, cuya capacidad permitía atender a más de 500 heridos leves y 150 graves; con sólo dos se podría completar los servicios auxiliares sanitarios de nuestro Ejército en campaña. Tanto fue mi entusiasmo por su adquisición y el deseo de que se pudiera apreciar, aquí, su calidad, que me obstiné en contribuir con mis ahorros a la

mitad del costo.

Estas ambulancias no se construyen en casas comerciales, sino, que pertenecen a una Institución mundial conocida por su neutralidad y filantropía, por lo tanto, su precio no puede ser muy elevado; con solo una que sirva de modelo, puede construirse, aquí, todo su material continente, como ser cajones, bolsas, tanques, camillas, etc.; no hace mucho hice construir en la Intendencia Militar, una carpa y una cocina. Su descripción y su maniobra se publicaron en la prensa, como así un reportaje en "El Día", que transcribiré.

Tengo el folleto de la Composición e Inventario de esa Ambulancia enviado por el señor Pedro Requena Bermúdez, nuestro Encargado de Negocios en Roma, hoy Ministro Plenipotenciario retirado y que fue el encargado de adquirirla.

En "El Día" de fecha 20 de diciembre de 1912, se publica un reportaje, en que expongo ideas y hechos, que Creo conveniente se conozcan.

En él manifiesto como una oposición injustificada, a base de un egoísmo mal entendido, había inutilizado todos mis esfuerzos. No se tuvieron en cuenta los horrores de 1904, en cuyos combates MURIERON TODOS LOS HERIDOS GRAVES Y LOS ABANDONADOS EN LOS CAMPOS DE BATALLA, por falta de material apropiado y personal idóneo.

Contestando a una pregunta del reportero digo, en un aparte:

"La situación de antaño" — "Son notorias las dificultades insuperables, a veces, con que he tenido que luchar, para cumplir la misión de curar enfermos y heridos, durante la guerra de 1904. Al principio por la falta de material sanitario, dándose el caso de que la vanguardia del ejército del Sur, estuvo más de dos meses sin recibir un solo paquete de algodón. Gracias a un botiquín del Batallón 2° de Infantería, que habían preparado días antes de la guerra, se pudo, aunque malamente, remediar, en parte, tan grave falta y esto pueden atestiguarlo el coronel Pedro Quintana, actualmente miembro del Tribunal Militar, el coronel Francisco Borques, Jefe del 8º de Infantería, y muchos otros jefes y oficiales que no es del caso nombrar. Más adelante

nos llegó una cantidad enorme de material inadecuado, y pésimamente acondicionado que apenas podía transportarse en tres grandes carretas con numerosas yuntas de bueyes, y que, por lo pesado y por el lento sistema de locomoción, resultaba inapropiado para la movilización rápida del ejército; además llegando siempre al sitio donde se acampaba, después de largas marchas, con muchas horas de atraso, ya avanzada la noche, no podía ser utilizado para atender a los enfermos. Sí la suerte nos hubiera obligado alguna vez, a una retirada forzosa, todo ese material hubiera caído, fácilmente, en manos del enemigo".

Y más adelante relato un episodio interesante por lo aleccionador: "Episodio Ejemplar- "Si en 1904 tuve que luchar con grandes dificultades por lo que se refiere al material sanitario, en la última revuelta de 1910 me hubiera encontrado en peores condiciones, si no se hubiese hecho, por suerte, rápidamente la paz".

"Recibí, en octubre de ese año la orden de incorporarme al ejército del general Galarza para organizar el servicio sanitario de campaña. Llegué, en la tarde del 2, a Sarandí Grande, donde me encontré con una cantidad enorme de baúles y cajones de todas clases, amontonados en la Estación. Eran los nuevos botiquines preparados para el ejército, anunciados varias veces por la prensa

"El ejército se había marchado al aclarar el día. viéndose el general Galarza obligado a abandonar todo ese material, primero, por no permitírselo llevar la técnica moderna de la guerra que requiere gran rapidez en los ejércitos; segundo, por falta de medios de transporte. Una comisión compuesta por los practicantes Risso y Torrasa y algunos caballeros, habían quedado encargados del arreglo de ese material. Recorriendo toda la mañana se encontraron tres grandes carros, que fueron cargados al completo y todavía quedaban baúles en el suelo. No teníamos caballos, ni muías suficientes para el transporte y sólo un carrero se había ofrecido a acompañarnos. El tiempo pasaba rápidamente y esa misma tarde teníamos que incorporarnos al ejército. Acosado por las circunstancias, tomé la resolución siguiente: Hice descargar los tres carros, elegí de éstos el mejor y más grande haciéndolo cargar hasta arriba con los baúles que

estimé más necesarios, por su contenido escrito en un papel pegado en la tapa, cargué las camillas en otro carro, y con esto emprendí la marcha, no sin haber entregado, antes, el resto al jefe de la Estación, rogándole lo remitiera a Montevideo. Llegamos al campamento del General a las 11 de la noche, después de una penosa marcha de 40 kilómetros. Al día siguiente abrí los baúles. ¡Un verdadero desastre! ¡Una cosa increíble! Botellas, tarros, frascos, paquetes, etc., habían sido amontonados dentro de esos baúles, sin orden ni dirección científica, embalados malamente con viruta, como mercadería común. De modo que, cuando se necesitaba un remedio, había que buscarlo en esa confusión, vaciando, muchas veces, casi por completo el baúl y fijándose bien en el rótulo de cada frasco envuelto en la viruta, para poderlo encontrar, y después de mucha paciencia y gran pérdida de tiempo, buscar de colocar los objetos en su justo lugar, para que fueran nuevamente contenidos en el baúl, lo que no siempre se conseguía. El señor Ramón B. Negro, diputado por Durazno, que tuvo ocasión de ver varios de esos baúles - botiquines, puede decirles algo al respecto. Naturalmente todos los frascos grandes de a litro y muchos otros más pequeños se rompieron, no pudiendo resistir, mal embalados, los fuertes barquinazos de los carros, durante la marcha. Pero lo más grave viene ahora. La mayor parte de los medicamentos que se habían enviado estaban en tan pésimas condiciones, que era absolutamente imposible poderlos suministrar a los enfermos sin grave peligro para su salud. Los tubitos para inyecciones hipodérmicas, con las soluciones precipitadas; las pomadas sucias y mal confeccionadas, conteniendo gruesos grumos de sustancias medicamentosas que no habían sido bien deshechas, todas las píldoras de terpina y otras completamente cubiertas de moho, como pueden ver en esta cajita que todavía conservo como recuerdo, las obleas húmedas y deshechas; y lo más alarmante era que muchos materiales para suturas, delicadísimos en su empleo y que se conservan en líquidos desinfectantes, eran tan viejos que las tapas metálicas de los envases estaban completamente destruidas por la acción oxidante externa".

"Fácil es comprender la indignación de todos los que

presenciaron este hecho criminal; indignación que llegó al colmo, cuando se supo que la Comisión Nacional de Asistencia Pública había destinado 10.000 pesos en la adquisición de ese material sanitario para el ejército. Esa suma es más que suficiente para proveer a todo el ejército de la República de un material sanitario de reserva, completo, abundante y capaz de consultar todas las exigencias más modernas de la guerra".

"Por Consejo del Coronel José Chiappara, Jefe del 8° de Caballería, elevé una nota al General Galarza, para que fuera pasada al Jefe del Estada, Mayor G. del Ejército, General Bazzano, haciéndole observar la gravedad de un hecho que no tiene precedentes y acompañándole una bolsa con numerosas muestras de los medicamentos deteriorados, para que se diera cuenta, personalmente, de las porquerías que habían mandado, ¡para asistir a los que iban a morir en defensa de las instituciones!"

Haciendo un paréntesis, diré que, en los dos movimientos. Revolucionarios de 1910, fui nombrado Director de Sanidad de los ejércitos al mando del General Pablo Galarza, siendo ascendido al grado de Teniente Coronel, en una orden del día del último de estos movimientos; Este ascenso lo creyó, justificado; pues, todos los oficiales, que lo habían acompañado, fueron ascendidos, a otros de GG. NN. se les concedió el grado militar, solo de mi se habían olvidado. Además, yo había actuado como Jefe del servicio sanitario, en los tres ejércitos que él comandaba: en la revolución del año 1904 y en los dos movimientos revolucionarios del 1910. En aquel entonces, el médico de batallón tenía el grado de Mayor asimilado; como consecuencia lógica, yo debía tener un grado superior al de los médicos, que estaban a mis órdenes.

En "El Día" del 22 de febrero de 1910, puede leerse: "EL DOCTOR ALBERTO EIRALE Acaba de regresar de Durazno el doctor Alberto Eirale, que acompañaba al ejército del Sur a órdenes del general don Pablo Galarza, al que se incorporó apenas producidos los últimos sucesos, con objeto de organizar y dirigir la sanidad militar. El apreciable facultativo se muestra satisfecho del estado general de la salud de las tropas mientras estuvieron movilizadas, debido a las

medidas de higiene preventivas adoptadas de acuerdo con el general Galarza, simultáneamente que acampaban las fuerzas. El doctor Eirale contaba ahora con un caudal poderoso de experiencia, adquirido durante toda la campaña de 1904, pudiendo provisoriamente subsanar deficiencias y adoptar medidas de prevención, que permitieron conservar la salud de la tropa, por medio de medidas rigurosas de higiene.

"El general Galarza se ha mostrado satisfecho de la organización de los servicios sanitarios dada en - su ejército por el doctor Eirale.

En octubre de ese mismo año 1910, fui nombrado, otra vez, Director del Servicio Sanitario del Ejército en campaña, a los pocos días de mi casamiento.

El Presidente de la República, Doctor Claudio William llegó a San Ramón, para entrevistarse con el General Galarza; yo estaba presente. (F. 16)

F. 16 — El Presidente de la República, Doctor Claudio Williman, el General Pablo Galarza y el Dr. Eirale, en San Ramón, 1910.

Siguiendo con el reportaje, a la pregunta: —- ¿Y cómo considera Vd. que podría llegarse a obtener una buena organización de la sanidad militar?" -— Contesto exponiendo el plan ampliamente tratado, con gráficas demostrativas, en mi Informe - Proyecto,

Más adelante se me pregunta: "¿Cómo consiguió, doctor, la ambulancia de que con tanto entusiasmo nos ha hablado?" — "De una manera sencilla. Los triste recuerdos de las guerras pasadas en que actué corno Jefe de sanidad de campaña, la idea de que la carencia absoluta en el ejército de un material sanitario de reserva adecuado, podría ponerme, algún día, otra vez en apreturas; el temor de que el Gobierno adquiriese en esos días, unos botiquines propuestos por una casa alemana, carísimos en relación a su contenido, e inadecuados para un ejército, y unos aparatos originales para transportar dos heridos sobre dos caballos, muy pesados y caros ($ 296.50 cada uno) y que indicaban en su autor más imaginación que sentido práctico, me indujeron a pedir una audiencia al señor Presidente de la República. Enterado éste de los motivos que me guiaban, me recibió con el mayor interés. Entonces, le conté todo lo que hacía tiempo deseaba decirle. Le hablé de los horrores vistos en el campo de batalla, donde muchos heridos, por falta de personal suficiente y material adecuado, morían desamparados, privados de aquellos auxilios, que, tal vez, les hubieran conservado la vida, devolviéndolos a la patria. Le hablé de nuestro Parque Sanitario Central, en donde se halla acumulado, sin criterio ni dirección científica, un material sanitario, bueno para los profanos, pero, en realidad, anticuado e impropio para el transporte, en caso de una guerra, con los ejércitos en operaciones, y que ha costado buenos miles de pesos al. Estado".

"Le hice observar la necesidad de proceder con prudencia antes de comprometerse en gastos, confiando demasiado en las indicaciones y propuestas de quienes no están suficientemente habilitados, para asesorar sobre la elección del material sanitario de reserva, apropiado a las exigencias del ejército. Le demostré, finalmente, como la práctica adquirida en los campos de batalla, y en los estudios

hechos en Europa me colocaban en actitud de indicarle el material más conveniente, lo que verdaderamente necesitaba nuestro ejército"

"Sorprendido, al principio, por cuanto oía, hondamente conmovido, luego, por la suerte de los heridos, y persuadido, en fin, por las seguridades que le ofrecía, el señor Presidente, no sólo me concedió una ambulancia, sino todas las que necesitase el ejército. Le manifesté entonces mi deseo de que mandase a buscar una sola, para que se viese antes y se experimentara, y sólo en el caso de que diera buenos resultados, se adquirieran las necesarias. Espero pronto poder demostrar haber correspondido a la confianza que el señor Presidente de la República ha puesto en mi".

Por último, termina el reportaje con: "Propósitos del doctor Eiraíe. — ¿Y qué piensa usted hacer ahora? — Pienso solicitar del Exmo. señor Ministro de la Guerra y Marina, que tanto se interesa por todo lo que señala un progreso en el ejército, un pequeño personal de camilleros, a quien me comprometo enseñar en pocos días el manejo exacto y completo de dicha ambulancia. Después pediré seis caballos para hacer una experiencia práctica, invitando a presenciarla a nuestros inteligentes oficiales y a los médicos y a las personas que tengan algún interés por estas cosas; los primeros, en razón de la índole de sus tareas, podrán juzgar competentemente sobre la bondad del material sanitario que. propongo, para ser transportado, con facilidad, por nuestra campaña, con los ejércitos en movimiento; los segundos, observarán una obra de arte en su género, como lo es esta ambulancia de la Cruz Roja Italiana, fruto de largos estudios y repetidas experiencias, realizadas por técnicos de gran competencia en la materia. Otro día les haré una descripción completa de la ambulancia".

En "El Día", de fecha 24 de diciembre de 1912,' salió su descripción.

Cumplí lo prometido, haciendo una demostración en la Escuela Militar y Naval. F. 17

Refiriéndose a ella "El Día" del 7 de enero de 1913, hace grandes elogios y presenta fotografías. Entre otras cosas dice: "No hubiera podido ser más favorable la impresión que produjo entre los militares, médicos y demás personas que

la presenciaron. Trátase de una unidad sanitaria ya premiada con medalla de oro en la exposición internacional de Milán de 1906, y que ha dado en Trípoli y está dando en Montenegro resultados altamente satisfactorios".

"Es única por la facilidad de su transporte, por la cantidad de objetos, todos indispensables, que contiene reducidos al menor volumen y por el minucioso estudio que se nota en todos sus detalles. En todo se ha pensado, para tener rápidamente a mano, lo que puede ocurrir para prestar los primeros auxilios a los enfermos y heridos en el campo de batalla. Llamó especialmente la atención la carga del primer caballo por constituir el más completo botiquín regimental que existe en todos los ejércitos actuales".

"Más de 100 fueron los concurrentes, en su mayor parte miliares, lo cual demuestra el vivo interés qué despierta siempre, en nuestra oficialidad estudiosa, todo cuanto sería un adelanto para el ejército".

"Con un personal improvisado de sólo seis hombres, pudo el doctor Eirale hacer ver a la numerosa concurrencia cómo se carga y descarga la ambulancia, con facilidad y rapidez sobre los caballos, aunque éstos sean ensillados, (montura, basto o recado); cómo se transporta fácilmente por cualquier camino; cómo se arman; y desarman rápidamente las carpas, la cocina, la mesa de operaciones,

F. 17 — La ambulancia maniobrando en la Escuela Militar.

las camillas. Nos hizo ver gran parte de los objetos contenidos en las cajas y en los sacos impermeables, como ser: instrumentos de cirugía, linternas, objetos de farmacia; utensilios de comedor y de cocina, víveres y bebidas de confortación; cómo se transporta ingeniosamente el agua, material de curación, aparejos para fracturas, ropa blanca para heridos, sábanas, pañuelos, mantas de seda, etc. etc., insistiendo especialmente en los detalles, algunos de los cuales son realmente admirables".

"Presenciaron la demostración el Ministro de la Guerra, Jefe del Estado Mayor, Jefe Político de la Capital, Jefe y 2º Jefe de la Escuela Naval y Militar, Coronel Pedro Quintana, Coronel José Chiappara, jefes de las fuerzas de la guarnición y otros numerosos oficiales de quienes no recordamos los nombres. Además, los médicos de sanidad doctores Deambrosis, Banales, Biraben, ¡el practicante Risso. . ." "Todos felicitaron unánimemente al doctor Eirale, alentándolo a proseguir con el mismo entusiasmo la importante y humanitaria tarea que espontáneamente se ha impuesto, y que, si el gobierno se decidiera a adquirir de esas unidades sanitarias todas las que necesita nuestro ejército, éste a tal respecto, se encontraría no sólo en mejores condiciones que los ejércitos de América, sino también, de muchos de los principales ejércitos de Europa".

Otra demostración hice en Piedras Blancas, en presencia del Presidente don José Batlle y Ordoñez.

Más tarde la experimenté en campaña, cuando el Presidente doctor Feliciano Viera salió para Aceguá, a inaugurar el marco divisorio con el Brasil.

Con 1 sargento, 6 camilleros y 6 muías, me embarqué para Meló. Un acontecimiento imprevisto puso a prueba el perfecto ajuste del material contenido en los cajones. La mula 1, que llevaba los cajones correspondientes a la farmacia y al material de cirugía, no acostumbrada a ser cargada, disparó a todo galope por las calles de la ciudad. Al sujetarla tenía un ¡cajón casi arriba del lomo y el otro de costado, casi debajo de la barriga. Después de acomodársele

F. 8 La ambulancia en marcha hacia Aceguá

la carga, examiné el interior de los cajones, —lo que podía hacerse sin descargarlos—; ninguno de los frascos y otros delicados objetos se habían desplazado de su sitio, a pesar de las violentas sacudidas.

En dos etapas llegamos sin novedades a Aceguá, donde instalé la ambulancia en un sitio aparente, para que pudieran apreciarla los brasileños; causó óptima impresión a los militares que la vieron. F. 18

Una lluvia torrencial malogró la fiesta. Al día siguiente, marchamos, y, a pesar del barro del camino y de las cañadas crecidas, pude llegar a Meló, en dos etapas, al mismo tiempo que el Regimiento de Caballería Ligera Nº 7, de guarnición

en esa ciudad, al mando del Cnel. Ángel Farías, cuyo ayudante era el Cap. Pedro Callorda, hoy General de División. Las demás tropas y vehículos recién llegaron al anochecer del día siguiente.

De esta unidad sanitaria no ha quedado nada, ni el recuerdo.

Una "Conferencia" mía, dictada en homenaje de la Cruz Roja Uruguaya y del Cuerpo de Servicios Voluntarios Femeninos del Uruguay, llevada a cabo en el Salón de Actos del Ministerio de Defensa Nacional, fue publicada por la Imprenta Militar, en 1942, como suplemento de la Revista Militar y Naval, 29 semestre de 1941.

En ella hablo de los grandes postulados del servicio sanitario en las guerras modernas y, después de un ligero esbozo del origen de la Sanidad Militar, desde los tiempos más remotos a la época moderna, trató de la Sanidad Móvil, de su funcionamiento durante los combates, del tratamiento de los heridos, de su clasificación, de su alejamiento del campo de batalla, de los paquetes individuales de curación, de la iluminación del campo de batalla para buscar a los heridos durante noche, de los perros de sanidad, etc.. . . Hablo, luego, de los "puestos de socorro", de la "Ambulancia - Hospital", de la compañía de camilleros, de los carros para el transporte de los heridos graves, y del funcionamiento de todas esas unidades sanitarias en el campo de combate. Presento un gráfico esquemático, en dos colores, que indica como y donde deben instalarse las formaciones sanitarias de la Sanidad Militar, cuando se han tendido las líneas de batalla.

Llamo la atención sobre el importantísimo problema de adquirir material sanitario apropiado, que no es tan sencillo de resolver, como a primera vista parece. Es fácil dejarse alucinar por la brillantez, con que algunas casas de comercio presentan sus artículos, que, luego, en la práctica, no dan los resultados esperados. Por lo tanto, es muy conveniente hacerse asesorar por personas experimentadas, para evitar gastos inútiles de muchos miles de pesos, en la formación, de un parque sanitario central, bueno para los profanos, pero impropió e inadecuado para su transporte, con los ejércitos en operaciones.

Finalizo la conferencia presentando 30 proyecciones luminosas, de las cuales conservo las placas fotográficas.

Otra prueba más de mi obsesión de hacer algo en pro de la gran familia militar, a la que, desde casi medio siglo, pertenezco

CAPÍTULO XVII

Para Terminar

Envié a mi viejo y buen amigo, el señor Lorenzo Batlle Berres, redactor del prestigioso diario "Acción", un folleto de mí biografía. En ese periódico del 23 de enero de 1951, a pág. 5. se publica: "Biografía del Dr. Eirale"

"Los amigos de este antiguo galeno, hombre dado a los gestos arrogantes y a las actitudes heroicas - fue condecorado en sus mocedades en Italia por un acto de hermosa solidaridad humana - y entre cuyas actividades se cuenta la investigación técnica, incluso la aeronáutica, han editado una biografía sintética, pero completa y no exenta de cierta emotividad, con motivo de cumplir el doctor Alberto Eirale sus ochenta años de edad. Agradecemos el envío del interesante folleto".

Distribuí casi la totalidad de los folletos con mi biografía, entre los que recordé, dignos de mi estima; poquísimos fueron los que no han correspondido a mi atención; quizá no los hayan recibido.

Vivo mi vejez, modestamente, y feliz en lo posible. No puedo describir con palabras la gratísima emoción que me produjo, no tanto el obsequio de mi biografía, como el recuerdo cordial de mis amigos. No podía haber recibido recompensa mejor.

Estos homenajes deberían hacerse, siempre, en vida. ¿Qué alegría pueden experimentar los que ya no existen?

Durante la vida, es posible controlar los actos; con el correr de los años, todo se transforma y desvanece; pueden consolidarse las mistificaciones y mentiras; hasta los rasgos fisonómicos se alteran; unos pintan al Nazareno rubio, otros

morocho.

La historia se escribe según el "cristal con que se mira", quien es un perverso para unos, es un héroe para otros. - El caso de Oribe entre nosotros.

Casi siempre la Historia es convertida en una novela histórica, que concluye, con el andar del tiempo, en leyendas o mitos. Es la pura verdad.

Tan viejo y a punto de dejar la vida, puedo esperar la muerte tranquila, alegre el corazón y la conciencia satisfecha, por el deber cumplido.

Capítulo XVIII

"Finís Coronal Opus"

El final corona la obra. — A raíz de la publicación de mi biografía recibí numerosas felicitaciones; todas me produjeron una emoción profunda, una satisfacción indescriptible, que sólo puede apreciar el que las siente. Publicaré algunas:

Del Señor Presidente electo, don Andrés Martínez Trueba:

"Andrés Martínez Trueba saluda con su mayor estima al Dr. Alberto Eirale y le agradece la amable dedicatoria del folleto conteniendo su biografía, que tuvo la gentileza de enviarle, cuya lectura me ha permitido conocer una digna y fecunda vida dedicada al bien de sus semejantes".

Del señor Inspector General del Ejército, Genera Carlos Iribar:

El Inspector General del Ejército — General Carlos Iribar — Saluda con su mayor consideración y estima al Doctor D. Alberto Eirale y le agradece sinceramente el gentil envío de su Biografía, la cual refleja fielmente sus altos y ya reconocidos méritos de valor y hombre de ciencia, así como los invalorables servicios prestados a la Patria, la cual será

para mí un grato recuerdo en el futuro".

Del señor Presidente del Senado, doctor Eduardo Blanco Acevedo:

"Eduardo Blanco Acevedo saluda con su mayor estimación a su distinguido amigo, el Doctor Alberto Eirale, y le agradece el envío de su interesante Biografía, que consagra una vida de noble esfuerzo, dedicada al bien. Y le reitera las expresiones de su cordial amistad".

Del señor General de División, Arq. don Alfredo R, Campos:

"Alfredo R Campos, saluda con todo afecto a su querido amigo el Sr. Doctor don Alberto Eirale y le agradece cordialmente el envío del folleto que contiene los rasgos más salientes de su noble y abnegada vida al cumplir, rodeado de respeto y cariño, los 80 años, que son un ejemplo de virtudes cívicas y militares. Al adherirse a tan feliz acontecimiento recuerda al valeroso, cirujano, que fue con su ciencia e incansable actividad, el amparo de un ejército, en los duros días de lucha y el amigo incomparable, en las horas de camaradería del campamento. Le desea muchos más años de felicidad su amigo, que lo abraza efusivamente y lo admira.

Enero 1951".

Del señor Guzmán Papini:

Montevideo, enero 24 de 1951. — Sr. Don Alberto Eirale. Mi estimado amigo:

"Leí con sumo agrado la biografía de Vd. publicada por un grupo de sus amigos, como un cariñoso homenaje a sus 80 años, a sus primeros ochenta años, como diría el escritor argentino que tan regocijado título puso al frente de un libro, flor hermosa de sus ocho décadas de edad. ¡Qué bello camino el recorrido ya por su vida, la que, en virtud de la lozanía de su salud, nos reserva tantos trechos más! ¡Cuánta grandeza de ejemplo puro hay en él! ¡Cuánta altura y cuánta luz en el espacio del recuerdo que la atalaya! ¡Qué vanguardia heroica son esos años que precedieron a la fecha celebrada por sus amigos en el folleto justiciero! El corazón en nobles actitudes del sentimiento y el cerebro en las disciplinas universitarias, en el ejercicio de las ciencias, en la osadía de la investigación que quiere adueñarse de los

secretos de las posibilidades humanas, son los actores en el amplio teatro de su existencia. Lo felicito por haberle dado tanta hermosura y superioridad a la parte ya vivida de su existencia, Su amigo,

Guzmán Papini"

Del señor General de División, don Juan Sicco:

"Señor Doctor Alberto Eirale. — Estimado amigo. Con suma alegría he leído su biografía al cumplir sus ochenta años. Es toda una vida intensa de virtuosa, generosa e inteligente actividad. Ha vivido para todos: para el País, para el pueblo, para las Instituciones, para sus enfermos y porque no, ha vivido también para su digna familia y para sus amigos. Todo aquel que ha tenido la suerte de tratarlo ha ganado salud, cultura, sentimiento, alegría; su espíritu múltiple algo le ha prodigado. Yo que tengo el orgullo de contarme entre sus amigos, soy también un modesto admirador. Con el afecto de siempre, Juan Sicco, enero 1951".

Del señor Profesor don Rafael Mieres:

"Sr. Dr. Alberto Eirale. — Muy querido amigo. — Tuve el agrado de recibir el opúsculo en el que sus amigos, rindiéndole muy merecido homenaje al cumplir Vd. sus 80 años, trazan magistralmente su biografía. Considero que no puede hacérsele mejor regalo. Esa biografía, en la que se mencionan con tanta verdad los hechos principales de su vida honorable, constituye una verdadera lección de inteligencia, de bondad, de perseverancia, de abnegación, de infinito amor a la ciencia y a la humanidad, atributos todos con que Vd. ha jalonado siempre su vida ejemplar. Reciba con mis más entusiastas felicitaciones, un fuerte y cordial abrazo de su siempre amigo, Rafael Mieres".

Del señor General de División, don Edgardo Ubaldo Genta:

"Doctor don Alberto Eirale. Eminente y recordado amigo; Quiero felicitarle con mucha efusión por el homenaje de sus amigos, de que habla un hermoso opúsculo que he leído con verdadero interés, al cumplir usted los bien llevados ochenta años de edad, gran parte de ellos al servicio de las mejores actividades humanas. Dios prolongue por muchos años más esa preciosa vida, tan bizarramente

coronada, y reciba el más cordial saludo de su affmo. General Ubaldo Genta".

Del señor General de División, don Julio A. Roletti:

"Señor Doctor don Alberto Eirale. — Mi distinguido amigo. — Recibí un ejemplar del folleto que contiene su biografía o, más bien, algunos rasgos biográficos de su admirable y larga actuación de usted, y ha sido, para mí, un gratísimo placer su lectura. Magnífica existencia, la de usted, en la que se destaca el coraje y la consagración, frecuentemente arriesgada al bien de sus semejantes. En 1900 o 1901, recuerdo haber leído en Rojo y Blanco, de Samuel Blixen, el relato de su hazaña en Millésimo. Yo lo recuerdo a usted en 1904 cuando sufría en el Ejército del Sur, las penalidades sin cuento que debimos soportar alegremente — lo digo con orgullo "alegremente" — para asegurar al país la época placentera de que está disfrutando. Yo me permito unir mis felicitaciones a las muchas que usted habrá recibido con motivo de su cumpleaños a la vez que formulo votos para que alcance el centenario, cosa que no me parece difícil en usted. Con admiración lo saluda muy atentamente, su amigo Julio A. Roletti".

Del señor General Rdo. don Héctor Marfetán:

"Montevideo, enero 22 de 1951. Mi muy querido amigo Doctor Eirale. He leído, con placer, el opúsculo que le dedicaron sus amigos al cumplir 80 abriles. Es un acto de justicia que honra a los autores de tan delicado homenaje. Al recorrer sus páginas, vinieron a mi mente, los rasgos de valor y patriotismo que siempre fueron característica del viejo compañero de 1904. Cuarenta y siete años no han podido borrar, de mi memoria, las interminables leguas que recorrimos juntos, desde La Ternera hasta Mansavillagra. De aquellas horas angustiosas conservo vivo el recuerdo del médico, abnegado y valiente, que sufriendo lo indecible, nunca quiso abandonar su caballo ni separarse de su batallón. Allí dónde caía un hombre, aunque llovieran las balas, allí estaba el "italiano" Eirale cumpliendo con su sagrada misión. La patria no premió, como merecía, las condiciones y los sacrificios del facultativo, con alma de soldado, que honró, con su capacidad a nuestro Cuerpo Médico, y por su valor, las filas del bravo 2° de Cazadores.

Reciba* mi querido Eirale, un abrazo de su viejo amigo que le desea larga vida y felicidad Gral. H. Marfetán".

* * *

Terminada esta segunda edición, recibo la "GACETA MEDICA DEL URUGUAY" Nº 101, de fecha marzo de 1952, prestigiosa revista científica mensual, redactada, aquí, en Montevideo. Al leerla me encuentro con una gratísima sorpresa; en la página 10, está escrito: "Del Doctor Alberto Eirale. — MEMORIAS DE UÑ MEDICO —"

"Al acusar recibo de "MEMORIAS DE UN MÉDICO QUE ACTUO EN EL EJERCITO DEL SUR DURANTE TODA LA GUERRA DE 1904", capítulo de la vida ejemplar de un hombre, que consagró sus mejores años a la Ciencia y a la Patria, y que, al traspasar con toda bizarría sus "primeros ochenta años fue objeto de un significativo homenaje, nos complacemos en reproducir unas páginas del mencionado libro, con que el Doctor Eirale relata, natural y modestamente sus servicios cumplidos en aquella memorable campaña militar, con sacrificios y abnegación — N. de la R"

Y a continuación se transcribe todo el CAPITULO X de mi primer libro, encabezado: DESPUES DE LA BATALLA.
No puedo dejar de publicar esta terminación honrosa.

FIN
INDICE

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION 7

PROLOGO — Los *diarios: "El Día", "La Mañana"* 9

Algunas de las cartas recibidas: 11

Del Gral. de Div. Alíredo Campos 11

" Cap. Angel Catnblor *t2*

" Gral. de Div. Francisco Borques *13*

" Director de la Escuela Militar 14

" Gral. Edgardo Ubaldo Genta 14

"Sr. Guzmán Papini .....

" Sr. Carlos González Carvallo 15

" Cnel. Aníbal Pérez 16

BIOGRAFÍA del Dr. Eirale 19

MIS TEORIAS SOBRE AERONAVEGACION EN< EL AÑO 1906 ..... *30*

PRIMERA PARTE

I — **Preliminares** **45**

II — Combate de la Ternera 48

III — **La retirada** **50**

IV — La persecución 60

Partes militares de los principales encuentros efectuados durante la persecución **63**

V — Otras marchas y otros episodios 72

VI — Combate del Paso del Parque del Rio Daymán 83

Partes militares del combate **87**

VII — Nuevas marchas y otros episodios 93

VIII — **Combate del Paso de los Carros del Río Olimar Grande** **101**

Par ies *militares del combate* **103**

IX — **Siguen las marchas y los episodios** **121**

X — **La batalla de Tupambaé** **126**

Partes militares **140**

XI — **Después de la batalla** **151**

XII — **Llegada a Montevideo y embarque para el Norte. Marchas y episodios** **105**

XIII — **Hacia el final — Otros episodios** **168**

SEGUNDA PARTE

XIV — Preámbulo — Comisionado a Europa 178

XV — **Sanidad Militar Móvil** **189**

XVI — **Ambulancia - Hospital** **201**

XVII — **Para terminar** **216**

XVIII **"Finis Coronafc Opue"** **218**